

Unicuique suum



Non praevalent

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN EN LENGUA ESPAÑOLA



Sumario

EDITORIALES

La hora de la responsabilidad
ANDREA TORNIELLI enpágina 3

Con un corazón abierto al exceso de vida
ANDREA MONDA enpágina 4

POR EL CUIDADO DE LA CREACIÓN

Mensaje del Papa para la XI Jornada
Mundial de Oración por el Cuidado
de la Creación en páginas 6-8

Misa por el cuidado de la Creación
en el Borgo Laudato si' en páginas 9-10

Nuevo documento de la Comisión Teológica
Internacional enpáginas 11-13

La urgencia de la crisis ecológica interpela a
la humanidad PIERO CODA en ... páginas 14-15

Por el cuidado del agua enpáginas 16-18

NOTICIAS DEL PAPA

Motu proprio del Papa León XIV “Mutua
concordia” enpágina 20

En la República de San Marino, el Papa re-
toma el lema de su visita pastoral: “Un testi-
monio de paz que habla al mundo” en ..pági-
na 21

Primera procesión de un Papa en el Lago
Albano enpágina 22

Mensaje con motivo de la 112ª Jornada Mun-
dial del Migrante y del Refugiado en páginas
23-25

NOTICIAS DE LA IGLESIA

La primera rectora de un santuario EUGENIO
MURRALI Y A. TORNIELLI enpáginas 27-28

Mensaje del Cardenal Czerny al Equipo Iti-
nerante del Amazonas enPÁGINAS 29-30

SISTER PROJECT

Diversos testimonios en páginas 34-41



L'OSSERVATORE
ROMANO

Edición
en lengua española

Director editorial
ANDREA TORNIELLI

Director
ANDREA MONDA

Encargada de edición
SILVINA PÉREZ

Edición
ROCÍO LANCHO GARCÍA
ARTURO LÓPEZ RAMÍREZ
LORENA PACHO PEDROCHE

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.or@spc.va
www.osservatoreromano.va
Servicio fotográfico
teléfono +39 06 698 45851/45852
e-mail: pubblicazioni.photo@spc.va
www.photo.vaticanmedia.va
Suscripción anual: 40 €
Departamento de suscripciones
(de 9:00 a 14:00)
Teléfono: 06 698 45450/45451/45454
e-mail: info.or@spc.va – diffusione.or@spc.va

La hora de la responsabilidad

ANDREA TORNIELLI

«**A**l falso realismo, que rearma las mentes, las palabras y las naciones, la cultura católica debe oponer hoy el realismo de la misericordia, según el cual no pueden existir enemigos y todos, incluso los adversarios, son hermanos y hermanas a quienes hay que mirar a los ojos y con quienes hay que encontrarse en la verdad». Son las palabras que León XIV dirigió al público del Meeting de Rímini y, en particular, a los miles de jóvenes que animan este gran encuentro de finales de verano, surgido de la experiencia de Comunión y Liberación. Y no fueron palabras de rigor, sino una invitación concreta. En primer lugar, una invitación a observar la realidad que estamos viviendo. Ya hace 44 años, San Juan Pablo II, al intervenir en el Meeting, había hablado de la belleza de palabras como «encuentro» y «amistad entre los pueblos» en unas horas que él mismo había calificado de «dramáticas en la historia del mundo». Hoy en día, la situación internacional es aún más incierta y precaria que entonces: un número creciente de conflictos, continuas matanzas de civiles y niños —basta con pensar en Gaza y Ucrania— y muchas naciones que invierten sumas cada vez más cuantiosas en rearmarse. Ante todo esto, el Papa recuerda la vocación del Meeting, que no es la de ser «una especie de enclave», sino una «encrucijada» de encuentros y diálogo.

Esta, dijo León, es la hora de la responsabilidad. Seguir a Cristo hoy, tras las tragedias del siglo XX, implica la plena conciencia de que el mal no se combate con el mal. La única respuesta, la respuesta cristiana, es el amor, es decir, «el método de la redención», aquel encarnado por el Mesías crucificado. Y por eso, a quienes hoy, en nombre



de un supuesto realismo —que el Papa no ha dudado en calificar de «falso»— querrían rearmar las mentes, las palabras y las naciones, la cultura católica responde con un realismo auténtico, el de la misericordia, «por el cual no pueden existir enemigos y todos, incluso los adversarios, son hermanos y hermanas a quienes mirar a los ojos y con quienes encontrarse en la verdad». Se necesitan, pues, pioneros valientes, que se comprometan de forma concreta a liberar la convivencia de la desconfianza, el trabajo de la idolatría del beneficio, y la tecnología y las finanzas del negocio de la muerte. León XIV pide desenmascarar «las relaciones de poder injustas» que están «en la raíz de la pobreza y las desigualdades, de la guerra y de los desastres medioambientales». Una invitación contundente y llena de implicaciones por parte del Sucesor de Pedro, que desde el primer día de su pontificado ha hablado de una paz «desarmada y desarmante», y que debe tenerse presente como criterio de juicio para el compromiso social y también político de todos los laicos católicos.

Resulta además especialmente significativo que el Papa invite al pueblo del Meeting a arriesgarse, a ponerse en juego, «ampliando los lazos más allá de cualquier pertenencia demasiado limitada». Porque el Movimiento (CL), los grupos y las comunidades deben convertirse en un trampolín para sumergirse en la realidad en su totalidad, contrarrestando aquello que querría alejarlos de hermanos y hermanas de culturas, sensibilidades y procedencias diferentes, «especialmente de los más pobres». Y, por último, cabe destacar también la alusión con la que el Sucesor de Pedro quiso recordar que en el amor nunca hay coacción, ni adoctrinamiento ni reclutamiento, porque solo hay amor en la libertad, en el encuentro vivo y en la entrega generosa de uno mismo.

Con un corazón abierto al exceso de vida

ANDREA MONDA



En la catequesis del miércoles 19 de agosto, León XIV se centró en el canto y la música, elementos fundamentales de la liturgia, pues “en la liturgia, cantar y tocar significa rezar, sintonizando el propio corazón con el de las hermanas y los hermanos y con Dios, en la participación activa en el misterio celebrado”. El canto, en particular, enfatizó, “favorece la comunión. Por medio de la sinfonía de las voces contribuye a unir los ánimos, superando las diferencias entre las personas y reuniendo todos en la alabanza a Dios”. Todos hemos experimentado, activa o pasivamente, la belleza del canto coral, donde cada persona desempeña su papel y, en la diversidad de timbres, todos colaboran en la misma misión.

La Iglesia siempre ha cantado, porque siempre ha rezado. Y sigue siendo, incluso hoy, uno de los pocos lugares donde la gente se reúne y canta junta. Se oyen cánticos en las gradas de los estadios, cánticos de los aficionados, pero a menudo son violentos, no solo de amor por el propio equipo, sino también de insultos hacia el equipo contrario; no son cánticos “con” sino “contra”. En efecto, la guerra siempre ha conocido el poder de la música, del canto que alaba y casi embriaga la mente en el momento de cargar y luchar contra el enemigo. En la iglesia es diferente: cantamos juntos, y sin duda es una experiencia poderosa, estimulante y a la vez reconfortante. La música descende como un bálsamo, fuente de unidad y reconciliación; todo sucede en armonía, en la armonía de corazones que cantan alabanzas a la misericordia de Dios, que se extiende a todos los seres vivos y los invita a reunirse en un canto de alabanza.

Cantar es, en sí mismo, una experiencia personal e individual de gran poder. Esto explica el éxito de los numerosos coros de aficionados de todo el mundo, que atraen a personas de lo más diversas para compartir la misma experiencia. Todos cantamos y bailamos, poco importa lo bien que lo hagamos. Lo cierto es que se trata de la expresión artística más básica, antigua y ancestral. En su esencia, nos recuerda que la vida humana es una danza que sigue un ritmo que se

encuentra tanto fuera como dentro de nosotros mismos. Y a menudo surge de nuestros corazones y se expande, convirtiéndose en música, en canto. Incluso tararear una melodía mientras caminamos por la calle o en la ducha puede ser una profunda experien-

cia espiritual, como bien señaló el teólogo alemán Karl Rahner. Tanto el gran tenor como el caminante desafinado son artistas, en el sentido de que experimentan una abundancia desbordante que los inunda y a la que responden con gratitud. El artista, de hecho, no crea belleza, sino que, en última instancia, la descubre a su alrededor y dentro de sí mismo. Esto es lo que el escritor Henry Miller comprendió cuando observó: “La pregunta, entonces, en la creación de una nueva obra de arte es: ‘¿Hay algo más en lo que vemos aparte de lo que podemos ver solo con nuestros ojos?’ Y la respuesta siempre es sí. Incluso en el objeto más humilde podemos encontrar lo que buscamos: belleza, verdad, realidad, divinidad; y el artista no crea estas cualidades: simplemente las descubre. [...] Uno no canta porque espera aparecer algún día en la ópera; uno canta porque sus pulmones están llenos de alegría. Es maravilloso escuchar una gran interpretación, pero es aún más maravilloso encontrarse en el camino con un viajero feliz que no puede dejar de cantar porque su corazón rebosa de alegría. Y ese viajero feliz no espera recompensa por su esfuerzo. Ni siquiera sabe lo que es el esfuerzo. Nadie puede cobrar por dar su alegría; la alegría siempre se da libremente”.

Quizás el Papa pensaba en esta alegría cuando ayer invitó a los cristianos a reflexionar sobre el canto y la liturgia. San Agustín sin duda lo tenía en mente cuando dijo: “Cantare amantis est”, es decir, “el canto es propio de quienes aman” (Sermón 336, 1). Y León XIII, recordando esta famosa afirmación, concluyó: “Esto es muy importante, porque nos ayuda a abrir nuestros corazones a la acción de Dios en la gracia y a dejarnos transformar por ella”. Cantar, pues, es precisamente esto: la apertura del corazón a una gracia abundante y desbordante, que nos lleva a experimentar plenamente la danza de la vida.



Con sus espadas forjarán arados y podaderas con sus lanzas

“Con sus espadas forjarán arados y podaderas con sus lanzas (Is 2, 4)”: este es el título del mensaje de León XIV para la Jornada Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación, que este año celebró su undécima edición el martes 1 de septiembre. Publicamos, a continuación, el mensaje del Papa.

Queridos hermanos y hermanas:

Nuestro Señor Jesucristo vino para que tengamos vida y la tengamos en abundancia (cf. Jn 10,10). Este regalo de vida yace justo en el corazón de nuestra misión como discípulos y de nuestro llamado común a construir una civilización del amor. Como podemos observar, en esta Jornada Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación, se nos invita una vez más a contemplar el don de la vida y a apreciar la tierra que la sustenta, ya que son modos tangibles de alabar a nuestro Creador.

Actualmente, estamos siendo

testigos de múltiples crisis y de un gran sufrimiento humano. Al mismo tiempo, pareciera que la alteración del equilibrio armónico de la creación se está acelerando. Estos fenómenos no están disociados; son una única apelación por la sanación y la paz que brota de un mundo herido.

El Dios de la vida, revelado en Jesucristo, ofrece una paz que el mundo no puede dar: «La paz les dejo, mi paz les doy» (Jn 14,27). Esta paz no es ni superficial ni perecedera, mana desde el perpetuo amor de Cristo y de su interés por cada persona humana.

Sin embargo, esta promesa de

paz contrasta notablemente con las realidades que vemos en muchas partes del mundo. El profeta Isaías habló de una época en la que las naciones «con sus espadas forjarán arados» (Is 2,4), transformando lo que destruye la vida en aquello que la sostiene. Pero hoy, frecuentemente somos testigos de lo contrario, mientras los esfuerzos se siguen centrando en la violencia y la guerra.

La guerra deja heridas que se extienden mucho más allá del campo de batalla. Cobra vidas, desintegra a las familias y fuerza a millones de personas a abandonar sus hogares, aumentando el miedo, la injusticia y la división (cf. *Gaudium et spes*, 77-82). La guerra además deja una destrucción social y ecológica que perdura



por generaciones. Más aún, la interacción entre conflictos armados y degradación ambiental a menudo crea círculos viciosos que destruyen ecosistemas, contaminan recursos esenciales, como el aire y el agua, y merman la seguridad de los alimentos. Esto genera pobreza, desigualdad y nuevos conflictos sociales que pueden contribuir al resurgimiento de conflictos futuros. Aparte de esto, la guerra crea lesiones que perjudican todo el entramado de la vida, dañando no sólo a individuos y comunidades, sino a su amplia red de relaciones con la entera familia humana, así como su armonía con la creación. Esto pone de manifiesto un fracaso más profundo cuando se trata de vivir a imagen y semejanza de Dios, de respetar la vida y de cuidar la tierra que se nos ha confiado. No es sólo un fracaso político, sino también moral y espiritual. La guerra, arraigada en deseos distorsionados y en el mal uso de la libertad y el poder humanos, constituye un antitestimonio del Evangelio de la paz.



Las crisis mencionadas anteriormente no sólo exigen responsabilidad sino también una conversión del corazón que rinda frutos en una fidelidad más profunda a Dios, en el amor mutuo y en el respeto

por el don de la creación. De hecho, las discordias que presenciarnos en el mundo, como la violencia, la injusticia y el daño ecológico, no resultan simplemente de estructuras o sistemas imperfectos; son el “síntoma de una profunda dicotomía arraigada en la misma humanidad” (Gaudium et spes, 10). En efecto, el corazón humano resulta ser el lugar

donde se llevan a cabo las más duras batallas y donde se revela nuestra condición caída. No es sólo la sede de las emociones, sino el centro de la persona —donde convergen la razón, los deseos, la voluntad, y la conciencia—. Es aquí donde luchamos con nuestros deseos contradictorios entre el amor y la indiferencia, la verdad y la ilusión, la justicia y la injusticia (St 1,14-15). Los daños de la guerra y el deterioro de la tierra están entonces profundamente vinculados con la condición del corazón humano. Los conflictos que atormentan a la humanidad, de diversos modos, son la expresión exterior de la discordia y división interiores. Cuando el corazón está distorsionado, las relaciones sufren y las

estructuras que construimos comienzan a reflejar ese desorden.

El Papa Benedicto XVI nos recordó que «los desiertos exteriores se multiplican en el mundo, porque se han extendido los desiertos interiores» (Homilía en el Solemne Inicio del Ministerio Petriño, 24 abril 2005). Esto nos llama a reconocer que lo que está arruina-

do en nuestro entorno, de alguna manera también lo está dentro de nosotros. Para construir una sociedad pacífica, debemos entonces no sólo reformar estructuras, sino renovar nuestros corazones. Las causas subyacentes del conflicto y la explotación de la creación provienen de una crisis ética y cultural, así como de una pérdida del sentido de los límites, del deseo de dominación, de la búsqueda del beneficio inmediato y de la incapacidad de reconocer la dignidad dada por Dios a cada persona humana.

El adagio profético «con sus espadas forjarán arados» (Is 2,4) no es entonces sólo una visión que atañe a las naciones, sino una llamada a cada persona. Nos invita a transformar la herida en vida. Sin embargo, esta transformación no puede ser llevada a cabo por medio de un simple cambio externo, sino que requiere, a través de nuestra cooperación con la gracia de Dios, de una conversión personal y colectiva más profunda —un regreso a Dios, que reordene nuestros deseos, sane nuestras heridas y nos ayude a crecer en la virtud—.

Con la ausencia de esta transformación interior, la paz permanecerá frágil y será efímera. Pero donde los corazones se renuevan, comienzan a abrirse nuevas posibilidades. Lo que ha sido utilizado para la destrucción puede ser redirigido hacia la vida: al cuidado de los

pobres, al sustento alimentario de los hambrientos y al cuidado de la creación. Este es el camino de la auténtica conversión ecológica, donde los efectos de nuestro encuentro con Jesucristo se hacen evidentes en nuestra relación con el mundo que nos rodea (cf. Francisco, *Laudato si'*, 217). La paz entonces comienza en nuestro corazón y se proyecta hacia nuestras relaciones, nuestras comunidades y al mundo en su conjunto.

A pesar de que los desafíos que tenemos por delante son enormes, Dios no nos deja sin los medios para sanar y transformar. En vez de las armas bélicas, el Dios de la paz nos colma de fuerza para sanar, para reconciliar y construir una civilización del amor. En este sentido, estamos llamados al cuidado de los múltiples “ecosistemas” que nos han sido confiados: los ecosistemas de la creación, de las relaciones humanas y los del propio corazón humano.

Imaginémonos un mundo en el que los esfuerzos que actualmente se invierten en la guerra fueran dirigidos al desarrollo humano integral, al combate de la pobreza, a la protección de la dignidad humana y a la reconciliación de la gente que está dividida. Un panorama así refleja la fe en la venida del Reino de Dios.

Los auténticos instrumentos para la construcción de la paz no son las armas destructivas, al contrario, lo son la verdad,

el diálogo, la paciencia, la bondad, la justicia, la misericordia, la comprensión, el cuidado y el amor. Estos instrumentos brotan de los corazones formados por el Evangelio y sostenidos por la gracia de Dios. Sólo estas cualidades poseen el poder de transformar individuos, renovar comunidades y sanar las heridas de nuestro mundo.

Queridos hermanos y hermanas, es claro el camino que tenemos por delante, aunque no sea fácil. Estamos llamados a dejar que nuestros corazones sean renovados, de tal manera que favorezcamos la paz y el cuidado de la creación. La Sagrada Escritura nos dice que vigilemos nuestro corazón, porque todo lo que hacemos brota de él (cf. Pr 4,23).

Si asumimos esta tarea con humildad y fe, nos volveremos colaboradores en la obra renovadora de Dios. Avanzaremos despacio pero firmes, desde el desierto hacia el jardín, de la división a la comunión y de la violencia a la paz.

Que el Señor nos conceda la valentía para recorrer esta senda, para que en nuestro tiempo, con las espadas realmente se forjen arados, que la promesa del Evangelio se arraigue en nuestro mundo y que la paz de Cristo reine sobre toda la creación.

Vaticano, 15 de agosto de 2026, Asunción de la Santísima Virgen María.
LEÓN PP. XIV

El 1 de septiembre, en el Borgo Laudato si' de Castel Gandolfo, el Papa celebró la Misa por el cuidado de la Creación

Todavía no es demasiado tarde para una profunda conversión ecológica

“Aún no es demasiado tarde”, dijo León XIV, pidiendo una “profunda conversión ecológica”. Su llamamiento resonó la tarde del martes 1 de septiembre, Jornada Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación, durante la Misa por la Custodia de la Creación celebrada en el Giardino della Madonnina del Borgo Laudato si' en Castel Gandolfo. El Papa, quien había estado en el Palacio Apostólico de su residencia de verano desde la tarde del sábado 29 de agosto, regresó al Vaticano en automóvil después de la misa. Publicamos, a continuación, la homilía pronunciada por el Pontífice después de la proclamación de las lecturas.

Queridos hermanos y hermanas:
En las lecturas elegidas para la liturgia de hoy, Jornada Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación, se nos presentan dos invitaciones a contemplar las obras del Señor, ejercicio que ciertamente no nos resulta difícil en el contexto de estos maravillosos jardines.

El libro de la Sabiduría nos exhorta a contemplar la belleza y el poder de la creación para ser capaces de reconocer al Artífice (cf. Sb 13,1-9). Es superficial detenerse en la contemplación del fuego, del viento, del agua impetuosa o de las estrellas del cielo sin elevarse al Creador de tantas maravillas.

El Salmo 18 nos exhorta a alzar la mirada para contemplar los cielos que narran la gloria de Dios y el firmamento que anuncia la obra de sus manos. Toda la creación nos habla de la grandeza del Creador, siempre y cuando la mirada y el corazón se abran a tan grande misterio.

También el texto evangélico de Mateo (cf. Mt 6,24-34) nos invita a la contemplación de la creación, subrayando el amor especial del Señor por el ser humano. Admirar asombrados las aves del cielo y los lirios del campo, preciosos a los ojos del Creador, nos

conduce a comprender qué grande es el amor de Dios por nosotros. Si el Señor no deja de otorgar espléndida belleza y de proveer lo necesario a plantas y animales, ¡cuánto más estará atento a las exigencias de sus amados hijos e hijas!

Esta tarde, mientras acogemos la invitación a detenernos y a reflexionar ante las obras de Dios, damos inicio al “Tiempo de la creación”, período de cinco semanas dedicadas a la oración y al compromiso por el cuidado de la “casa común”. Por eso, en esta Jornada, y en los próximos días, hagamos algunos



minutos de pausa del ajetreo de las actividades cotidianas para gustar la gran armonía de la que formamos parte. Pongamos en “modalidad silenciosa” todos los ruidos de las tareas humanas para escuchar la voz melodiosa de la creación, en la que Dios, autor de todas las cosas, nos habla. Este ejercicio contemplativo, que favorece el encuentro con el Señor, constituye un primer paso

nal. Así, de la toma de conciencia de nuestras faltas y de nuestros errores, nace un compromiso renovado por restaurar las relaciones entre las criaturas según la voluntad de su Artífice. Por eso, el Mensaje de esta Jornada retoma la llamada del «adagio profético “con sus espadas forjarán arados” (Is 2,4) [...] a transformar la herida en vida». No es aún demasiado tarde, y el Tiem-

ta encíclica *Laudato si'* y para dar vida a este Borgo que nos acoge. Unámonos por tanto espiritualmente al Pobrecillo de Asís haciendo nuestro su Cántico de alabanza:
«Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente el señor hermano sol [...].
Loado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas [...].



hacia una «auténtica conversión ecológica, donde los efectos de nuestro encuentro con Jesucristo se hacen evidentes en nuestra relación con el mundo que nos rodea» (Mensaje para la XI Jornada Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación). De la contemplación de la creación y del encuentro con el Creador nace la conciencia de nuestro lugar especial en el maravilloso plan de Dios y de nuestra responsabilidad personal y colectiva en el cuidado de la armonía origi-

po de la Creación nos llama a una profunda conversión: «Lo que ha sido utilizado para la destrucción puede ser redirigido hacia la vida: al cuidado de los pobres, al sustento alimentario de los hambrientos y al cuidado de la creación» (ibíd.). El tiempo que comenzamos hoy concluirá el próximo 4 de octubre, día en el que celebraremos el octavo centenario del Tránsito de san Francisco de Asís. En él se inspiró de modo particular el Papa Francisco para escribir su Car-

Loado seas, mi Señor, por el hermano viento [...].
Loado seas, mi Señor, por la hermana agua [...].
Loado seas, mi Señor, por el hermano fuego [...].
Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la madre tierra, la cual nos sustenta y gobierna». Con san Francisco queremos renovar nuestro compromiso de vivir y promover esa fraternidad universal que está inseparablemente unida al deber de cuidar la creación.

El cuidado de la Creación es una cuestión teológica

La Comisión Teológica Internacional publica el documento «Cuidar nuestra Casa común», que invita a una «respuesta responsable y fraterna al Dios trinitario». La cuestión ecológica es una cuestión teológica: la manera en que se cuida la Creación revela y configura la relación con Dios. El deterioro del medio ambiente es alarmante y se requiere una acción urgente en favor de la sostenibilidad del planeta. Nadie es una mónada, todo está conectado: «Escuchar el grito de la Tierra y de los pobres».

ISABELLA PIRO

¿Cómo responder, desde una perspectiva cristiana, a la «crisis ecológica y social», «miope y suicida», en la que ha caído la humanidad? Esta es la pregunta que sirve de base al nuevo documento de la Comisión Teológica Internacional (CTI), titulado «Cuidar nuestra Casa común – Respuesta responsable y fraterna al Dios trinitario». Publicado hoy, miércoles 2 de septiembre, con la autorización de León XIV, el texto es fruto de reflexiones desarrolladas entre 2022 y 2025.

El punto de partida es la «triple



*Giovanni di Paolo,
«Creación del mundo
y expulsión del paraíso
terrestre» (1445)*

mutación» que, con el paso de los años, ha llevado a perder la percepción espontánea de la naturaleza como creación de Dios; a la afirmación de una visión cada vez más antropocéntrica y depredadora de la relación entre el ser humano y la Creación; y a la expansión de una crisis planetaria.

Todo está conectado

El documento se divide en tres capítulos. En el primero - «La Casa común, obra del Dios trinitario»- se subraya «la impronta no solo divina, sino también trinitaria» presente en la Creación, ilustrada a través de las enseñanzas de cuatro santos doctores de la Iglesia: Agustín de Hipona, Hildegarda de Bingen, Buenaventura de Bagnoregio y Tomás de Aquino.

Esta impronta trinitaria presenta los rasgos de la sacramentalidad -es decir, es signo de «una realidad sagrada y oculta» que encuentra su

«máxima elevación» en la Eucaristía- y de la interrelación, ya que el ser humano responde a su vocación desarrollando correctamente sus relaciones con Dios, con los demás y con la Creación. Esto significa, destaca la CTI, practicar «la gratitud filial ante Dios»; «la solidaridad y la misericordia hacia el prójimo»; y «el cuidado de la Casa común». Es una cuestión de equilibrio: «Nada ni nadie es una mónada -se lee

en el documento-. Todo está interrelacionado» para formar «una única comunidad de vida».

El origen del universo según la ciencia y la fe

El primer capítulo desarrolla asimismo el diálogo con algunas visiones científicas y filosóficas del cosmos -por ejemplo, el inmanentismo, el panteísmo y el sobrenaturalismo-, explicando cómo la fe en el Dios creador ofrece algo que la ciencia no puede proporcionar, aunque esta investigue «legítimamente» las primeras fases del universo.

En efecto, si la cosmología reflexiona sobre cómo nació el mundo, la fe explica su porqué: Dios da un origen metafísico, y no simplemente físico, al universo, y llama libremente a la existencia a aquello que, por sí mismo, no existiría.

El principio sabático

El segundo capítulo -«El ser humano en la Casa común»- comienza con una reflexión sobre el ser humano creado a «imagen y semejanza de Dios», lo que permite reafirmar que las diferencias -de etnia, género, cultura, condición social o económica- no implican en modo alguno una jerarquía.

Utilizar esas diferencias para discriminar o someter al otro se aleja del designio de Dios.

El documento subraya después la importancia del «principio sabático», que, un día a la semana, permite a la Tierra descansar respetando sus ritmos originales y a

la humanidad dar gracias al Señor mediante la oración. Este principio también enseña a «tener una mirada desinteresada, liberada del apetito de poseer, dominar o agredir».

Llamamiento a la conversión ecológica

La CTI resume asimismo algunos datos «muy alarmantes sobre el deterioro ecológico»: la desaparición de la diversidad biológica, que «no es un lujo exótico», sino «un factor clave» para la seguridad alimentaria; la contaminación atmosférica; el empeoramiento de la calidad del agua; la guerra, que acelera «brutalmente» la destrucción del medio ambiente; y las consecuencias «gravísimas» de todo ello sobre los más pobres, explotados en sus recursos naturales y obligados a migrar.

De ahí el firme llamamiento lanzado por la Comisión: ante una crisis ecológica «sin precedentes», no bastan las soluciones científicas y técnicas -como cambios sustanciales en los sistemas de producción, consumo, transporte y uso de la energía-, sino que se necesita también, y sobre todo, «un cambio en los valores culturales», una verdadera conversión ecológica en la forma de vivir.

El pecado contra la Creación y contra el Creador

A este respecto, el documento propone hablar de «pecado contra la Creación y contra el Creador», una formulación teológica que vincula el daño ambiental

con el rechazo del designio divino de la creación, evitando tanto un lenguaje puramente científico -como el término «ecocidio»- como la dispersión de la responsabilidad.

El momento histórico actual, de hecho, «exige de todos, comenzando por quienes son responsables de la vida pública, una acción urgente en favor de la sostenibilidad del planeta y de la habitabilidad de la Casa común. No es solo una exigencia ética, sino también teológica».

La Eucaristía, «escuela ecológica»

La mirada de la fe lleva también a rechazar «dos extremos inaceptables»: el antropocentrismo depredador, que considera a la humanidad «dueña absoluta de toda la creación», y el biocentrismo o ecocentrismo, que absolutiza la naturaleza.

La propuesta cristiana, en cambio, es la de un «antropocentrismo situado» -expresión del Papa Francisco retomada por León XIV-, que presenta al ser humano como «administrador y servidor de la Creación».

En efecto, está llamado tanto a cuidar responsablemente la Casa común, según «la mente y los legítimos intereses del propietario», que es Dios, como a colaborar con el designio divino mediante un «servicio generoso».

Esta doble vocación encuentra su culminación en la Eucaristía, «escuela ecológica» gracias a la cual se promueve «una actitud positiva y proactiva hacia la naturaleza», alejada, por tanto, de

planteamientos utilitaristas o excesivamente defensivos por temor.

La lógica jubilar y la espiritualidad ecológica

El tercer capítulo -«El cuidado de la Casa común»- ofrece algunas orientaciones prácticas, articuladas en torno a cinco relaciones fundamentales de la persona.

De la relación con Dios deriva la «lógica jubilar»: basada en la fraternidad y la solidaridad, que «marcan un límite infranqueable a la codicia en el uso de la Tierra», así como en la gratuidad y la humildad de quien «no cae en el impulso de acapararlo todo». Esta lógica conduce a la justicia social.

De la relación con uno mismo surge «una espiritualidad ecológica». Frente al actual paradigma tecnocrático, que impone ritmos frenéticos en el trabajo y en la vida personal, familiar, social y religiosa, esta espiritualidad mira al ora et labora benedictino para invitar a un estilo de vida saludable, atento al consumo -«cada acto de compra es un acto moral»- y responsable.

El grito de la Tierra y de los pobres

De la relación con la Creación se derivan principios como la reverencia; la sostenibilidad -«un criterio imprescindible que debe regir el sistema de vida y el modelo económico que lo sustenta»-; la escucha del «grito estremece-dor» de la Tierra, «trágicamente vinculado al grito de los pobres»,

quienes sufren en mayor medida «las consecuencias del maltrato del planeta»; el respeto por la vida, que permite al ser humano utilizar los recursos naturales, pero según la necesidad y la moderación, y no mediante una explotación indiscriminada; la ascesis y el ayuno, como respuesta moral a la sobreexplotación de los recursos, especialmente en los países ricos; y un compromiso diferenciado según las responsabilidades de las distintas naciones.

La sacralidad de la vida humana y el rechazo de la guerra

Además, de la relación con el prójimo surgen la sacralidad de la vida humana -un derecho incondicional e inalienable que los Estados deben proteger y promover, también mediante el rechazo de la guerra-; el destino universal de los bienes -para la tradición cristiana, «la propiedad privada no es un derecho absoluto» y, por tanto, la Casa común debe ser cuidada también para las generaciones futuras-; la fraternidad, como antídoto contra la violencia, la injusticia y un individualismo «falso, egoísta, atroz y codicioso»; la misericordia -sin amor, la vida humana se aleja de Dios y se vuelve subhumana-; y la opción preferencial por los pobres, cada vez más expuestos a la degradación ambiental y cada vez con menos recursos para mitigar sus efectos.

La colaboración interreligiosa
Como quinta y última relación, la CTI reflexiona sobre la contri-

bución al cuidado de la Creación ofrecida por diversas religiones: el judaísmo, el islam, el hinduismo, el budismo, el confucianismo, las religiones africanas y las religiones originarias americanas y oceánicas.

Se destacan, en particular, los elementos más comunes: la interconexión entre todo lo que existe, el deber de respetar a todos los seres vivos y la responsabilidad del ser humano.

Por ello, «desde el punto de vista de la fe cristiana, las puertas están abiertas a una colaboración interreligiosa en la tarea común de custodiar respetuosamente toda la Creación, al servicio del florecimiento de la vida y de la comunión con el Trascendente, que está en el origen y es el fundamento de toda vida».

Responsabilidad moral

En la conclusión del documento, la Comisión reafirma que la cuestión ecológica es, en última instancia, una cuestión teológica: la manera en que se cuida la Creación revela y configura la propia relación con Dios.

La libertad y la responsabilidad moral siguen siendo el fundamento indispensable de todo compromiso ecológico auténtico.

El texto invita, por tanto, a un «cambio ecológico» que sea al mismo tiempo cultural y espiritual -siguiendo el modelo de san Francisco de Asís- y concluye con una nota de esperanza: la crisis ambiental, por grave que sea, no socava la confianza en Dios, que hace «nuevas todas las cosas».

La urgencia de la crisis ecológica interpela a la humanidad

Un comentario del secretario general de la Comisión Teológica Internacional sobre el nuevo documento publicado «Cuidar nuestra Casa común: una respuesta responsable y fraterna al Dios trinitario»

PIERO CODA*

Ante la urgencia de la crisis ecológica que interpela a la familia humana, ofrecer una reflexión que estimule a redescubrir y valorar «el fundamento teológico del cuidado de la Casa común más allá de la situación de extrema gravedad en la que nos encontramos» (n.º 6). Este es el objetivo del último documento elaborado por la Comisión Teológica Internacional (CTI). Un texto que, sin duda, no pretende ser exhaustivo y mucho menos dar la última palabra al respecto, sino que quiere proponer algunas líneas útiles de profundización que surgen, a la luz de la fe y de su inteligencia en el discernimiento de los signos de los tiempos, de la conciencia de que «la custodia y la salvaguardia de la Casa común están inscritas en el designio de Dios sobre la creación» (ibíd.).

El primero de los tres capítulos en los que se articula el documento se centra en el mensaje que se desprende del corazón mismo de la fe cristiana y que hoy, más que nunca, resulta decisivo para un cuidado «responsable y fraterno» de la creación: el rostro trinitario de Dios revelado en Cristo. De la contemplación de este rostro —como ha subrayado en repetidas ocasiones el papa Francisco— se deduce que «en la formación de una cultura de inspiración cristiana, se ponga el acento principal en el descubrimiento de la huella trinitaria de la creación», valorizando «el carácter relacional de la creación como principio rector fundamental de una ecología integral» (n.º 33). Se trata de una verdad firmemente arraigada en la revelación y ampliamente ilustrada por la gran tradición espiritual —basta pensar en San Francisco de Asís y en San Juan de la Cruz— y teológica: como atestiguan, entre otros, cuatro eminentes Doctores de la Iglesia como San Agustín, Santa Hildegarda de Bingen, San



Gustave Doré
(1832-1883),
«Dios crea la luz»

Buenaventura de Bagnoregio y Santo Tomás de Aquino, a cuya enseñanza se remite expresamente el documento. Este valioso legado, retomado y relanzado por la teología en las últimas décadas, es hoy destacado y desarrollado en su relevancia estratégica, también a nivel práctico, por la Doctrina social de la Iglesia. Así lo recordó el papa León XIV en la encíclica Magnifica Humanitas: si, en efecto, el Dios vivo, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es «amor en relación», toda persona humana está «constitutivamente hecha para la relación», ya que ha sido concebida y querida por Dios a su imagen y semejanza «para entrar en una historia de comunión con Él, con los demás y con la creación» (MH, núms. 48 y 50).

El segundo capítulo del documento está dedicado a una relectura, desde esta perspectiva, de las relaciones constitutivas

del ser humano, de su significado específico y de su interconexión; en él se releen las primeras páginas del libro del Génesis para discernir su significado y alcance a la luz del acontecimiento de Jesucristo atestiguado por el Nuevo Testamento e interpretado por la Tradición de la Iglesia. De ello surge, en toda su amplitud, la propuesta fiable y de gran actualidad de una antropología integral que trasciende la alternativa entre el antropocentrismo depredador y el biocentrismo radical o ecocentrismo que, hoy en día, a menudo se disputan el terreno. Si bien el primero es promovido, de hecho, por un paradigma tecnocrático que, de muchas formas, pretende imponerse violentamente —con las devastadoras e inaceptables consecuencias para los más pobres y el medio ambiente que están a la vista de todos—, el segundo, como reacción a esta situación y en la búsqueda de una solución, corre el riesgo de dejar de lado e incluso de ignorar el lugar y el papel específico del ser humano en el universo. En este contexto, la visión cristiana pone de relieve cómo la singularidad del ser humano, plenamente revelada en Cristo como «primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8,29) y primicia de los «cielos nuevos y tierra nueva, en los que la justicia tendrá su morada permanente» (cf. 2 Pe 3,13), se expresa en la dignidad y la misión recibidas de Dios, que le comprometen a «cuidar de la creación, cuya salud planetaria redundará

en su propia realización personal y comunitaria» (n.º 102). Por último, el tercer capítulo esboza las líneas maestras de la espiritualidad ecológica que brota de la revelación y que «encuentra su inspiración más profunda en la celebración de la Eucaristía» (n.º 107); para luego delinear los principios éticos fundamentales que deben inspirar y guiar, a nivel personal y social, el cuidado de la casa común. En conclusión, se subraya, con espíritu de esperanza, que «una mirada de fe sobre la crisis ecológica que vivimos nos ayuda de manera decisiva a comprender tanto las raíces teológicas que la originan como las extraordinarias potencialidades teologales que constituyen el recurso para afrontarla y salir de ella de manera positiva» (n.º 142).

En el marco general del documento y como resultado de la clave de lectura teológica que lo inspira, reviste especial importancia la propuesta de «entender el pecado contra el medio ambiente de manera análoga a como se han consolidado progresivamente los conceptos de pecado social y de estructuras de pecado» (n.º 95), es decir, como «pecado contra la creación y contra el Creador [...] que nos ha confiado el mandato y la misión de custodiar, e incluso de perfeccionar, la Casa común» (n.º 97). Con ello se subraya la radicalidad y la seriedad del «giro ecológico» que hoy interpela a la conciencia, exigiendo una conversión que, para desplegar toda su eficacia a nivel

cultural y social, económico y político, requiere ante todo expresarse a nivel espiritual y religioso. Desde esta misma perspectiva, se aprecian el estilo y el método improntados en el diálogo con los que, partiendo del corazón del kerigma evangélico y de la doctrina católica, se plantea el tema en cuestión: en primer lugar —siguiendo la estela trazada por *Laudato si'*— teniendo en cuenta la importante aportación que proviene de la tradición del Oriente cristiano y de las Iglesias ortodoxas contemporáneas; pero también, en segundo lugar, de los recursos positivos que ofrecen las distintas religiones; y, por último, pero no por ello menos importante, valorando —mediante un enfoque respetuoso con los diferentes estatutos epistémicos y los procedimientos metodológicos específicos— los datos obtenidos del conocimiento científico y las cuestiones planteadas por el pensamiento filosófico comprometido con la búsqueda de la verdad ontológica de lo real y abierto a la trascendencia. En definitiva, una contribución para fomentar, en múltiples frentes, pero con un compromiso coherente y convergente de reforma del pensamiento y de la práctica iluminados desde el corazón de la fe cristiana, el «discernimiento compartido capaz de penetrar en las raíces espirituales y culturales de las transformaciones en curso» al que nos invita León XIV (cf. MH n.º 6).

* *Secretario General de la Comisión Teológica Internacional (CTI)*

Por el cuidado del agua

La intención de oración del Papa para el mes de septiembre invita a reconocer el agua como un don de Dios y un derecho “sin fronteras”

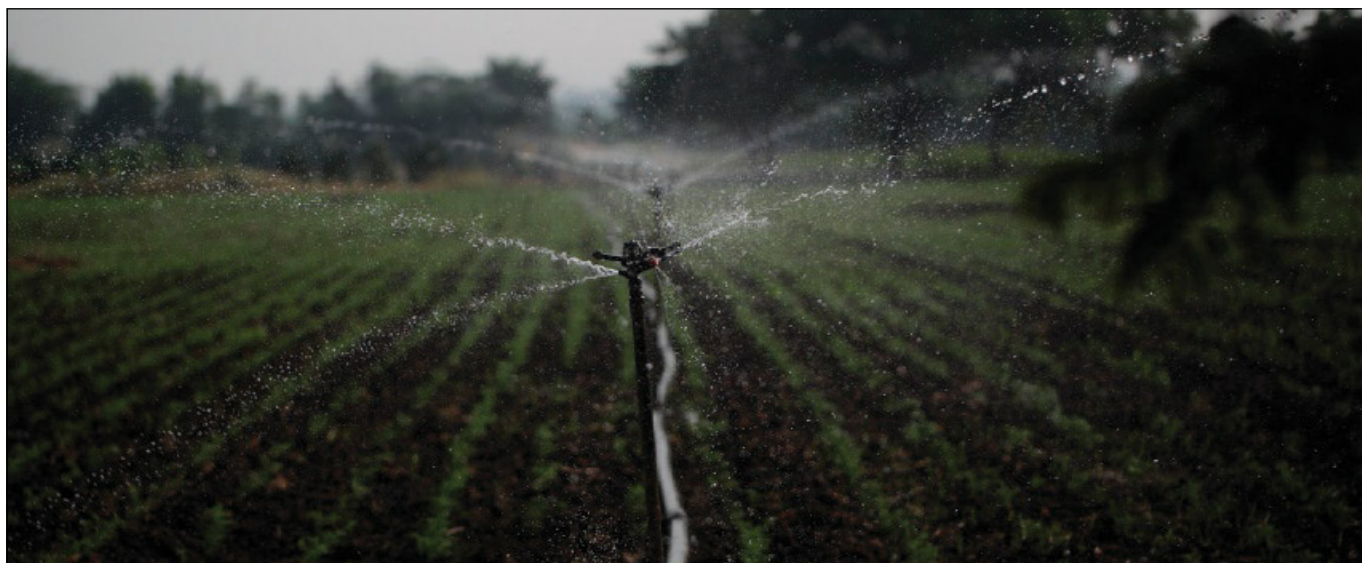
El agua, “fuente de fecundidad, frescura y esperanza”, como la nombra el propio Pontífice en su oración, es también, para millones de personas, un bien escaso, inseguro o inaccesible. Por ello, el Papa León XIV dedica su intención de oración del mes de septiembre al cuidado del agua en este inicio del Tiempo de la Creación. A través de la Red Mundial de Oración del Papa —con la campaña Reza con el Papa—, el Santo Padre invita a los fieles y a las personas de buena voluntad a rezar para que la humanidad aprenda a custodiar el agua con gratitud, justicia y responsabilidad, reconociendo en

ella, “un derecho sin fronteras”.

En su oración, León XIV da gracias al “Señor de la Vida” por el don del agua, “símbolo de tu gracia y de tu amor que nos renueva por medio del Bautismo”. El Pontífice pide perdón “por haberla convertido en mercancía, olvidando que es un regalo universal, un derecho sin fronteras”, y expresa dolor por “tantos hermanos y hermanas que no tienen agua limpia, que caminan kilómetros para encontrarla, que enferman por su escasez”. La plegaria concluye pidiendo que el Espíritu transforme a los fieles en “peregrinos de lo esencial”, capaces de vivir con sobriedad, denunciar el derroche y la contaminación, y defender el derecho de cada persona “a beber sin miedo, sin desigualdad”.

El agua: un derecho aún amenazado

La intención del Papa se sitúa ante una realidad que los datos internacionales confirman. Según el informe *Progress on household drinking water, sanitation and hygiene 2000-2024*, del Programa Conjunto de Monitoreo (JMP) de la Organización Mundial de la Salud (OMS) y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), presentado en agosto de 2025, 2.100 millones de personas todavía carecen de acceso seguro al agua potable —por ejemplo, con un acceso intermitente, insuficiente, demasiado costoso o muy distante—, y 106 millones dependen directamente de ríos, lagos u otras aguas superficiales sin tratar. Aunque entre 2015 y 2024 la cobertura mundial de agua potable se-

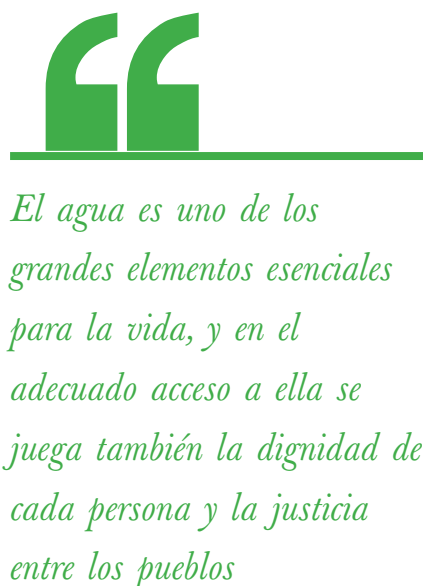


gura pasó del 68 % al 74 %, el mismo informe advierte de que, para lograr el acceso universal de aquí a 2030, los países de bajos ingresos deberían avanzar siete veces más rápido que su ritmo actual.

La falta de agua segura va además de la mano de la falta de saneamiento e higiene: 3.400 millones de personas no cuentan con saneamiento gestionado de forma segura, 1.700 millones de personas carecen de servicios básicos de higiene en el hogar, y 611 millones no cuentan con ninguna instalación para lavarse las manos, según los datos de la OMS/UNICEF (agosto 2025). Además, se estima que 1,4 millones de muertes al año están asociadas al agua insegura y a la falta de saneamiento.

“Nadie puede vivir sin agua, y nadie debería morir por su falta”

El director internacional de la Red Mundial de Oración del Papa, el Padre Cristóbal Fones, SJ, ha reflexionado sobre el sentido de esta intención: “El agua es uno de los grandes elementos esenciales para la vida, y en el adecuado acceso a ella se juega también la dignidad de cada persona y la justicia entre los pueblos. Esta intención de oración nos invita a contemplar la creación, a cuidarla y a mirar con los ojos de Dios a quienes hoy caminan kilómetros para conseguir un poco de agua limpia, y a



convertir esa mirada en gestos concretos de sobriedad, de cuidado y de solidaridad. Nadie puede vivir sin agua, y nadie debería morir por su falta”.

Una preocupación constante del magisterio pontificio

El 1 de septiembre el Papa inaugura la Jornada Mundial de Oración para el Cuidado de la Creación, fecha que da también inicio al Tiempo ecuménico de la Creación que concluirá el 4 de octubre, fiesta de San Francisco de Asís y con el lema “Agua viva”.

Así pues, el tema del mensaje del Papa para esta Jornada es “Con sus espadas forjarán arados y podaderas con sus lanzas” (Is 2,4), en el que subraya el vínculo entre los conflictos armados y el deterioro del medio ambiente. No es la primera vez que la intención de oración mensual va dirigida al cuidado de la Creación. En septiembre de 2025, por ejem-

plo, el Papa León invitaba a rezar “Por nuestra relación por toda la creación”, pidiendo encontrar la presencia de Dios en “todo lo creado”.

La creciente escasez de agua dulce, la contaminación de fuentes hídricas y la desigualdad en el acceso a este recurso esencial para la vida afecta a la humanidad de forma crítica. Urge aprender a elegir un estilo de vida más sencillo, más humano y más conectado con la madre tierra, y así el Papa Francisco lo pedía en “El Video del Papa” de septiembre de 2021, con la intención de oración: “Por una vida sostenible”, en donde invitaba a vivir una vida más “sobria” y “sostenible”.

El compromiso de la Iglesia y de cada persona

“Este mundo tiene una grave deuda social con los pobres que no tienen acceso al agua potable, porque eso es negarles el derecho a la vida radicado en su dignidad inalienable”, recuerda la Carta Encíclica del Papa Francisco, *Laudato Si’*. Desde la Red Mundial de Oración del Papa se subraya que la Iglesia acompaña este compromiso con la defensa del acceso al agua potable y a los servicios sanitarios, promoviendo proyectos de acceso al agua en numerosas zonas donde las poblaciones lo necesitan, campañas de limpieza y actividades de educación para el cuidado del agua y la higiene. Todo esto prestando espe-



cial atención a las zonas rurales, las escuelas y las comunidades más pobres, así como a personas privadas de libertad, migrantes, ancianos dependientes, personas con discapacidad o en zonas de guerra. La intención de oración invita también a gestos personales: duchas más breves, reparar pérdidas y fugas, cerrar el grifo cuando no se usa, no contaminar desagües ni ríos, consumir con responsabilidad y sobriedad, y crear redes con

otras personas y comunidades comprometidas con el cuidado del agua.

Sobre la Red Mundial de Oración del Papa

La Red Mundial de Oración del Papa es una Obra Pontificia confiada a la Compañía de Jesús. Está presente en más de 90 países y reúne a una comunidad espiritual de más de 22 millones de personas que buscan vivir cada día con disponibilidad para colaborar en la

misión de Cristo. En el centro de esta misión están las intenciones mensuales de oración del Papa, que invitan a centrarse en los desafíos de la humanidad y de la misión de la Iglesia.

Fue fundada en 1844 como Apostolado de la Oración. En diciembre de 2020 el Papa Francisco instituyó esta Obra Pontificia como Fundación Vaticana y aprobó sus estatutos definitivos en julio de 2024.

En colaboración con el Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral

El Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral (DSDHI) fue instituido por el Papa Francisco con la Carta Apostólica del 17 de agosto de 2016, en forma de Motu Proprio, *Humanam Progressionem*. A partir del 1 de enero de 2017, las competencias de los entonces Consejo Pontificio Justicia y Paz, del Consejo Pontificio Cor Unum, del Consejo Pontificio para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes y del Consejo Pontificio para los Agentes Sanitarios, cesaron sus mandatos en esa fecha, y fueron transferidas al Dicasterio vaticano. Por lo tanto, el DSDHI está llamado a expresar la preocupación de la Iglesia en los ámbitos de la justicia, la paz y el cuidado de la creación, así como todo lo relativo a la salud y las obras de caridad.



Motu proprio del Papa León XIV

“Mutua concordia”

Es bien sabido que en las Iglesias orientales existe una estrecha relación entre el Patriarca, quien preside su Iglesia patriarcal como padre y cabeza (CCEO, can. 55), y el Sínodo de Obispos, que él mismo convoca y dirige. Una relación armoniosa entre ambos, basada en el respeto y la atención mutuos, es condición indispensable para una vida eclesial fructífera, en la unidad del Espíritu y en beneficio exclusivo de la Iglesia.

Son los miembros del Sínodo quienes eligen al Patriarca, anuncian su nombramiento y proceden a su entronización (can. 75).

El Código de Cánones de las Iglesias Orientales, promulgado por el Papa San Juan Pablo II, determina las tareas y el funcionamiento de los Sínodos de Obispos, a quienes las tradiciones orientales confían el ejercicio de una amplia autoridad, que siempre presupone la comunión con el Romano Pontífice (can. 43).

La norma eclesiástica ha establecido hasta ahora que la sede patriarcal queda vacante «con la muerte o renuncia del Patriarca» (can. 12 § 1). «El Sínodo de Obispos de la Iglesia Patriarcal es competente para aceptar la renuncia del Patriarca, previa consulta con el Romano Pontífice, a menos que el Patriarca se haya dirigido directamente a este» (can. 126 § 2).

Como puede observarse, la ley otorga al Sínodo la facultad de aceptar la renuncia del Patriarca,

previa consulta con el Romano Pontífice, sin perjuicio de la posibilidad de apelar directamente al Sucesor de Pedro: una muestra más del vínculo mutuo entre el Patriarca y el Sínodo.

Dentro de este contexto normativo, se observó, sin embargo, que no existe ninguna disposición para el caso de que, por razones graves, la relación entre el Patriarca y el Sínodo de Obispos se vea irremediablemente comprometida. Ante tal ruptura, no existen normas para restablecer el funcionamiento regular del Sínodo y sus prerrogativas. Esto resulta en un bloqueo de facto del gobierno de la Iglesia Patriarcal.

El nuevo motu proprio pretende subsanar la laguna existente con las disposiciones adecuadas.

El Romano Pontífice, dentro del marco general de las relaciones existentes entre el Patriarca y el Sínodo y teniendo en cuenta la eclesiología oriental, establece la atribución de una facultad adicional al Sínodo, que pondrá de relieve aún más la estrecha relación entre este y el Patriarca, sin que ello implique que la cuestión se delegue de forma inmediata y necesaria al Obispo de Roma.

Por lo tanto, el motu proprio establece la disciplina que se debe seguir en caso de una ruptura irreparable entre el Patriarca y el Sínodo, si el Patriarca no renuncia. Establece que el Sínodo es responsable de formular las razones graves

que llevaron a la ruptura, quién y cómo debe convocar al Sínodo en tal situación, cuál es la mayoría de votantes requerida para poner fin al mandato patriarcal y la garantía de salvaguardar los derechos de defensa del Patriarca.

Una vez que se haya aprobado la resolución sinodal correspondiente, lo cual requiere al menos dos tercios de los votantes, el Presidente de la sesión sinodal se dirigirá al Romano Pontífice para solicitar su aprobación, tras lo cual la sede patriarcal quedará vacante.

Este consentimiento tiene por objeto asegurar que todo se lleve a cabo conforme a la ley, que se garanticen los derechos del Patriarca y, sobre todo, que no haya habido presiones indebidas, ni dentro ni fuera del Sínodo. En resumen, certifica que se ha salvaguardado la plena libertad de todos.

Por lo tanto, el motu proprio expresa la intención de ampliar las prerrogativas del Sínodo de Obispos de las Iglesias Católicas Orientales, otorgándoles una nueva facultad acorde con su naturaleza como Iglesias *sui iuris* e informándoles de lo que surge en su seno, ya que están mejor capacitados para comprender y evaluar la situación, reservando al Romano Pontífice un papel de garante. Lo que se establece en el motu proprio también se aplica, por su naturaleza, a las principales Iglesias arzobispaes (cf. can. 152).

En la República de San Marino, el Papa retoma el lema de su visita pastoral: “Un testimonio de paz que habla al mundo”

La libertad como cura para la humanidad

La libertad, no solo como aspiración a la autodeterminación, sino también como cuidado de la humanidad, comunión y compromiso con la paz. León XIV habló de esto durante su visita pastoral a la República de San Marino el día 22 de agosto por la mañana. Esta fue la primera parada de un viaje que también lo llevó a la cercana Rimini a primera hora de la tarde, llegando poco antes de las 15:00.

Por la mañana, el Papa llegó en helicóptero al pequeño estado fundado en el siglo IV d.C. por el santo diácono del que toma su nombre y que en 2026 celebra el centenario de sus relaciones diplomáticas con la Santa Sede. En su encuentro con autoridades y la sociedad civil en el Palazzo Pubblico, el obispo de Roma hizo hincapié en la conexión entre la libertad civil y la libertad personal, insistiendo en la primacía de la conciencia, la comunión y el diálogo. Este énfasis, señaló, se hacía necesario ante aquellos proyectos políticos y económicos “esclavos de ídolos y poder”. León XIV legó un mandato preciso a la República más antigua aún existente en el mundo: ser un “laboratorio de buenas políticas” en nom-

bre de la democracia y la justicia social.

En su posterior encuentro con la comunidad de la Diócesis de San Marino-Montefeltro, en la basílica dedicada al santo diácono, el Papa observó con preocupación las “tendencias inquietantes” del mundo contemporáneo, marcado por el conflicto, la violencia y el miedo al prójimo. De ahí su exhortación a la caridad, el perdón y la solidaridad. A los jóvenes en particular, a quienes saludó desde el cementerio, León XIV les ofreció palabras de aliento para que comprendieran el gran valor de la vida.

Poco después del mediodía, el Papa partió en helicóptero hacia Pennabilli para una visita privada al monasterio agustino. Por la tarde, se trasladó a Rimini para asistir al “Encuentro por la Amistad entre los Pueblos” y celebrar la Eucaristía en el puer-



Primera procesión de un Papa en el Lago Albano



El papa León XIV participó el 29 de agosto en una procesión en barca por las aguas del lago Albano, a los pies de la localidad romana de Castel Gandolfo, donde suele pasar algunos periodos de descanso en el Palacio Papal. Se trata del primer pontífice en participar en esta tradicional procesión acuática celebrada desde 1954 en este lago con motivo de la fiesta de la Virgen. León XIV, junto a algunos de la Curia, religiosas y varios colaboradores, encabezó la procesión a bordo de una embarcación en cuya cubierta se colocó una imagen de María y una bandera vaticana. Detrás le seguían más de treinta embarcaciones, entre botes y piraguas. Poco antes de embarcarse, León XIV había presidido una misa en la iglesia de María Santísima del Lago ante la presencia de fieles, a quienes alentó a no ceder al odio y a la violencia.



Mensaje del Papa con motivo de la 112ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, que se celebrará el 27 de septiembre

Incluso uno solo de estos pequeños

“Incluso uno solo de estos pequeños” (cf. Mt 18,10) es el tema del mensaje de León XIV para la 112.ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, que se celebrará el 27 de septiembre, último domingo del mes. Publicamos, a continuación, el texto del documento papal, publicado el viernes 14 de agosto.

Queridos hermanos y queridas hermanas:

Año tras año, la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado nos invita a centrar nuestra atención en diferentes aspectos del complejo fenómeno migratorio. En esta 112ª Jornada, el lema «Incluso uno solo de estos pequeños» nos llama a prestar atención a los menores que se ven directamente afectados por la experiencia de la migración y la huida, a la preocupación por ellos y a la promesa del Señor de que quien «acoge a un niño como este en mi nombre, me acoge a mí» (Mc 9,37).

Menores desplazados: una realidad compleja de vulnerabilidad

Los menores son los más vulnerables dentro de los flujos migratorios mundiales. Son rostros concretos, historias únicas, que apelan a nuestra conciencia. Ca-

da año, millones de niños y adolescentes se ven obligados a abandonar su tierra a causa de guerras, pobreza, violencia, desastres medioambientales y otras tragedias; y, lamentablemente, su número sigue aumentando. Las responsabilidades económicas, políticas y militares de este desastre son inmensas. El sufrimiento no se limita al desplazamiento, hay niños muy pequeños

bién menores que afrontan el viaje junto a sus padres, pero expuestos a condiciones extremas y traumáticas. Por último, no podemos olvidar la trágica situación de quienes son separados de sus padres a causa de la repatriación.

A este panorama, ya de por sí dramático, se suman otras tragedias: las muertes a lo largo de las rutas migratorias, la trata y la ex-



que han perdido a sus padres, hermanos, hermanas y amigos, y que son testigos de una violencia indescriptible. Otros, separados durante largos períodos de sus familiares, intentan reunirse con ellos, viviendo entre tanto, la angustia de la distancia. Hay tam-

plotación, el reclutamiento de menores para su participación en conflictos armados, la violencia sexual, los matrimonios forzados y las atrocidades sufridas o presenciadas durante el trayecto. Su dignidad se ve pisoteada en demasiadas formas.



El papa Francisco, en el mensaje con motivo de la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado de 2017, dedicada al tema «Emigrantes menores de edad, vulnerables y sin voz», recordaba que estos «se encuentran desprotegidos por tres motivos: porque son menores, extranjeros e indefensos; por diversas razones, son forzados a vivir lejos de su tierra natal y separados del afecto de su familia».

No obstante, en medio de tanta oscuridad, no falta la luz de la solidaridad: personas, familias, instituciones civiles y comunidades eclesiales deciden no desviar la mirada hacia otro lado (cf. Lc 10,29-37). Pensemos en las familias que abren las puertas de sus hogares para devolver a estos menores el calor de un hogar, en los educadores de las comunidades de acogida, en los voluntarios y en los trabajadores que, cada día, en las rutas y en nuestras ciudades, se dedican a curar las

heridas invisibles de estos pequeños. Con su compromiso, dan testimonio de que el amor puede vencer a la indiferencia.

Incluso uno solo de estos pequeños
Esta dramática realidad, me hace pensar en las palabras de Jesús que interpelan profundamente la conciencia de cada uno: «El que acoge a un niño como este en mi nombre me acoge a mí» (Mt 18,5). No es una cuestión de cifras ni de estadísticas. El Evangelio nos invita a no hacer cálculos: incluso uno solo. Cada niño, cada ser humano, posee una dignidad infinita. Es imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26), es presencia del Señor. Ante cada menor emigrante, estamos llamados a realizar un acto de humanidad y de fe: en el niño, de hecho, podemos acoger y encontrar al Señor. Esta llamada se hace aún más apremiante a la luz de esta otra afirmación del Señor en el Evangelio de Mateo: «fui fo-

rastrero y me hospedaron» (Mt 25,35).

Lamentablemente, los menores emigrantes se ven más fácilmente relegados a la invisibilidad, al carecer de adultos que los protejan y los apoyen. Es necesario intervenir en los países de origen para eliminar las posibles causas que les obligan a huir, además de ofrecer protección y acogida en los países de tránsito y de llegada. El clamor de los

menores desplazados se eleva hoy hacia Dios, tal y como el que se escucha en el libro del Éxodo: «He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas contra los opresores; conozco sus sufrimientos. He bajado a liberarlo» (Ex 3,7-8). Dios escucha y, para liberar, interpela con fuerza la conciencia y la acción de cada uno de nosotros, tal y como hizo con Moisés. No podemos permanecer indiferentes, ni acostumbrarnos a tanto sufrimiento.

Un llamamiento a la responsabilidad de todos

Incluso uno solo de estos pequeños nos llama, en nuestra vida personal, a abrir los ojos y el corazón para escuchar en profundidad su historia, sus miedos y sus sueños, superando esa indiferencia que reduce al ser humano a un dato estadístico que no nos afecta directamente. Es una invitación a reconocer al niño en su dignidad, aún antes que en su

condición de “migrante”, y a proteger sus derechos fundamentales: a la vida, a la educación y a un nivel de vida que le permita crecer y desarrollarse plenamente desde el punto de vista físico, mental, espiritual, moral y social.

Incluso uno solo de estos pequeños nos llama, en la vida eclesial, a convertir la hospitalidad de un concepto abstracto en una práctica pastoral constante. No podemos limitarnos a delegar esta tarea a instituciones o asociaciones dotadas de un carisma específico: ante los rostros concretos que nos interpelan en el día a día, toda la comunidad cristiana está

nir la soledad, el aislamiento y el rechazo, que no pocas veces afectan también a los hijos de los emigrantes, y promover dinámicas de encuentro e integración en las que los jóvenes del territorio y los jóvenes inmigrantes puedan fortalecerse juntos, en un camino de respeto mutuo, solidaridad y amistad.

Incluso uno solo de estos pequeños, en el marco de las distintas religiones, nos recuerda que la vulnerabilidad de los más pequeños no conoce fronteras confesionales y nos une en una responsabilidad humanitaria y espiritual compartida. Se convierte en un terreno fértil para un diálogo



llamada a sentirlos como a sus propios hijos y a acercarse a la historia concreta de cada uno. Es necesario animar a las comunidades cristianas a integrar y valorar a los refugiados e inmigrantes como miembros de pleno derecho de la familia eclesial, promoviendo nuevos itinerarios educativos y espirituales, incluso personalizados, que superen la lógica del puro asistencialismo. En particular, es fundamental preve-

interreligioso concreto, en el que los creyentes, inspirándose en el propio sentido de la trascendencia, cooperen en la creación de redes de protección. Las comunidades de fe están llamadas a crear espacios en los que cada niña y cada niño sean respetados y valorados en sus respectivas identidades culturales, previniendo así el riesgo de radicalización por parte de grupos extremistas. Proteger a un menor sig-

nifica, en última instancia, custodiar la huella divina impresa en él.

Incluso uno solo de estos pequeños, en el contexto de las instituciones civiles, nos insta a reafirmar el principio del interés superior del menor. Las instituciones públicas y privadas están obligadas a situar en el centro la protección y la dignidad de cada niño y adolescente. Esto implica la adopción de instrumentos jurídicos eficaces de protección, promoviendo la reunificación familiar y evitando los traumas de la separación. Es urgente un cambio de perspectiva: hay que desplazar el eje del debate de la mera gestión de los flujos migratorios a la protección plena e inmediata de los derechos humanos, adoptando «una respuesta coordinada, solidaria y eficaz, capaz de garantizar protección, acogida y oportunidades reales de integración a quienes emigran» (Discurso al Parlamento español, Madrid, 8 junio 2026).

Encomendemos a los menores migrantes y refugiados a la protección maternal de María Santísima, quien, junto a san José y a Jesús, aún niño, conoció la crueldad de la violencia de Herodes y el drama del exilio en Egipto (cf. Mt 2,13-15); que sea Ella quien acompañe sus pasos y ayude a nuestras comunidades a convertirse en signos vivos y creíbles del Evangelio.

Vaticano, 11 de agosto de 2026, memoria de Santa Clara de Asís.

LEÓN PP. XIV



Dar testimonio del Evangelio con la escucha



En el Meeting de Rímíni, entrevistamos a Anna Medeossi, encargada del cuidado de Notre-Dame de Santa Cruz en Orán, Argelia. Una historia de encuentro, fe y escucha.

EUGENIO MURRALI
Y ANDREA TORNIELLI

Anna Medeossi posee una mirada vivaz y decidida, una voz y gestos llenos de bondad, y una sabiduría profunda y serena. Arquitecta originaria de Gorizia, quizás jamás imaginó a qué la vida la llamaría desde hace casi un año: ser la primera mujer en el mundo en ser rectora de un santuario. Un logro que adquiere aún mayor significado en el lugar donde se encuentra: Notre-Dame de Santa Cruz, en Orán, Argelia, un país con una población mayoritariamente musulmana. Imágenes del san-

tuario que ella dirige han dado la vuelta al mundo con motivo de la beatificación de los Mártires de Argelia.

De la arquitectura al cuidado del santuario

Su llegada a Santa Cruz, donde ahora vive como religiosa consagrada de la Orden Virginum de la Diócesis de Orán, no fue como rectora, sino como arquitecta. «En realidad, llegué a Notre-Dame de Santa Cruz como arquitecta», explica, «respondiendo a la petición del obispo de Orán, Jean-Paul, de colaborar en la renovación del santuario en 2017». El obispo Jean-Paul es ahora el cardenal Jean-Paul Vesco, arzobispo de Argel. De ese proyecto nació un vínculo que ha durado nueve años: «También colaboré en la organización de la beatificación, que coinci-

dió con la inauguración del santuario renovado». Su nombramiento surgió de una necesidad concreta. Santa Cruz nunca había tenido rector, explica, pero había una necesidad cada vez mayor de una presencia estable que cuidara del lugar.

Vivir juntos en paz

Santa Cruz vive a un ritmo particular. Se celebra una peregrinación diocesana anual y, «cuando todo va bien», una Misa mensual. Por lo demás, es un lugar frecuentado principalmente por musulmanes. «Es un santuario para los musulmanes», explica, «que vienen a visitarlo por decenas, por cientos, en verano y los fines de semana. Por eso es importante que haya alguien que los reciba y les ayude a descubrir qué es una iglesia, a mostrarles que somos hermanos y hermanas, y a dar testimonio al mundo de que podemos vivir juntos en paz». Un símbolo de esta vocación es la explanada frente al santuario, rebautizada como Esplanade du vivre ensemble en paix, «la plaza de la convivencia pacífica», creada un año después de que la ONU aprobara el día internacional dedicado a este tema.

María, un camino de diálogo

«El santuario se construyó durante la época colonial; podría haber permanecido como una

ruina de la época colonial, un lugar de memoria herida, pero en cambio es un lugar querido por la gente de Orán. Es un signo de un camino que debemos recorrer juntos hacia el futuro». Un signo de esperanza. La conexión con el encuentro de oración ecuménica e interreligiosa del Papa León en Notre-Dame d'Afrique, en Argel, con la inscripción en el ábside que invita a la oración por nuestros hermanos musulmanes, y el recuerdo de la visita de Benedicto XVI al santuario de Meryem Ana Evi, la "Casa de María", en Turquía, donde la mayoría de los fieles son musulmanes, plantean la cuestión del papel de María. "María", observa, "es sin duda un camino hacia el diálogo porque también es venerada en la tradición musulmana. De hecho, mucha gente, al menos en Santa Cruz, que no comparte la misma historia que Notre-Dame d'Afrique, viene realmente por turismo. Es un lugar hermoso, sobre la ciudad de Orán, con un paisaje impresionante". Y la belleza misma se convierte en un medio de encuentro: «Es hermoso ver cómo la belleza del lugar, e incluso dentro de la capilla, ese momento de sorpresa ante la belleza del lugar, nos ayuda a entablar un diálogo, a encontrar la paz. Y desde ahí, podemos empezar a encontrarnos».

Una fraternidad en la vida cotidiana

«Trabajo con musulmanes», continúa el rector, «y en el santuario, todas las pinturas, todas



La presencia de esta iglesia, de cristianos en Argelia, es un signo para el mundo, un signo de que Argelia, un país musulmán, es un pueblo de paz, un pueblo que anhela la tolerancia

las escenas de la vida de María, fueron creadas por artistas argelinos musulmanes. Y mi trabajo diario, todo el mantenimiento, lo realizo con empresas locales. Y creo que la fraternidad comienza también ahí. Aceptan colaborar, trabajar en una iglesia. No es algo que se dé por sentado». La acogida genera un cambio de perspectiva: «Lo que a menudo me sorprende es su deseo de decir que, sí, la presencia de esta iglesia, de cristianos en Argelia, es un signo para el mundo», un signo de que Argelia, un país musulmán, es un pueblo de paz, un pueblo que anhela la tolerancia.

Estar a la escucha

Dar testimonio de la fe de forma concreta es lo que le importa a Anna Medeossi. «Para mí, se da testimonio exactamente como en Europa, como en todas partes, siendo uno mismo, intentando vivir el Evangelio plenamente con quienes tenemos de-

lante, no con palabras, sino con hechos». Vivir en Argelia, dice, es estimulante porque te obliga a escuchar: «Escuchar lo que dicen los demás, la imagen que proyectan de ti mismo, y saber que siempre te juzgan por tu amor, reconocen si hablas con sinceridad, si sonríes, si eres comprensivo». Es un viaje de humanidad: «Dar testimonio de tu fe significa intentar crecer juntos como humanidad, respetando las diferencias, con profunda comprensión. Las amistades hermosas nacen cuando se puede dialogar con sinceridad».

La misericordia como verdadero realismo

Reflexionando sobre el mensaje que el Papa León XIV pronunció en el Meeting de Rimini, contrastando el «falso realismo» de quienes abogan por el rearme y el cierre con el «auténtico realismo» del amor y la misericordia, Medeossi observa: «También pensé en esos pequeños gestos cotidianos que exigen tanta misericordia, y todo comienza ahí. Como párroco, comienza con la bienvenida a los turistas, y a menudo nos encontramos con gestos de personas a las que uno querría reprender con el ceño fruncido, incluso enfadarse. En cambio, dar un paso de misericordia, intentar encontrar una manera de decir las cosas de otra forma, suele abrir una puerta en los corazones, y con alguien que se habría marchado enfadado, nace una relación. Así de simple. Con un momento de misericordia».

Trabajando juntos para salvaguardar la vida

Una oportunidad para detenerse, reflexionar y mirar hacia atrás, al pasado, al presente y al futuro, para preguntarse qué se ha hecho, qué se está haciendo y qué se hará. Para el cardenal jesuita Michael Czerny, así es como debe verse la celebración de veinticinco años de encuentros, objetivos compartidos, viajes emprendidos y, sobre todo, servicio del Equipo Itinerante Amazónico (EIA), un proyecto misionero destinado a acompañar a las comunidades indígenas y ribereñas más aisladas y vulnerables del pulmón verde del planeta.

Con motivo del XXV Encuentro Interinstitucional, cuyo tema fue: “Equipo Itinerante: Nuestra Vida en la Misión es Cuidado”, que se inauguró el 29 de agosto y concluyó el lunes 31, en Manaus, en la Escola Agrícola Rainha Dos Apóstolos, en el último día de su mandato como Prefecto del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral (DS-SUI), el Cardenal envió un mensaje en el que escribió que “veinticinco años son, sin duda, motivo de acción de gracias”, pero también que “un verdadero aniversario cristiano debe ser un examen de conciencia”. Hizo hincapié en



que el tema y el lema elegidos para el evento –“Entrelazando Carismas y Recursos al Servicio del Reino”– “encierran una intuición profundamente evangélica”, a saber, que “nadie solo posee todos los carismas, todos los recursos o todas las respuestas que la misión requiere”; por el contrario, nos necesitamos unos a otros, como enseña la vida en la Amazonía y confirma el Evangelio.

Para responder a las preguntas “¿Qué hemos hecho? ¿Qué estamos haciendo? ¿Qué haremos?”, necesitamos reflexionar juntos “escuchando al Espíritu, a los pueblos amazónicos, a los que sufren, a los que nos precedieron y, sobre todo, a Cristo encarnado que sigue caminando con noso-

tros por los ríos, senderos y comunidades” de la Amazonía, explica el Cardenal Czerny, reiterando la invitación de León XIV “a sembrar en un surco también regado por la sangre de tantos hombres y mujeres que nos precedieron”, porque “nosotros también recibimos una historia que no comenzamos y entregaremos una misión que no completaremos”.

En consecuencia, el Equipo Itinerante está llamado hoy a ser “una red de carismas, institu-

ciones, personas, ciudades y comunidades que aprende continuamente a trabajar juntas, sin perder la riqueza de la diversidad, y que camina junto a la Iglesia y dentro de ella, con sus luces y sombras”, explica el cardenal, instándonos a mirar atrás con gratitud a los veinticinco años de trabajo, durante los cuales, en la Iglesia, la EIA “ha aprendido que evangelizar no significa simplemente traer algo, sino también escuchar, aprender, acompañar y dejarse transformar”. Y el Sínodo recordó: “la Iglesia necesita una conversión pastoral, cultural, ecológica y sinodal”, por lo que debemos preguntarnos qué no se ha hecho lo suficiente.

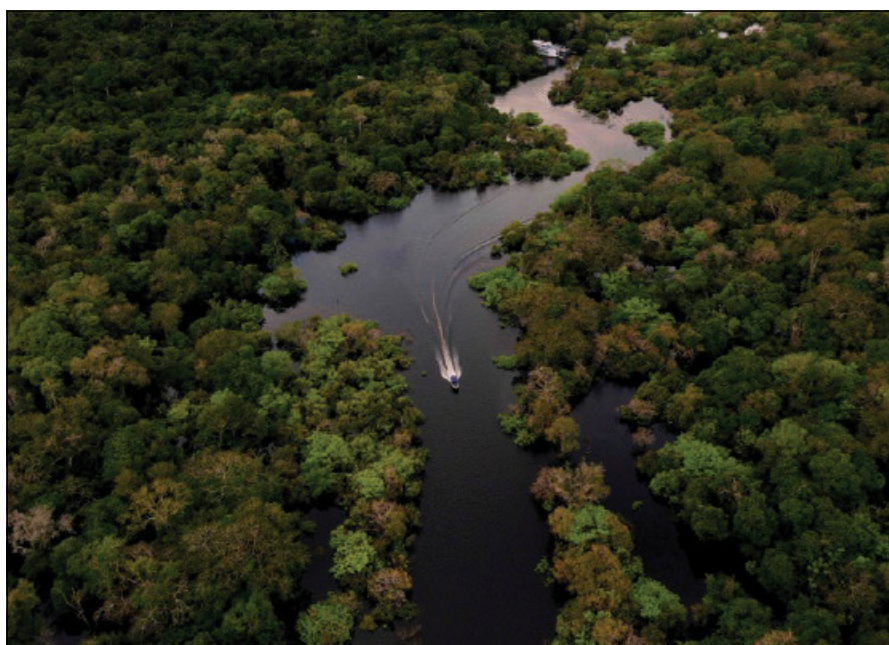
En cuanto a la actualidad, “la

Amazonía sigue herida, incluso más que nunca” y “sus pueblos continúan enfrentando amenazas, abusos, explotación y nuevas formas de violencia; nuestra casa común sigue bajo ataque”, señaló el cardenal, quien agradeció a “León XIV por la claridad con la que, en agradecida continuidad con el camino de escucha al Pueblo de Dios iniciado por el Papa Francisco, nos está ayudando a discernir los nuevos pasos de la Iglesia en la Amazonía, con su propio ritmo y tono, y con llamados concretos a la unidad, la paz, el cuidado de la creación y una Iglesia capaz de generar y proteger la vida”.

El cardenal recuerda su mensaje en video del 17 de marzo a los participantes de la sexta asamblea de la Conferencia Eclesial sobre la Amazonía (CEAMA), celebrada en Bogotá del 16 al 20 de marzo, en el que el Papa reconoció que la pastoral de la Iglesia en la Amazonía está “viviendo un tiempo privilegiado de escucha al Espíritu Santo” y animó a la búsqueda y el

descubrimiento de los Horizontes Pastorales Sinodales para guiar la misión y continuar la implementación del Sínodo para la Amazonía. Este llamado también es válido para el Equipo Itinerante, que debe comprender que la Iglesia hoy está llamada a ser, como dice el Pontífice, “signo de unidad en la diversidad y refugio seguro que genera y protege la vida”.

El camino que tenemos por delante, como nos recuerda León XIV, “no está separado de las heridas concretas de la Amazonía”, es decir, del sufrimiento y las esperanzas de sus habitantes, del deterioro



ro de su entorno natural y de las situaciones de abuso y explotación. En este contexto, debemos acompañar a quienes sufren, salvaguardar la creación y “respetar la vida en todas sus formas, especialmente la vida humana”. Se necesita “inculturación”, “un camino difícil pero necesario”, afirma el cardenal Czerny, quien, respecto a lo que se debe hacer, recurre una vez más a León XIV, que “nos recuerda que el amor de Cristo, contemplado en la oración, nos impulsa a responder con generosidad y valentía”. Por lo tanto, para discernir el futuro de la misión, “reuniones, evaluaciones y planes” no son suficientes. Hay “necesidad de silencio, oración, escuchar al Espíritu”, concluye el cardenal, y dejarnos interrogar, “como discípulos”, una vez más por Dios. Y la respuesta debe descubrirse juntos.

Las instituciones eclesiales bolivianas presentan una guía para fomentar la conversión ecológica en la vida cotidiana

Educación y pastoral

Una propuesta “educativa y pastoral” para ayudar a individuos, familias y comunidades a reconocer sus responsabilidades ante la crisis ecológica y luego transformar esta “conciencia en acciones concretas en defensa de

nuestra casa común”. Este es el propósito de la nueva guía ecológica para fomentar la conversión personal, familiar y comunitaria, presentada recientemente por la Conferencia Episcopal Boliviana. El documento —preparado por la

Unión Nacional de Instituciones para el Trabajo de Acción Social de Bolivia (UNITAS), la Red Eclesial Panamámazónica, la Universidad Católica Boliviana de São Paulo y el Centro “Zona de Aprendizaje” de Investigación en Educación y Psicopedagogía— propone un camino integral para “aprender y actuar” en un programa educativo que reconcilia ciencia y fe. El objetivo final, enfatizan los organizadores, es que la atención a la ecología trascienda la mera preocupación ambiental y se traduzca en acciones personales y comuni-

tarias capaces de proteger la vida. Según los autores del documento, “la crisis ecológica es también una crisis social”: el deterioro de los ecosistemas, la acelerada pérdida de biodiversidad, el calentamiento global,

la alteración de los ciclos del agua y los fenómenos meteorológicos extremos “perjudican especialmente a los sectores más vulnerables de la población”. En Bolivia, esto también resulta particularmente evidente, con la contaminación urbana, la escasez de

agua y la deforestación de la Amazonía. Pero las ciudades y la Amazonía, según la guía, “no son entidades separadas”, sino que están interconectadas.

Las acciones cotidianas individuales pueden parecer insignificantes, pero adquieren un gran valor cuando representan un cambio concreto en el estilo de vida. En este sentido, los autores de la guía nos invitan a “romper con la lógica de la cultura del usar y tirar” y avanzar hacia “una cultura del cuidado”, comenzando por cambiar las decisiones que tomamos en el día a día.



*Romper con la
lógica de la cultura
del usar y tirar” y
avanzar hacia “una
cultura del cuidado*

Tierra Santa, Pizzaballa: Que la escuela sea un signo de esperanza

En el mensaje, publicado por la Asamblea de Ordinarios Católicos de Tierra Santa con motivo del inicio del nuevo curso escolar y firmado por el cardenal Pierbattista Pizzaballa, Patriarca Latino de Jerusalén, promete que “la destrucción no tendrá la última palabra” y que los niños también, algún día, podrán redescubrir “el aprendizaje y la vida cotidiana”.

“Hay niños cuyas aulas ya no existen y comunidades donde la alegría del inicio del curso escolar se ve ensombrecida por la muerte, el desplazamiento y la destrucción. Estos niños también forman parte de nuestra comunidad”. Este es el mensaje publicado por la Asamblea de Ordinarios Católicos de Tierra Santa con motivo del inicio del nuevo curso escolar, firmado por el cardenal Pierbattista Pizzaballa, Patriarca Latino de Jerusalén y presidente de la Asamblea.

Las escuelas, pilar de la presencia cristiana

Al concluir agosto, mientras se preparan las aulas y los docentes se alistan para recibir a los alumnos, el cardenal escribe que es imposible celebrar este nuevo comienzo «sin recordar



que, en algunas partes de Tierra Santa, el regreso a la escuela ya no se puede dar por sentado». De ahí la esperanza de que la apertura del ciclo escolar se convierta también en un signo de esperanza para quienes no pueden regresar a la escuela hoy: la promesa de que «la destrucción no tendrá la última palabra» y que ellos también, algún día, podrán redescubrir «el aprendizaje y la vida cotidiana». En su mensaje, publicado el miércoles 26 de agosto, Pizzaballa recuerda el papel de las escuelas cristianas, definidas como «mucho más que instituciones educativas»: son uno de los pilares de la presencia cristiana en Tierra Santa y, al mismo tiempo, lugares que acogen a estudiantes y familias de diferentes tradiciones religiosas, educando a las nuevas generaciones en la convivencia, el respeto mutuo y la aceptación de los demás. Esta apertura, subraya el pa-

triarca, no implica renunciar a la propia identidad. El carácter cristiano de las escuelas debe expresarse en valores, símbolos, tradiciones y actividades educativas cotidianas. Preservarlo, especialmente ante las numerosas presiones a las que están sometidas, requiere «paciencia, firmeza y valentía» y es una responsabilidad compartida de administradores, docentes y toda la comunidad eclesial. Se presta especial atención a la formación religiosa de los alumnos. No basta, afirma el mensaje, con que un alumno cristiano sepa recitar oraciones o nombrar los sacramentos sin comprender su significado: la educación religiosa debe conducir a una comprensión «viva y personal» de la fe. Ser cristiano de Tierra Santa, continúa Pizzaballa, no es simplemente «una cuestión de identificación geográfica»; significa desarrollar una relación profunda con la tierra del Evangelio y apren-

der los misterios de la fe a través de los lugares donde se desarrollaron.

Acercar a los estudiantes a Tierra Santa

Por ello, las visitas a los lugares santos deben ser parte integral de la formación religiosa. Cuando las distancias, las fronteras y las restricciones imposibilitan el acceso físico, corresponde a las escuelas encontrar otras maneras —a través de las Escrituras, el estudio y los recursos visuales— de acercar a los estudiantes al patrimonio espiritual de Tierra Santa. El mensaje concluye con un agradecimiento a los educadores y las familias, y una oración por todos los niños de la región, «especialmente por aquellos que carecen de seguridad y educación». Para que las escuelas, espera Pizzaballa, sigan siendo «lugares de fe, conocimiento, encuentro y esperanza».



Una
misión
dedicada
al servicio
de los
demás

Siria, servir a Dios y al pueblo entre guerras y dificultades

En Damasco, es conocida como la monja que dirige el “Hospital Francés”. Durante los últimos cuatro años, la Hna. Judita ha prestado servicio en Siria, donde ella y su comunidad dirigen un hospital católico. Habla de los miedos de los cristianos, del éxodo de los jóvenes y de la esperanza que tratan de llevar cada día a los pacientes.



SOR JANA PAVLA HALČINOVÁ, DC

Sor Judita Cáková es miembro de la Compañía de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl desde hace 33 años. Enfermera preparada, sirvió en muchas partes del mundo, incluidos los campos de refugiados y las zonas de conflicto antes de llegar a Damasco.

Recordó un encuentro que la marcó. Cuando la gente preguntaba: “¿Quién es la mujer que nos está ayudando?” la intérprete respondió simplemente: “Es una mujer que ama a Dios y a las personas”. Desde entonces esas palabras la han acompañado.

Su decisión de ser voluntaria en misiones humanitarias se inspiró en un artículo que la había conmovido profundamente. “Me conmovió la extrema pobreza de las personas que habían huido de la guerra y la violencia sin nada y necesitaban incluso la asistencia más básica”, dijo.

Hoy su misión ha tomado una forma diferente. “Mi responsabilidad es administrar el hospital de una manera que lo mantenga financieramente sostenible mientras permanezco fiel a nuestro carisma de servir a los pobres”.

El hospital, ampliamente conocido en Damasco como el Hospital Francés, pertenece a las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl. Mientras que las monjas supervisan su administración, la mayoría de sus empleados son profesionales laicos de diferentes orígenes religiosos.

Un comienzo exigente

Cuando la hermana Judita llegó por primera vez a Siria, no hablaba árabe y tuvo que adaptarse a un sistema de salud completamente diferente. “Conocía un poco de francés e inglés”, recordó con una sonrisa, “pero todos los idiomas se confundían en mi cabeza”.

Poco a poco, encontró la forma de comunicarse y se dedicó a su trabajo en el quirófano. “Me gustaba especialmente asistir a las cesáreas porque el procedimiento era exactamente el mismo”.

Dos médicos que habían estudiado en Rusia se convirtieron en un valioso apoyo. “Ha sido de gran ayuda porque he podido hacer preguntas y con paciencia me lo han explicado todo”.

Hoy en día, el hospital opera en circunstancias exigentes. Cuenta con 108 camas, unos 250 empleados y trabaja con unos 130 médicos. “Mi responsabilidad es garantizar que el personal reciba regularmente su salario y que tenga buenas condiciones de trabajo”. Mantener la estabilidad financiera es un desafío constante sin dejar de ser fieles a la misión del hospital. “No podemos servir solo a los pobres porque no tenemos una organización que pueda financiar todos sus cuidados. Por esta razón, también damos la bienvenida a los pacientes que pueden pagar la atención, lo que nos permite brindar atención a aquellos que no pueden pagarla”.

El hospital colabora estrechamente con Cáritas y varias organizaciones benéficas en Siria apoyadas por

donantes internacionales. En años anteriores, también había recibido una ayuda significativa a través de la iniciativa Open Hospital del Vaticano, dirigida por el cardenal Mario Zenari, nuncio apostólico. “Gracias a este apoyo, muchas personas han podido recibir intervenciones de vital importancia incluso en situaciones de emergencia”.

Incertidumbre creciente

Según la hermana Judita, la sociedad siria ha cambiado radicalmente desde el estalli-

do de la guerra en 2011. “Mucha gente hace dos trabajos simplemente para sobrevivir. También ha habido un gran éxodo de personas educadas, especialmente cristianos y miembros de comunidades minoritarias, a Europa, América y Australia”.

Los que se quedan, dijo, a menudo son personas que no tienen la oportunidad de irse. Las tensiones regionales han añadido un nivel adicional de incertidumbre: las explosiones y los ataques con misiles se han convertido en parte de la vida cotidiana.

Un ataque ha permanecido particularmente vivo en su memoria. Tras un bombardeo en una iglesia ortodoxa que causó varias víctimas, la mayoría de los heridos fueron trasladados al hospital francés. “Hemos tratado a cerca del ochenta por ciento”. Varias de las víctimas eran jóvenes. “Cuando les preguntamos después de la intervención cómo podíamos ayudarlos, casi todos dieron la misma respuesta: querían salir del país”.

Un lugar de paz y acogida

A pesar de la violencia que lo rodea, el hospital trata de seguir siendo un lugar de esperanza. “Nuestra estructura tiene una atmósfera cristiana, hecha de respeto, cooperación y genuino deseo de servir a los demás”. Se anima a los miembros del personal a ver a Cristo en cada persona y a tratar a cada paciente con dignidad y compasión. “Es una de las razones por las que la gente se siente segura aquí”.



En un país donde la mayoría de los centros de salud son gestionados por el estado, el hospital francés se ha convertido en el símbolo de confianza para muchas familias. Ha seguido aumentando. Recientemente, ha abierto un nuevo departamento de cardiología que ofrece cateterismos cardíacos y cirugía a corazón abierto. “Es importante que todos, incluidos los cristianos, tengan acceso a una atención médica de alta

calidad”.

Su misión a menudo se extiende más allá de la atención médica. Durante los períodos de crisis, el hospital proporcionó alojamiento a los profesionales de la salud que de repente habían perdido tanto su hogar como su trabajo. También organizó el transporte para los empleados porque viajar a Damasco después del atardecer se había vuelto cada vez más peligroso. -“No hay electricidad. La ciudad está oscura y la gente tiene miedo”.

Una esperanza que perdura

Sor Judita reconoce que el hospital depende mucho del apoyo internacional. “Cualquier forma de asistencia es bienvenida, tanto financiera como material. Necesitamos urgentemente una nueva ambulancia y también necesitamos ayuda para cubrir los costes de las operaciones para los pacientes pobres”.

Sin embargo, entre la guerra, las dificultades y la incertidumbre, son las vidas transformadas las que continúan sosteniendo su esperanza. Recuerda a una niña que nació prematuramente con solo seis meses de embarazo. “Nació en la fiesta de San Miguel, por lo que hemos sugerido el nombre de Miša. Hoy, esa niña tiene dos años y goza de buena salud. “Momentos como estos nos traen una alegría inmensa”, afirmó sor Judita. “Nos recuerdan por qué continuar”.

Camerún, elegir permanecer entre el conflicto y la pobreza

En la localidad de Baba 1, en la región noroeste de Camerún, las Hermanas de la Santa Unión continúan viviendo junto a una comunidad marcada por la pobreza, la inseguridad y la violencia, ofreciendo atención médica, apoyo y esperanza a las personas más vulnerables.

SOR KUM SHALLOTTE BI, SUSC

En el remoto pueblo de Baba 1, comunidad rural de la región noroeste de Camerún, las Hermanas de la Santa Unión viven y trabajan junto a la población desde los años sesenta. Baba 1 ha estado marcada durante mucho tiempo por la pobreza extrema, la difícil accesibilidad debido a las malas condiciones de las carreteras, el acceso limitado a la electricidad, las fuentes de agua inseguras, una alta tasa de analfabetismo y los problemas generalizados de desnutrición, especialmente entre los niños.

Permanecer al lado de la población

En los últimos años, el conflicto armado en curso ha agravado aún más estas heridas. La inseguridad, los secuestros cada vez más frecuentes y las muertes prematuras se han convertido en parte de la vida cotidiana. Sin embargo, las Hermanas de la Santa Unión han optado por quedarse, incluso a medida que las dificultades se multiplican y las condiciones de vida se vuelven cada vez más duras. A pesar de la realización de la carretera nacional asfaltada y de una modesta mejora de la nutrición infantil, persisten las dificultades de fondo. La Santa Unión sigue siendo la única comunidad religiosa presente en esta zona. Las monjas podrían hacer suyas las palabras del salmista: “¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome?”

(Sal 13,1). Sin embargo, cada mañana se levantan para responder a la llamada de quienes dependen de ellos. ¿Qué los impulsa a quedarse mientras muchos otros huyen? La respuesta está en los rostros que encuentran todos los días: una anciana que necesita atención médica; una mujer embarazada en trabajo de parto a la espera de un parto seguro; un niño afectado por convulsiones que necesita atención urgente; un hombre que sangra después de un accidente; familias abrumadas por el dolor y la incertidumbre en busca de consuelo; trabajadores que dependen de ellos para el sustento diario; jóvenes que buscan orientación a través de su ejemplo. Esta realidad co-



tidiana recuerda el imperativo del Evangelio: “Todo lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25,45). Las Hermanas de la Santa Unión de Baba 1 no pueden dar la espalda a estos rostros de Cristo. La confianza que los aldeanos depositan en ellos es a la vez una cruz y una bendición, expresión concreta de esa disponibilidad que han prometido con la profesión religiosa.

Servir a través del cuidado y la caridad

La asistencia sanitaria sigue siendo el corazón de la misión de las Hermanas de la Santa Unión en Baba

1, como respuesta diaria al sufrimiento humano. El servicio realizado en el Saint Monica Catholic Medical Center se enfrenta a desafíos particularmente complejos. Muchos habitantes de la comunidad no pueden permitirse pagar la atención médica que necesitan con urgencia, pero reciben asistencia de todos modos. A esta dificultad se añade la de encontrar personal sanitario cualificado. De hecho, son muy pocos los profesionales dispuestos a trabajar en un contexto tan inseguro y carente de servicios esenciales, mientras que los que aceptan exigen salarios muy superiores a los que la comunidad puede soportar. La paradoja es evidente: ¿cómo garantizar atención gratuita a los más pobres y, al mismo tiempo, disponer de los recursos necesarios para remunerar a personal cualificado? La respuesta hunde sus raíces en una de las virtudes propias de la Santa Unión: la caridad. Su misión es una obra de caridad vivida con compasión, no entendida como un simple sentimiento, sino como un compromiso radical de servir a los demás sin calcular el coste.



Un testimonio de esperanza

Los aldeanos no eligieron nacer en estas condiciones, ni el conflicto que hoy marca sus vidas. La presencia de las monjas es un gesto sencillo, pero concreto, para dejar que la luz de Cristo brille allí donde la oscuridad parece prevalecer. A veces el miedo se abre paso y perseverar parece imposible. Sin embargo, las palabras de san Pablo siguen siendo para ellos una fuente de fuerza: “Te basta mi gracia, pues la fuerza se manifiesta plenamente en la debilidad” (2 Co 12,9). En muchos momentos, son las mismas personas que asisten las que les transmiten valentía. Su resiliencia y la capacidad de seguir esperando a pesar de las adversidades se convierten a su vez en un anuncio del Evangelio, recordando que la misión nunca es un don de un solo sentido, sino un camino compartido. La vida consagrada, tal como se vive en

Baba 1, no es un escape de la realidad, sino una inmersión total en ella. Los votos religiosos llaman a las hermanas a estar en el corazón de los desafíos de su tiempo y a defender la vida allí donde está más amenazada. En Baba 1 esto significa elegir la presencia en lugar de la comodidad, la fidelidad en lugar de la seguridad. Las dificultades que afrontan cada día las empujan a recorrer un camino de continua conversión al corazón de Cristo. A través de gestos discretos de caridad buscan aliviar el peso del sufrimiento: un niño que nace con seguridad, la fiebre de un pequeño que finalmente disminuye, una herida medicada, una familia tranquilizada, trabajadores remunerados con justicia, ancianos asistidos, mujeres jóvenes acompañadas en su camino de crecimiento.

Las hermanas también encuentran inspiración en santa Teresa de Calcuta, que había comprendido cómo la verdadera fuerza nace del servicio a los pobres. Mientras que el mundo a menudo sostiene que la felicidad depende de una vida cómoda y sin sufrimiento, las Hermanas de la Santa Unión de Baba 1 atestiguan que la alegría puede convivir

con las dificultades y que una vida plenamente realizada también puede pasar a través del abrazo de la cruz. Su vocación de religiosas encuentra su expresión más profunda precisamente en esta misión frágil, exigente y llena de gracia. Con la profesión de los votos de castidad, pobreza y obediencia, se vuelven radicalmente disponibles al proyecto de Dios, una disponibilidad que continúa conduciéndolas hacia lugares y situaciones que nunca habrían imaginado. Las hermanas custodian la esperanza de que un día los habitantes de Baba 1, junto con todas las comunidades heridas por los conflictos, puedan volver a vivir en paz y seguridad. Como escribe san Pablo en la Carta a los Romanos, “la esperanza no defrauda” (Rm 5,5). Y oran para que Dios, que hace firmes a sus hijos en Cristo, continúe obrando en ellos y a través de ellos para su mayor gloria.

Polonia, una vida de servicio y promoción espiritual

El camino vocacional hacia la vida religiosa es único para cada mujer consagrada. Sor Małgorzata Cur, de la Congregación de las Hermanas de María Inmaculada, compartió su camino de fe y cómo su vida de servicio ha tocado a muchas personas. Su trayectoria fue influenciada precozmente por las Hermanas Franciscanas de la Familia de María, que prestaban servicio en su parroquia de origen.

SOR CHRISTINE MASIVO, CPS

Sor María Małgorzata Cur recordó que sus encuentros con las hermanas franciscanas cuando era una niña fueron formativos. Su presencia no se limitaba al cumplimiento de los deberes religiosos, sino que era un testimonio vivo de fe, humildad y amor desinteresado. La inspiraron a través de actos concretos de servicio: enseñar cate-



cismo, cuidar la parroquia y brindar atención médica a las familias necesitadas.

Fueron acogedoras y crearon un espacio donde los niños y los miembros de la comunidad se sentían como en casa. A través de los juegos y la jardinería, nutrieron la confianza, la alegría y el sentido de pertenencia. Estas primeras experiencias sentaron las bases de su vocación.

Guiada por este discernimiento, se unió a la Congregación de las Hermanas de María Inma-

culada, donde descubrió una profunda conexión con la espiritualidad mariana. La comunidad le ofreció un sentido de hermandad que favoreció el crecimiento y el apoyo mutuo.

Educación, catequesis y servicio ministerial

Su formación inicial incluía estudios de pedagogía y teología preparándola para el servicio pastoral. Trabajó como catequista y profesora, sobre todo en centros de atención, donde conoció a niños, jóvenes y adultos. Su misión no era solo enseñar, sino también acompañar a las personas en su día a día con empatía y sensibilidad.

Su ministerio más tarde se expandió a roles de liderazgo, incluida la gestión de un centro para niños enfermos y un centro de intervención en caso de crisis. Estas experiencias le han enseñado hu-

mildad, paciencia y un profundo sentido de responsabilidad en el cuidado de las personas vulnerables.

Sor María Małgorzata presta especial atención a la individualidad de cada niño, ayudándole a descubrir su propia autoestima y dignidad. A través de la oración, el juego y la rutina diaria, construye confianza y seguridad en los niños vulnerables, encarnando la misión de la congregación en la práctica.

El carisma de salvar almas

La misión principal de su congregación, expresada como “salvar almas”, está enraizada en la visión de su fundador, Jan Schneider. Su trabajo se centra en el apoyo a niñas y mujeres en situaciones vulnerables tanto a través de la guía espiritual como de la asistencia práctica.

Sor Małgorzata trata de encarnar este carisma acercándose a quienes le han sido confiados con sensibilidad y misericordia. Vive esta misión a través de su presencia, atención y disponibilidad

para llevar esperanza a los demás.

Promover la herencia espiritual de Sor Dulcissima Hoffmann

Una parte central de su misión es promover el legado de sor Dulcissima Hoffmann. Organiza iniciativas como “Domingos con Dulcissima”, retiros para niños y jóvenes y participa en la sensibilización de los medios para compartir la vida y la espiritualidad de la hermana. También acoge a visitantes y coordina transmisiones de radio, publicaciones, simposios, conciertos y reuniones comunitarias. A través de estos esfuerzos, acerca el testimonio de Sor Dulcissima a los fieles. Experimenta una conexión espiritual personal con Dulcissima, describiéndola como una guía silenciosa que le ayuda a vivir su vocación con amor a Dios y a los demás.

Los Dulcissima Days construyen una familia espiritual

Los eventos anuales como los Dulcissima Days y los retiros fortalecen una comunidad espiritual en crecimiento. Los participantes se comprometen con la oración, la Eucaristía, la reflexión y las actividades compartidas, aprendiendo a vivir la santidad a través de la fidelidad cotidiana.

Estos encuentros promueven un sentido de familia espiritual, con testimonios que evidencian experiencias de gracia, intercesión y crecimiento comunitario.

Profundizar en la vocación personal

Promover el legado de la Hermana Dulcissima también ha profundizado la vida espiritual de la Hermana Małgorzata. Esta relación guía sus elecciones diarias, fortalece su fe y enriquece su comprensión del servicio.

Se inspira en el ejemplo de Dulcissima en la oración, el sacrificio y la fidelidad a Dios, y ha notado un paralelismo con Santa Teresa de Lisieux



en su énfasis común en el amor expresado a través de pequeños actos cotidianos.

Impacto duradero en la Iglesia

A medida que se acerca el 90º aniversario de la muerte de la Hermana Dulcissima, la Hermana Małgorzata ve su misión como una contribución a un impacto duradero en la Iglesia. Al ayudar a las personas a comprender que la santidad es alcanzable en la vida cotidiana, fomenta la fidelidad a Dios a través de la oración, el sacrificio y el cuidado de los demás.

Su trabajo promueve una Iglesia viva en la que la oración, el apoyo mutuo y la fe compartida crean una fuerte comunidad espiritual.

La vida de sor María Małgorzata Cur refleja una profunda integración de fe, educación, servicio y promoción espiritual. Encarna el carisma de “salvar almas” a través de la catequesis, el liderazgo y su dedicación a la difusión del legado de sor Dulcissima Hoffmann. Su testimonio muestra que la santidad es práctica y accesible, vivida a través de actos cotidianos de amor, presencia y servicio.

Tanzania: las religiosas evangelizan a través de la televisión y las redes sociales

Con la continua evolución de las tecnologías y la comunicación, la Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora de Usambara (COLU), en Tanzania, recurre cada vez más a los medios de comunicación como instrumento de evangelización. A través de la televisión y las redes sociales, las religiosas intentan difundir el Evangelio, involucrar a los jóvenes y responder a sus preguntas sobre la fe católica.

SOR ERNESTINA PATRICK LASWAY SAC Y SOR
CHRISTINE MASIVO CPS

Fundada en 1954 por monseñor Eugen Arthurs, de los Padres Rosminianos, la Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora de Usambara (COLU) es una congregación diocesana que tiene sus raíces en la evangelización y la educación. En 1958, monseñor Arthurs se convirtió en el primer obispo de la diócesis católica de Tanga. Inicialmente, la formación de las religiosas se confió a las Hermanas Misioneras de la Preciosísima Sangre (CPS), mientras que la primera Superiora general fue la hermana Wilibalda Giesbers. La Congregación inició su misión en Rangwi, para luego trasladarse a Korogwe, en Kwamndolwa, en la región de Tanga; sin embargo, Rangwi siguió siendo la casa madre original. A lo largo de los años, el apostolado de las religiosas se ha centrado sobre todo en la educación a todos los niveles -

desde la escuela infantil hasta la universidad, así como en la catequesis y la formación de los jóvenes.

Un nuevo camino de evangelización

Ante los cambios de nuestro tiempo, las religiosas han sentido la necesidad de llegar a las personas a través de los modernos medios de comunicación. De esta necesidad nació, en julio de 2024, Usambara Mountain TV (UMTV), con sede en Lushoto, en la región de Tanga. La iniciativa tiene como objetivo ofrecer contenidos dedicados a la evangelización,



la educación y el diálogo sobre temas de fe. “A través de la televisión e Internet podemos llegar a personas mucho más allá de las comunidades en las que estamos directamente presentes”, explica la hermana Paulina T. Ms-hana, directora de UMTV. “Esto refuerza nuestra misión de difundir el Evangelio y animar a las personas, especialmente a los jóve-

nes, a conocer y amar cada vez más a Dios”. De hecho, son muchos los jóvenes que siguen UMTV a través de las redes sociales y YouTube, donde la emisora propone programas dedicados a las nuevas generaciones, a la fe y a las cuestiones sociales, incluidas iniciativas inspiradas en la espiritualidad de Don Bosco.

Contenidos y difusión

UMTV emite una amplia variedad de programas, incluyendo catequesis, reflexiones sobre la fe y reflexiones dedicadas a los jóvenes y a la sociedad. A través de estas iniciativas, las religiosas buscan dar mayor visibilidad a su carisma y a su misión en un panorama mediático que incide cada vez más profundamente en la vida cotidiana.

Desde su lanzamiento, la plataforma ha llegado a un público amplio, tanto a nivel local como internacional, especialmente entre los jóvenes que la siguen en línea. Una participación creciente que atestigua el deseo de contenidos capaces de combinar educación, reflexión y un lenguaje accesible. Sor Paulina subraya también cómo trabajar en el mundo de los medios de comunicación permite a la Congregación llegar también a las comunidades en las que las religiosas no están físicamente presentes. “Me alegro de estar ocupada en este trabajo, aunque todavía son muchos los que piensan que maniobrar una cámara es un oficio de hombres. Las hermanas también podemos llevar a cabo esta tarea y comunicar el Evangelio a una comunidad más amplia”, afirma.

Colaboración e impacto

La iniciativa también contó con la colaboración de otros miembros de la Iglesia. Fray Lucas Masasi, OFM Cap., entre los colaboradores de UMTV, destacó la importancia del proyecto en la promoción de contenidos inspirados en la fe y en el apoyo a la formación a diferentes niveles. Fray Lucas siguió su desarrollo desde sus inicios, cuando era un sim-

ple canal de YouTube, hasta el nacimiento de una plataforma de televisión más estructurada. A través de su programación, UMTV contribuye así a la educación de las comunidades locales, proponiendo contenidos que van desde la cultura hasta la música, desde la espiritualidad hasta las habilidades básicas para la vida cotidiana, accesibles incluso desde casa.

Retos y límites

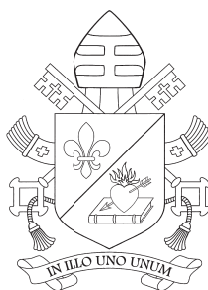
Al igual que muchas iniciativas todavía jóvenes, UMTV también debe hacer frente a algunas dificultades concretas. La disponibilidad limitada de equipos y recursos económicos hace que la producción diaria sea un reto, mientras que el acceso a una conexión a Internet fiable y el coste de los dispositivos digitales siguen siendo un obstáculo para muchos espectadores.

Los cortes de corriente también afectan a la regularidad de las transmisiones: la falta de sistemas de alimentación de emergencia adecuados puede, de hecho, provocar la suspensión de las actividades. Además, no todos los miembros de la Congregación han reconocido desde el principio la importancia de los medios de comunicación para la evangelización, lo que hace necesario un trabajo constante de formación y sensibilización dentro de la comunidad.

Mirando el futuro

A pesar de estas dificultades, las religiosas siguen decididas a utilizar los medios de comunicación como espacio de evangelización y formación. El objetivo es llegar a un público cada vez más amplio y ayudar a los jóvenes a utilizar las herramientas digitales con mayor conciencia en su búsqueda de sentido y de fe. Inspiradas en las palabras del Evangelio – “La mies es abundante, pero los obreros son pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies” (Lc 10,2) – las religiosas continúan así su misión de dar a conocer a Cristo a través de la televisión, las redes sociales y los contenidos educativos.

Una
mirada a las
intervenciones
del
Papa
León XIV



VIDEOMENSAJE DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A
LOS PARTICIPANTES EN LA JORNADA NACIONAL
DE LA JUVENTUD EN PERÚ
01 de agosto de 2026

No tengan miedo de ser instrumentos de Dios para reavivar la esperanza de tantos

Queridos jóvenes:

Ha llegado el momento tan esperado y que han preparado con tanto entusiasmo durante los últimos meses: la Jornada Nacional de la Juventud en Chulucanas. Gracias de corazón por haber respondido a esta iniciativa, que renueva y fortalece la vida de la Iglesia.

El lema que los convoca en este encuentro es: "Sé valiente, Cristo vive". Precisamente la certeza de la presencia viva del Señor en medio de nosotros es el fuego interior que nos impulsa a ser valientes y a salir de la comodidad del individualismo, para formar parte de una comunidad de hermanos y hermanas en la fe, para forjar verdaderos lazos de amistad y dar así testimonio de que es posible vivir unidos en Cristo.

Los invito a abrir sus corazones de par en par para acoger los dones que el Señor quiera derramar sobre ustedes durante estos días. Y lo que experimenten en esta Jornada no lo guarden sólo para ustedes, que no quede sólo en las fotos de sus celulares o en videos de las redes sociales, compártanlo, refléjenlo con sus vidas, porque muchas personas necesitan hoy ese testimonio alegre y contagioso que un joven enamorado de Cristo

puede transmitir. No tengan miedo de ser instrumentos de Dios para reavivar la esperanza de tantos, de tantos corazones que sufren.

Los encomiendo a la materna intercesión de Nuestra Señora de la Evangelización. Que ella interceda por ustedes, para que sean "sal y luz" de Cristo en esta querida tierra peruana. ¡Que Dios los bendiga!

Y la bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, decienda sobre ustedes. Amen!

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro. 02 de agosto de 2026

Continuemos rezando por la paz

Queridos hermanos y hermanas: ¡feliz domingo! Cuando se proclama el Evangelio, con frecuencia escuchamos el relato de los signos realizados por Jesús. Son gestos que manifiestan su especial entrega por nosotros, es decir, la salvación que Él trae al mundo. El Señor se presenta como Aquel que da sentido a la vida, liberándola del mal y del pecado.

Cristo, al dar la vista a los ciegos y hacer oír a los sordos, no sólo realiza acciones prodigiosas, sino que anuncia a todos que el Reino de Dios está cerca. Por eso el Evangelio de hoy (Mt 14,13-21) da testimonio de que Jesús no se limita a dar los sentidos a quien carece de ellos, sino que hace gustar a nuestros sentidos. Al sordo, que vuelve a oír, el Señor le dirige la Buena Noticia para que escuche; al ciego, que ve nuevamente, le muestra

la espléndida obra de la redención que se realiza en él. Del mismo modo, Jesús da de comer al que tiene hambre. El episodio de la multiplicación de los panes significa que el encuentro con el Señor es una experiencia que nos alimenta. En el desierto, es decir, en el lugar de nuestras necesidades, Cristo es el pan de vida. Con Él, lo esencial es sobreabundante: «Comieron todos y se saciaron» y sobraron «doce cestos llenos» (v. 20). Este número demuestra que el don del Señor es universal, y que su Providencia hacia nosotros nunca falla.

Queridos hermanos, Cristo sacia realmente el hambre de la humanidad, nuestra hambre de verdad y de vida. Al mismo tiempo, su gesto nos enseña que nada se pierde cuando se comparte. La acumulación y el descarte, en cambio, son las dos caras de un mismo mal: la avaricia. Esta enfermedad del alma lleva a perder los sentidos porque embriaga de riquezas, hasta el punto de olvidar a aquellos que lloran de hambre y gritan de sed. Y, de ese modo, ante la opulencia de las cosas que se corrompen, están las manos tendidas de quienes no tienen qué comer, las casas destruidas de quienes no tienen paz.

En el desierto de la guerra y de la arrogancia, vemos con cuánta bondad el Señor, «alzando la mirada al cielo», «pronunció la bendición», «partió los panes y se los dio» a los discípulos, para que los repartieran a la gente (cf. v. 19). En este milagro de la caridad reconocemos las acciones típicas de Jesús, que encuentran su punto culminante en la última Cena, donde el Hijo de Dios nos entrega su misma vida como nuestro hermano en humanidad. Al saborear la gracia de la Eucaristía, comprometámonos a testimoniar su belleza en nuestros gestos cotidianos, comenzando por la bendición de la mesa, cuando compartimos el pan en familia y entre los amigos. En compañía de Jesús, también las vacaciones pueden convertirse en tiempo de serena fraternidad, incluyendo a quienes están a nuestro lado y pasan necesidad.

Pidamos pues a la Virgen María, Madre premurosa, que nos haga crecer en la caridad, para que a nadie le falte el pan cotidiano.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas, sigo con preocupación la alarmante situación en Ceuta, pidiendo a Dios, por medio de la intercesión de Nuestra Señora de África, que se puedan encontrar soluciones de paz, de estabilidad y de justicia.

Continuemos rezando por la paz, para que cesen las guerras en el mundo y se encuentren soluciones diplomáticas a los conflictos. Recordemos a todas las víctimas de las hostilidades, sobre todo a los más débiles e indefensos: los niños, los ancianos y los enfermos. Que el Señor consuele a quienes sufren y bendiga la labor de quienes llevan ayuda y consuelo.

En estos días se celebra el «Perdón de Asís». San Francisco obtuvo esta indulgencia del papa Honorio III en 1216, inspirado, mientras oraba en la Porciúncula, por una visión de Jesús y María, rodeados de ángeles. Demos gracias al Señor por este gran don y atesorémoslo, especialmente en el octavo centenario del «Tránsito» del Poverello de Asís, que falleció precisamente en la Porciúncula el 3 de octubre de 1226.

Los saludo a todos ustedes, romanos y peregrinos procedentes de diversos países: en particular a los jóvenes de las parroquias de Saccolongo y Creola (Padua), y a los de la parroquia de San Juan Bosco en Altamura y a los chicos de la Colaboración Pastoral de Castelfranco Veneto, acompañados por sus sacerdotes y animadores. ¡Les deseo a todos un feliz domingo!

VIDEOMENSAJE DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
CON MOTIVO DE LA VII JORNADA NACIONAL DE
LA JUVENTUD EN ECUADOR

02 de agosto de 2026

Promotores de perdón, reconciliación y paz

Queridos jóvenes ecuatorianos:

Les saludo con afecto mientras se preparan para la VII Jornada Nacional de la Juventud, que se celebrará en Ibarra, bajo el lema: «Tengan valor,

yo he vencido al mundo» (Jn 16,33).

Les animo a escuchar la llamada del Señor y a seguirlo con decisión. El encuentro con Jesucristo llena el corazón de alegría y nos da fuerza para ser testigos de su amor y de su misericordia.

Queridos amigos y amigas, la Iglesia necesita hoy de su alegría, valentía y testimonio para que muchos otros puedan encontrarse con Cristo. Déjense transformar por su amor y sean promotores de perdón, reconciliación y paz.

Encomiendo a todos los jóvenes en Ecuador a Nuestra Señora de la Presentación. Que María sea el modelo que les inspire a vivir el Evangelio y a entregarse, como ella hizo, al proyecto de Dios para su vida.

Les bendigo de corazón, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

VIDEOMENSAJE CON MOTIVO DE LA 144^o
«SUPREME CONVENTION» DE LOS CABALLEROS
DE COLÓN, (DENVER, ESTADOS UNIDOS DE
AMÉRICA)

04 de agosto de 2026

Promover las virtudes de la unidad y la caridad

Me complace saludar a todos los que asistís a la 144.^a Convención Suprema de los Caballeros de Colón, que se celebra en Denver, Colorado. También quiero aseguraros mi cercanía espiritual a quienes participáis de forma virtual en las ceremonias de inauguración.

Ahora que os reunís para estos días de debate, fraternidad y oración, bajo el lema «En el Uno, somos uno», me gustaría reflexionar brevemente con vosotros sobre la importancia de promover las virtudes de la unidad y la caridad, dos principios fundamentales de vuestra Orden.

En primer lugar, la unidad. En la Última Cena, Jesús oró por sus apóstoles, para que todos fueran uno (cf. Jn 17, 21). Sin embargo, nuestro Señor pidió que este don de la unidad se concediera no solo a ellos, sino también a quienes creyeran en él a través de su palabra a lo largo de los

siglos (cf. Jn 17, 20). No obstante, mantener la unidad no suele ser fácil y no puede darse por sentado. Debe cultivarse activamente mediante un diálogo sincero y humilde.

En este sentido, os animo a todos a seguir dando testimonio de esa concordia que Jesús desea tan ardientemente en vuestras familias, vuestras parroquias y en las comunidades más amplias en las que vivís y servís. En una época marcada con demasiada frecuencia por la división y la retórica agresiva, existe una gran necesidad de profetas de la armonía que busquen tender puentes y se esfuercen por reconciliar posiciones opuestas siempre que sea posible.

Las obras de caridad, la segunda virtud, pueden ser a menudo una forma de promover la unidad. Como probablemente muchos de vosotros habéis experimentado, cuando tendemos la mano para ayudar a los necesitados, con frecuencia se crea una cierta armonía entre quienes dan y quienes reciben, así como entre quienes colaboran para ayudar a sus hermanos y hermanas. Así, la caridad se convierte no solo en una respuesta al sufrimiento humano, sino también en un poderoso medio para fomentar la fraternidad y fortalecer la comunión que constituye el núcleo de la vida cristiana.

Vuestra propia historia da un elocuente testimonio de esta verdad. Partiendo de los esfuerzos iniciados por vuestro noble fundador, el beato Michael McGivney, los Caballeros de Colón han trabajado juntos durante más de un siglo para mostrar el amor de Cristo a los no nacidos, a las mujeres embarazadas, a los cristianos perseguidos, a las víctimas de la guerra y de la trata de personas, a los pobres y vulnerables, y a quienes viven al margen de la sociedad. A través de las iniciativas emprendidas por vuestros Consejos locales, así como a nivel nacional e internacional, innumerables personas se han beneficiado de vuestra bondad. Por mi parte, expreso mi profunda gratitud por la constante generosidad de vuestra Orden hacia los menos afortunados, y confío en que vuestros esfuerzos sigan dando fruto durante muchos años más.

Con estas breves reflexiones, os transmito mis

más cordiales deseos de éxito para los trabajos de la Convención Suprema, que encomiendo a la intercesión de María, Madre de la Iglesia, y a la del beato Michael McGivney. Os imparto ahora mi bendición apostólica, que extendiendo de buen grado a todos los miembros de los Caballeros de Colón y a vuestras familias.

Que la bendición de Dios Todopoderoso, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y permanezca con vosotros para siempre. Amén.

AUDIENCIA GENERAL

Basílica de San Pedro. 05 de agosto de 2026

La oración de la Iglesia

Hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

En esta catequesis retomamos la reflexión sobre la Constitución conciliar sobre la liturgia Sacrosanctum Concilium (SC). Hoy nos detenemos en la dimensión eclesial de la oración litúrgica.

Como sugiere el Apóstol Pablo, es el Espíritu Santo el que nos enseña a rezar. Desde el día de Pentecostés, el Espíritu habita en la Iglesia, inspirando cada una de sus actividades y, en particular, la oración. La vida de la primera comunidad, nacida en Jerusalén después de la Pascua de Jesús es una vida en el Espíritu entregado por el Señor resucitado. «Desde entonces, - dice el Concilio - la Iglesia nunca ha dejado de reunirse para celebrar el misterio pascual: leyendo «cuanto a él se refiere en toda la Escritura» (Lc., 24,27), celebrando la Eucaristía, en la cual «se hacen de nuevo presentes la victoria y el triunfo de su muerte», y dando gracias al mismo tiempo «a Dios por el don inefable» (2 Cor., 9,15) en Cristo Jesús, «para alabar su gloria» (Ef., 1,12), por la fuerza del Espíritu Santo» (SC, 6).

En nuestro tiempo, en los contextos dominados por una mentalidad centrada en la eficiencia y en el consumismo, la oración puede parecer algo inútil e irrisorio. En un mundo donde la ciencia y la técnica pretender dar todas las respuestas, re-

zar puede parecer una forma de evasión. Además, incluso en muchas familias cristianas ya no se transmite la oración, mientras que numerosas personas corren el riesgo de confundirla con una técnica más, de naturaleza psicológica y orientada al bienestar personal. La oración, en cambio, en cuanto dimensión fundamental de nuestra humanidad, merece volver a ser descubierta en su verdad.

La Constitución Sacrosanctum Concilium tomó en serio esta exigencia. Y esto alegraba profundamente al Papa San Pablo VI, que, promulgando este primer documento aprobado por el Concilio Vaticano II, afirmó: «Dios en el primer puesto; la oración, nuestra primera obligación; la liturgia, la primera fuente de la vida divina que se nos comunica, la primera escuela de nuestra vida espiritual» (Discurso, Basílica de San Pedro, 4 de diciembre de 1963).

En la Constitución, de hecho, el término «la oración» designa toda la liturgia. Esta perspectiva es decisiva, porque orientó la reforma litúrgica dándole como eje portante la participación activa de los fieles. La liturgia se presenta ante todo como el lugar del encuentro, de la iniciativa de Dios que se hace cercano a la humanidad en su Hijo, «el Verbo hecho carne, ungido por el Espíritu Santo» (SC, 5), al que podemos responder «por Cristo, con Cristo y en Cristo, en la unidad del Espíritu Santo», es decir, gracias a la «la oración de Cristo, con su Cuerpo, al Padre» (SC, 84).

Por eso, San Pablo VI deseaba ardientemente que la Liturgia de las Horas, es decir, la oración pública cotidiana de la Iglesia, inseparable de la Eucaristía, impregnara profundamente, reavivara, guiara y expresara toda la oración cristiana y alimentara eficazmente la vida espiritual del pueblo de Dios (cf. Const. ap. *Laudis canticum*).

Para que tal deseo se haga realidad, la Liturgia de las Horas debe acogerse y vivirse cada vez más en la vida ordinaria de los bautizados y de las comunidades. A tantas personas que quieren aprender a rezar, en particular, a los catecúmenos, les puede ofrecer el camino y la escuela de la oración cristiana.

Cada semana y cada día, la Eucaristía y la Litur-

gia de las Horas son el aliento de la vida de la Iglesia que hace circular al Espíritu Santo a través de su Cuerpo. En esta oración, Cristo «une a Sí la comunidad entera de los hombres y la asocia al canto de este divino himno de alabanza» (SC, 83); así, día a día, estamos asociados cada vez más al misterio pascual y conformados a Él. Afirma San Agustín: «Cuando hablamos a Dios en la oración, no debemos separar de Él al Hijo; y cuando reza el cuerpo del Hijo, que no separe de sí mismo su cabeza; que sea, por lo tanto, el mismo único salvador de su cuerpo, que el Señor nuestro Jesús Resucitado, Hijo de Dios, el que reza por nosotros, que reza en nosotros y que es rezado por nosotros. Reza por nosotros como sacerdote nuestro; reza en nosotros como cabeza nuestra; le rezamos nosotros como nuestro Dios. Reconocemos, entonces, en él nuestra voz y su voz en nosotros» (Enarr. in psalmum LXXXV: PL 37, 1081).

Vinculada a la Eucaristía, cuya luz prolonga, la Liturgia de las Horas santifica el tiempo de nuestra vida cotidiana: por la mañana, empezamos el día con alegría y gratitud; a mediodía, pedimos la fuerza de la fidelidad en medio de la fatiga; por la tarde, una vez terminado el trabajo, las Vísperas acompañan en momento del atardecer; por la noche, nos dormimos encomendándonos a la paz de Dios. Cada hora es un acto de esperanza: durante nuestra peregrinación terrenal velamos con toda la Iglesia esperando el regreso glorioso del Señor.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Los invito a valorar la Eucaristía y la Liturgia de las Horas como grandes tesoros milenarios de la Iglesia, y que, a través de nuestro amor a ellas, podamos día a día ir santificando nuestras vidas. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

TELEGRAMA DEL SANTO PADRE CON MOTIVO DE
FALLECIMIENTO DEL EMMO. CARD. JÚLIO
DUARTE LANGA

05 de agosto de 2026

Pésame por el obispo emérito de Xai-Xai (Mozambique)

Su excelencia y reverendísimo monseñor Francisco Chimoio, o.f.m. cap. administrador apostólico de Xai-Xai al tener conocimiento del fallecimiento del cardenal Júlio Duarte Langa, obispo emérito de Xai-Xai, deseo expresar en este momento mi unión espiritual y mis condolencias al episcopado de Mozambique, a la familia de este querido hermano, a la diócesis a la que sirvió con dedicación y a todo el país que sente la pérdida de un pastor tan distinguido. fiel a Jesús, Maestro y Señor, de él aprendió el arte de la certeza en el cuidado de las almas, entregándose con sencillez, celo y perseverancia al rebaño que le fue confiado, sin dejarse abatir por las dificultades, sino vislumbrando en ellas lugares ávidos de la buena nueva, especialmente cuando se impuso el anuncio del Evangelio de la paz y la reconciliación para un futuro de fraternidad entre todos los mozambicanos. en este momento, que es de pérdida, pero sobre todo de esperanza en la resurrección, al alabar a dios por la larga vida de monseñor Júlio y por la gracia de su sacerdocio para Moçambique y la Iglesia universal, conciero a todos los que participan en las celebraciones funerarias mi consuelo bendición apostólica.

León pp. xiv

ENCUENTRO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV CON
LOS JÓVENES EN ASÍS CON MOTIVO DEL «GO!
FRANCISCAN YOUTH MEETING 2026»

*Plaza de Santa María de los Ángeles, Asís. 06 de agosto
de 2026*

La alegría evangeliza más que las palabras

La mañana del 6 de agosto, tras abandonar el Palacio Apostólico Vaticano, el Santo Padre León XIV se trasladó al helipuerto del Vaticano, desde

donde, a las 7:55 horas salió para dirigirse a Asís con motivo del «Go! Franciscan Youth Meeting 2026».

Tras aterrizar a las 08:28, en el campo deportivo «Migaghelli», el Papa ha sido recibido por: S.E. Mons. Felice Accrocca, arzobispo, obispo de Asís; el Hble. Roberto Fico, presidente de la región de Umbria; el Dr. Francesco Zito, prefecto de Perugia; el Dr. Valter Stoppini, alcalde de Asís; y el Dr. Massimiliano Presciutti, presidente de la provincia de Perugia.

Inmediatamente después, el Santo Padre se trasladó en automóvil a la Basílica de Santa María de los Ángeles en Porciúncula, donde saludó a los numerosos jóvenes reunidos en la plaza frente a la Basílica.

Delante de la Basílica el Papa ha sido acogido por los ministros generales de las Órdenes Franciscanas:

Fray Massimo Fusarelli, O.F.M.; Fray Carlos Alberto Trovarelli, O.F.M. Conv.; Fray Roberto Genuin, O.F.M. Cap.

A continuación, León XIV se reunió con los jóvenes en la plaza de Santa María de los Ángeles.

Al término del encuentro, el Santo Padre León XIV se dirigió al claustro del convento, donde saludó a todos los franciscanos presentes.

Posteriormente, en el interior del convento, el Papa saludó a los obispos presentes y a los miembros del Comité Nacional para el octavo centenario de la muerte de San Francisco de Asís.

A continuación publicamos el texto del diálogo del Santo Padre con los jóvenes que participaron en el encuentro en la plaza de Santa María de los Ángeles:

Pregunta de Karolina (Zagreb)

Santo Padre:

Me llamo Karolina, vengo de Croacia, de la parroquia y basílica de san Antonio de Padua, en Zagreb. Hemos crecido en parroquias franciscanas, acompañados por los frailes, aprendiendo de san Francisco que el Evangelio se anuncia ante todo con la vida, a través de la alegría, la sencillez, la fraternidad y la cercanía a cada persona.

Gracias a esta experiencia, hemos descubierto una fe viva, que no se queda encerrada en las iglesias, sino que se convierte en servicio, acogida y esperanza para los demás.

Hoy, sin embargo, vivimos en un mundo que cambia rápidamente, en el que muchos jóvenes tienen dificultades para encontrar puntos de referencia, para construir relaciones auténticas y para abrir el corazón a Dios. Nosotros también deseamos ser testigos creíbles del Evangelio en los lugares donde vivimos, estudiamos y trabajamos, llevando la luz de Cristo con el estilo sencillo y fraterno de san Francisco.

Santo Padre, ¿qué consejo nos daría a nosotros, los jóvenes que crecimos en la espiritualidad franciscana, para que podamos seguir siendo auténticos discípulos de Cristo y llevar esperanza a nuestros compañeros, sin perder la alegría del Evangelio, la sencillez del corazón y esa cercanía a las personas que hace creíble todo testimonio cristiano?

Respuesta del Santo Padre

Gracias, Karolina, por esta pregunta. Y, antes que nada, ¡Buenos días a todos ustedes! Un saludo también a los jóvenes que ya están dentro de la basílica y que, creo, nos siguen asimismo a través de las pantallas. ¡Me siento realmente contento de estar aquí con ustedes! Bueno, Carolina, gracias por esta pregunta. Creo que muchos, al escucharla, han notado que ya contenía parte de la respuesta, porque has dado testimonio del estilo de sencillez, fraternidad y cercanía que te ha convencido y te ha permitido madurar en la fe, formando parte de una comunidad, pero abierta a todos. Esto ha sucedido en una región de Europa que, hace tan solo treinta años, vivió la guerra y la peligrosa mezcla entre confesión religiosa y nacionalismo. En realidad, la presencia de los franciscanos había inspirado durante siglos el diálogo y había contribuido a la convivencia pacífica entre católicos, ortodoxos y musulmanes. Hoy en día, ser fieles a esta tradición de cercanía significa ir a contracorriente, trabajando por la purificación de la memoria y cultivando la reconciliación.

A los cristianos se les pedirá cada vez más que se conviertan en artífices de paz en el seno de sociedades tentadas a instrumentalizar la religión en la confrontación de identidades. Ser testigos de Cristo sigue siendo, por tanto, fascinante y exigente, porque abre la mente y el corazón más allá de las fronteras artificiales, es decir, más allá de los miedos provocados por la desinformación y los muros del prejuicio. Alejarse de la cultura del poder y construir la civilización del amor no se comprende ni se acepta de inmediato. De san Francisco, sin embargo, aprendan la radicalidad evangélica, que es lo contrario del fundamentalismo: no los vuelve ciegos ni violentos, sino sensibles, atentos, siempre en el seguimiento de Jesús y, por tanto, humildes y acogiendo a todos. No es fácil, pero da mucha alegría.

Intenten ahora imaginar, por un momento, cómo era el lugar en el que nos encontramos, hace ocho siglos. Aquí, en pleno campo, se habían reunido con Francisco cientos de jóvenes hermanos de toda Europa. Traten de visualizarlos, tal y como relatan las Florecillas: «viendo en la explanada, [...] sentados a los hermanos por grupos; sesenta aquí, cien allá, doscientos o trescientos más allá, todos a una ocupados en razonar de Dios; unos llorando de consuelo, otros en oración, otros en ejercicios de caridad; y en un ambiente tal de silencio y de modestia que no se oía el menor ruido» (Florecillas de san Francisco, cap. XVIII). Ese silencio es lo contrario de la guerra, con su violencia, sus gritos y su crueldad. Las esteras de aquellos frailes, al igual que hoy los sacos de dormir de ustedes, hablan de paz. Esta es la Iglesia: una asamblea de hermanos y hermanas, a la que todos están invitados. Queridos jóvenes, ¡qué bonito es estar juntos para «razonar sobre Dios» y de esta manera, juntos en su luz, en su vida misma, en su belleza, en su misterio, en su seriedad! Den testimonio de este estilo en todas partes, especialmente en un tiempo en el que la tecnología hace que sea más difícil que las personas de carne y hueso compartan entre sí.

San Francisco descubrió que elegir la pobreza puede acercar a los alejados, fomenta el encuen-

tro e invita al intercambio de dones. Así, intuyó que el Evangelio no se puede separar de las decisiones de Jesucristo, quien se hizo pobre para enriquecernos (cf. 2 Co 8,9): el Evangelio es su vida, su camino, su confianza inquebrantable en el Padre. Si nos reunimos en su nombre, Él viene en medio de nosotros (cf. Mt 18,20) y la alegría que nos llena el corazón es libre y sincera (cf. Jn 20,20). Esta alegría evangeliza más que las palabras, y no se puede ocultar. Gracias.

Pregunta de Giovanni (Bologna)

Santo Padre:

Me llamo Giovanni, tengo 27 años y vengo de Boloña. Los jóvenes vivimos inmersos en un mundo en el que reina la cultura de lo provisional y en el que nos asustan las decisiones definitivas sobre la vida. A pesar de ello, Dios, de una manera única y amorosa, nos habla continuamente y nos llama a seguirle, con una promesa de vida y de alegría, revelándonos poco a poco nuestra vocación.

Esta es mi pregunta: ¿Cómo podemos decirle un «sí» pleno y valiente, evitando «poner la mano en el arado y luego mirar atrás», dando un peso excesivo a los cansancios y a las renunciaciones del camino? ¿Qué le ha ayudado a usted en su camino vocacional?

Respuesta del Santo Padre

Gracias, Giovanni, por esta pregunta que, diría yo, es valiente, llena del anhelo por lo que perdura. Hoy en día tendemos a hablar negativamente de lo provisional. Sin embargo, antes era la Iglesia la que educaba con insistencia en el sentido de lo provisional: este mundo pasa, el tiempo corre, las cosas terrenales son cambiantes. Sólo Dios permanece, porque Dios es eterno. Debemos preguntarnos, pues, qué ha cambiado, para no estar entre aquellos que añoran el pasado y, por ello, no afrontan el presente ni asumen responsabilidades para el futuro.

En casi todo el mundo está desapareciendo la estabilidad de las sociedades tradicionales; aquella, gracias a la cual, generaciones enteras solo podían ver cambios mínimos a lo largo de una vida.

En su seno, todo estaba muy regulado y predefinido. Entonces, el testimonio de la Iglesia invitaba a no acomodarse en un destino ya escrito, a discernir el valor de cada gesto individual en relación con la eternidad. Hoy, en cambio, con una interpretación a veces confusa de la libertad, nos ilusionamos pensando que la vida nunca se resuelve de una vez por todas, porque el contexto en el que vivimos cambia rápidamente y nosotros también cambiamos mucho. Con ello, sin embargo, aumentan asimismo el miedo y la posibilidad de perderse. En este contexto, el valor de tomar una decisión definitiva es quizás el acto más revolucionario.

Tomar una decisión para siempre no nos encierra en una jaula, sino que nos abre a un dinamismo mayor. Amar es un éxodo, un camino por descubrir, un recorrido en el que Dios anda con nosotros, y este es el verdadero sentido de toda vocación. La Biblia nos inspira a vivir así: como quienes están llamados a levantarse, a recorrer su propia historia recibiendo como un don del Señor, la orientación y el sentido, para amar según sus designios (cf. 1 Co 13 y 1 Jn 4). La fe, la confianza y la fidelidad revelan aquí su indisoluble entrelazamiento. De este modo, en la fe desmontamos la ilusión de que los problemas se resuelven huyendo, traicionando o intentando dar unos pocos pasos por caminos siempre diferentes, sin llegar nunca muy lejos. De hecho, se pueden multiplicar las experiencias, los contactos y el consumo, pero permaneciendo siempre en el mismo punto. El coste humano es elevado y el vacío interior es profundo. No es raro que se llegue a utilizar a las personas y a ser utilizados por ellas. El «para siempre», entonces, es una gracia a la que Dios mismo nos ayuda a responder con nuestra fidelidad, para alcanzar la plenitud de la vida (cf. Jn 10,10).

Desde la adolescencia es importante, por tanto, aprender a conocerse a sí mismo, a tomar decisiones y a arriesgarse —es decir, a responder a la llamada del Señor— sin dejar de hacerlo en la edad adulta, tanto en las decisiones ya tomadas como ante las que aún quedan por tomar. Es una aventura en la que nadie debe sentirse solo y que, al

igual que la fe, durará hasta el último instante. Por mi propia experiencia, puedo decir que el Señor nunca me ha abandonado: siempre me ha acompañado, regalándome incluso personas con quienes caminar juntos. Así, en mi vocación a ser sacerdote, miembro de la comunidad agustina y misionero, he encontrado una especie de luz que me ha guiado hasta hoy, hasta el momento en que tuve que decir «sí» también a una llamada muy especial: la de ser Papa.

En la adhesión al proyecto único que Dios manifiesta para cada uno de nosotros, la llamada fundamental, inscrita en cada corazón, es una llamada a la comunión y no se escucha una sola vez, sino cada día. El pecado enturbia la claridad sobre este punto introduciendo, en los vínculos fundamentales, desconfianza, rivalidad y recelo. En cambio, gracias a Dios, toda vocación es también un camino de redención y sanación. La invitación de Jesús, que nos llama a seguirle, ilumina nuestra dignidad y nos hace honrar la de los demás, sintiendo confianza y depositándola en los demás: esta dinámica es tan liberadora que merece toda nuestra pasión. Gracias.

Pregunta de Luigi (Paternò, Sicilia)

Santo Padre:

Me llamo Luigi, tengo 22 años y soy de Paternò, un pueblecito de Sicilia. Soy portavoz de la Juventud Franciscana de Sicilia, un grupo de jóvenes que sigue el carisma franciscano. Me gustaría plantearle una pregunta sobre un aspecto de san Francisco que me llama mucho la atención.

«El hermano Francisco promete obediencia y reverencia al señor papa Honorio y a sus sucesores canónicamente elegidos y a la Iglesia Romana» (Regla bulada I, 2). A pesar de vivir en una época en la que la Iglesia se veía marcada por contradicciones y dificultades internas, no elige el camino de la herejía; no ataca ni juzga a la Iglesia de aquel tiempo, sino que prefiere obedecer al Papa. La suya es una elección libre y revolucionaria, al más puro estilo «menor», cuyo único objetivo es vencer la miseria del juicio con la compasión y la reparación que sólo el Amor puede dar.

Hoy en día, muchos jóvenes dicen que «creen, pero no en la Iglesia» y, desde nuestras comunidades, observamos a veces una Iglesia con sus contradicciones y sus crisis internas; por eso me pregunto: ¿cómo hacemos para permanecer en este Amor reparador? ¿Por qué resulta difícil en la actualidad ver a la Iglesia como una Madre que, incluso con sus heridas, siempre está dispuesta a acogernos y a amarnos?

Respuesta del Santo Padre

Gracias, Luigi. Tu pregunta es una pregunta de actualidad, que nos lleva al corazón de la experiencia de san Francisco. Abordarla significa compartir un deseo: el deseo del Señor Jesús respecto a la Iglesia. Francisco lo escuchó mientras contemplaba al Crucificado. Deberíamos volver siempre a este deseo. Muchas personas a lo largo de la historia, y también ahora, no han podido experimentar la Iglesia tal y como Jesucristo quiere que ella sea. Esto causa sufrimiento, deja heridas y decepciones, y para algunos puede llegar incluso a convertirse en un obstáculo para creer.

En el Evangelio, Jesús nos alerta sobre este tipo de tropiezo, es decir, sobre el escándalo que sus discípulos pueden causar a los demás, especialmente a los pequeños y a los pobres. El deseo de Jesús –lo vemos en el grupo que desde el principio se forma a su alrededor– es reunir a un pueblo en el que se supere aquello que suele dividir a los seres humanos. Alrededor de Jesús se convierten en hermanos y hermanas hombres y mujeres que, de otro modo, nunca se habrían conocido o tratado. Cuando este milagro de la Iglesia sigue ocurriendo, gracias a Dios, sigue siendo sorprendente incluso hoy en día en nuestras ciudades, llenas de muros invisibles que nos separan unos de otros. ¡Cuántas discriminaciones y desigualdades podrían acabar de inmediato, en cuanto nos reconozcamos como hermanos y hermanas!

Hay, además, otro aspecto de esta revolucionaria unidad. Jesús dice: «¡Que no sea así entre ustedes!» (Mc 10,43), es decir, no debe ser como entre los grandes de la Tierra y los poderosos del mundo, que buscan protagonismo y se imponen

sobre los demás. Por el contrario, Jesús nos dice: «el que quiera ser importante que se haga servidor de los demás; y el que quiera ser el primero entre ustedes, que se haga esclavo de todos» (ibíd.). El deseo de Jesús para la Iglesia es claro: se trata de que nos convirtamos en su cuerpo y manifestemos su vida, seguir su ejemplo y ejercer un tipo diferente de fuerza, que no humilla, sino que levanta.

La Palabra de Dios, los sacramentos y la práctica del amor fraterno son caminos de transformación para hacer realidad en nosotros la imagen de Cristo. Francisco los recorrió: no dominar, sino servir; no aferrarse, sino recibir; no retener, sino devolver: es la vida de Dios la que repara la Iglesia y la convierte en un pueblo libre, un lugar de respiro y de salvación. «Francisco, ¿no ves que mi casa se derrumba? Anda, pues, y repárala» (TC V,13): cada uno de nosotros tiene un papel en esta obra siempre en marcha. Tenemos diferentes responsabilidades y vocaciones, pero caminamos juntos, inspirándonos, ayudándonos y corrigiéndonos mutuamente. Es importante colaborar con nuestra parte. Entonces hablaremos de la Iglesia con el cariño con el que se habla de una Madre, porque reconoceremos que le pertenecemos. Será una forma sincera de amar a esas personas y a esa historia en la que Jesucristo viene a nosotros y permanece con nosotros. «Yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin de los tiempos» (Mt 28,20). Con humildad, este es el Evangelio que anunciamos. Para compartir el deseo del Señor, pues, no hace falta que aparentemos ser mejores de lo que somos. Es necesario reconocer y dejar que Jesús Resucitado actúe en nuestra vida, en la historia de todos nosotros. Gracias.

Concluyamos esta primera parte pidiendo la gracia de Dios, la bendición del Señor para cada uno y para todos nosotros. [bendición]

ENCUENTRO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV EN
ASÍS CON MOTIVO DEL «GO! FRANCISCAN
YOUTH MEETING 2026» SANTA MISA
Basílica de Santa María de los Ángeles, Asís. 06 de

El camino de la vida se descubre siguiéndolo juntos

A las 10:22 horas, en la Basílica de Santa María de los Ángeles en Porciúncula, el Santo Padre ofició la Santa Misa con los participantes en el encuentro «GO! Franciscan Youth Meeting 2026». Antes de la bendición final, un joven agradeció al Papa por el encuentro. Al término de la celebración eucarística, el Papa León XIV entró en la Porciúncula para un breve momento de oración silenciosa.

Entonces, el Santo Padre dejó la Basílica y, tras despedirse de las autoridades que lo recibieron a su llegada, a las 12:16 horas partió en helicóptero desde Santa María de los Ángeles para regresar al Vaticano.

El aterrizaje está previsto a las 12.45 horas.

Publicamos a continuación, la homilía que el Papa León XIV pronunció durante la celebración eucarística:

Queridísimos hermanos y hermanas, queridísimos jóvenes:

La fiesta de la Transfiguración, que estamos celebrando, es un misterio de luz que nos ayuda a profundizar nuestro encuentro, tan gozoso, pero también cargado de interrogantes sobre el presente y el futuro. En el relato evangélico encontramos el contraste entre luz y sombra, silencio y palabras, estupor e incomprensión. Estamos en Asís, una ciudad a la que vienen, desde hace siglos, muchos peregrinos —hoy también nosotros— porque aquí todo nos susurra que nuestra vida puede cambiar de forma, irradiar luz, reparar el mundo. Aquí comenzó la transfiguración de Francisco, de Clara y de otros miles de jóvenes: acogieron el Evangelio sin glosa —nosotros diríamos: sin descuentos— y la vida de Jesús ha recommenzado en ellos.

Hemos llegado aquí para comprender hacia dónde va la historia y hacia dónde estamos yendo nosotros. En el Evangelio vemos que se puede encontrar un sentido, se puede entrever un camino. Como Pedro, Santiago y Juan somos llevados

un poco aparte y Jesús está con nosotros. Esto es lo que cuenta: su presencia. En la montaña, los apóstoles contemplan a Jesús que se orienta hacia su propio futuro. Sobre este punto había habido incomprensión entre ellos. Seis días antes, Pedro había reprochado al Maestro que hubiese hablado abiertamente de la cruz (cf. Mt 16, 21-26): él se esperaba la gloria para el Mesías, tal vez incluso para sí mismo, sin tomar en cuenta las resistencias y los riesgos, pero sobre todo sin preguntarse qué es la gloria. Ahora, en la transfiguración de Jesús, es Dios mismo quien se revela en su gloria, que tiene la apariencia de una nube que protege y envuelve. Señala al Hijo, invita a escucharlo. El camino de la vida se descubre siguiéndolo juntos. Su belleza tiene un nuevo aspecto, una intensidad sin precedentes, tanto que Pedro quisiera detener el tiempo y prolongar esa visión. Generosamente, se ofrece para construir tres tiendas, como si quisiera ver continuar la conversación entre Jesús, Moisés y Elías. Sin embargo, hace falta entrar en esa conversación. No se puede permanecer sólo como espectadores. Estamos llamados a leer las Escrituras con el Maestro, a interpretar nuestro tiempo y a tomar decisiones siguiendo su camino. Estamos aquí para vencer la resignación y el miedo, para disipar las dudas que también nos frenan a nosotros, como frenaron a los apóstoles. Jesús nos llama a dialogar con su historia, para escribir nuevas páginas de la historia.

Al escuchar que «su rostro empezó a brillar como el sol y su ropa se hizo blanca como la luz» (Mt 17,2) pensamos en la mañana de Pascua, cuando un ángel del Señor rodó la piedra que cerraba el sepulcro y trajo el anuncio de la resurrección. «Su aspecto era como el de un relámpago y su vestidura tan blanca como la nieve» (Mt 28,3). Es la luz de un nuevo día, hacia el que estamos orientados, mientras que en torno a nosotros, y a veces dentro de nosotros, hay todavía oscuridad. Vemos su aurora en los santos canonizados, como san Francisco y santa Clara, y en una mirada de hermanos y hermanas que responden al mal con el bien. ¡No estamos solos! En estos días lo han experimentado: se han encontrado y escu-

chado, pasando del ruido de voces que contrastan y se sobreponen al arte de la conversación. Hoy contemplamos a Jesús que se transfigura precisamente en la conversación con el Padre, con quienes le precedieron, Moisés y Elías, y con sus contemporáneos, los discípulos.

La Iglesia existe para introducirnos en este dinamismo de escucha y de decisión, en el cual comprendemos para quién vivir y cómo vivir.

Es en la comunidad en donde aprendemos a distinguir la voz de Dios, que no coincide simplemente con nuestras opiniones, y a ser obedientes al Espíritu Santo, que hace audaces y creativos a todos aquellos que han aceptado seguir a Jesús: nosotros nos desfiguramos separándonos de Él y de los demás; nos transfiguramos, en cambio, en las relaciones que robustecen y llaman a la vida. La espiritualidad franciscana, en la que ustedes se han formado, está muy atenta a reparar las relaciones fundamentales con Dios y con todas sus criaturas: una armonía que hay que custodiar y cultivar, hoy más que nunca.

En este sentido, al comienzo de mi primera Encíclica, he sugerido que: «cada generación recibe como herencia la tarea de dar forma a su propio tiempo: hacer madurar la historia como un lugar donde se proteja la dignidad de cada persona, se promueva la justicia y se haga posible la fraternidad. Pero en cada época se cierne el riesgo de construir un mundo inhumano y más injusto. Allí donde la humanidad corre el peligro de perder su rostro, nosotros, los cristianos, alzamos los ojos hacia el Dios que se hizo carne, sabiendo que «el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado».

En Jesucristo, esta magnífica humanidad encuentra el camino, la verdad y la vida, abriendo a cada uno de nosotros la vía para crecer hacia la plenitud» (Magnífica humanitas, 1).

Queridos amigos, la razón por la que san Francisco nos sigue atrayendo, ochocientos años después de su muerte, radica en la magnífica humanidad que lo llevó a abandonar los caminos ya trazados, para abrir uno nuevo, más coherente con el camino de Jesús. Incluso en una ciudad cristiana desde hacía siglos, como Asís, esto es al-

go revolucionario. «La elección de Clara resultó aún más impresionante: ¡una joven que quería ser como Francisco, que quería vivir, como mujer, libre como aquellos hermanos!» (Audencia jubilar, 4 de octubre de 2025). Es la energía del cristianismo, la propia de sus comienzos y de sus múltiples reinicios.

Y bien, queridos jóvenes, hoy Europa y el mundo entero buscan en ustedes nuevos santos: ¡tengan la audacia de creer en la palabra del Evangelio, sean muy humanos con la libertad de Jesucristo, abracen la hermana pobreza! El título de su encuentro –Go!– es una misión, un envío por caminos, de los que no tenemos mapas, porque se abren escuchando al corazón, obedeciendo al Espíritu y siguiendo al Resucitado donde ha querido precedernos. Go! ¡Vayan! O mejor todavía: ¡vayamos! Let's go! A los lugares marginales, donde la injusticia y la prepotencia de unos pocos niegan la dignidad y los sueños de muchos, de demasiados hijos e hijas de Dios.

El Papa Francisco, inspirándose en el pobrecillo de Asís, nos ha puesto en guardia frente a la «tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor. Pero Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás. Espera que renunciemos a buscar esos cobertizos personales o comunitarios que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana» (Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, 270).

Podemos incluso no ser comprendidos por los de nuestra propia casa, como le sucedió a san Francisco. Sin embargo, sustraerse a la cultura de la fuerza y abatir los muros que separan a los seres humanos entre sí, nunca es traicionar a la familia, a la ciudad, a la tradición, sino liberarlas de sus fantasmas, de enemigos inventados por miedo e ignorancia, de la violencia con la que se querría imponer el propio orden minúsculo sobre una realidad que nos desborda por completo. Fiarse de Dios es reencontrar, como Francisco y Clara, un mundo de hermanos y hermanas para querer y servir, no para explotar y dominar. No un mundo para defender, sino para abrazar.

Apuesten, queridos jóvenes, por la civilización del amor, de la cual han encontrado los brotes en tantos ejemplos de gratuidad, y que transfigura —a imagen de Cristo— a innumerables artífices de paz también hoy comprometidos con el servicio a la vida en los más trágicos escenarios de muerte. Unan las mejores energías de su magnífica humanidad —los estudios, las competencias, el trabajo, las amistades, el amor, la oración— actualizando de diversos modos la visión de Francisco. Imagino que conocen esta oración frecuentemente atribuida a él, un texto del pasado siglo:

¡Señor, haz de mí un instrumento de tu paz!

Que allí donde haya odio,

ponga yo el amor;

donde haya ofensa,

ponga yo el perdón;

donde haya discordia,

ponga yo la unión;

donde haya error,

ponga yo la verdad;

donde haya duda,

ponga yo la fe;

donde haya desesperación,

ponga yo la esperanza;

donde haya tinieblas,

ponga yo la luz;

donde haya tristeza,

ponga yo la alegría.

¡Aquí tenemos «hacia dónde» andar! Go! Pero también especialmente «cómo» andar:

¡Oh, Maestro!, que no busque yo tanto ser consolado como consolar; ser comprendido, como comprender; ser amado, como amar.

Porque dando es como se recibe;

olvidando, como se encuentra;

perdonando, como se es perdonado;

muriendo, como se resucita a la vida eterna.

Queridos amigos: que estos días en Asís se impriman en su memoria y el retorno a casa, a diversos países de Europa a los que viajarán, sea como el descenso de Pedro, Santiago y Juan, del monte alto de la transfiguración. Un retorno reflexivo, abierto al futuro, comprometido con Jesucristo. Él se fía de ustedes, cuenta con ustedes, permanece siempre con ustedes.

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro. 09 de agosto de 2026

Garantizar corredores humanitarios para la población civil en Sudán

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo! Hoy el Evangelio nos habla de Jesús, quien, en el lago de Galilea, caminando sobre las aguas, se une a los discípulos en medio de una tormenta (cf. Mt 14,22-33). Tras el milagro de los panes y los peces (cf. Mt 14,13-21), el Maestro insta a sus discípulos a subir a la barca y a hacerse a la mar, mientras Él se retira al monte a solas para orar. Lejos de la orilla, sin embargo, se encuentran a merced del viento y les cuesta avanzar. Tras una experiencia exitosa, en la que habían sido protagonistas de un signo prodigioso, ahora se encuentran frágiles y asustados ante la amenaza de las olas y el viento en contra.

Hacia el final de la noche, Jesús les sale al encuentro sobre las aguas agitadas, y ellos, asustados, lo confunden con un fantasma (v. 26). Pero Él les dice: «¡Ánimo, soy yo, no tengan miedo!» (v. 27). La presencia del Señor lo cambia todo: Pedro incluso logra dar unos pasos sobre las olas hacia Él; luego se asusta, comienza a hundirse y Jesús lo salva. Cuando el Maestro sube a la barca, la tormenta se calma, y entonces brota espontáneamente del corazón de los discípulos la profesión de fe: «En verdad tú eres el Hijo de Dios» (v. 33).

Para llegar a esto, no les bastó haber presenciado un milagro, ni haber tenido éxito ante la gente: tuvieron que pasar por la experiencia de su debilidad y, en ella, reconocer la presencia de Dios. Sólo de este modo realmente pudieron abrir los ojos y el corazón a su cercanía, encontrando paz incluso en medio de la tempestad. Tiempo después, un día Jesús les dirá: «Si ustedes tienen fe y no dudan [...], dirán a este monte: «¡Quítate y lázmate al mar!», y así sucederá» (Mt 21,21). Y eso mismo es lo que experimentaron en el lago: la paz de Cristo, que había estado en la montaña

orando, los alcanzó en medio de la furia de las aguas.

Este milagro nos enseña algo importante: ante todo, a no dejarnos llevar por el éxito y a no ser nunca presuntuosos; y, al mismo tiempo, a no desesperarnos, ni siquiera en los momentos de oscuridad, cuando nos sentimos impotentes ante los problemas y, a pesar de nuestros esfuerzos, nos parece que vamos más hacia atrás que hacia adelante. En cualquier circunstancia, Jesús no nos abandona y, si lo acogemos con humildad en la barca de nuestra vida —con la oración, con los sacramentos, con la escucha de su Palabra—, en Él encontraremos la paz, encontraremos luz y fuerza para nuestro camino.

Que nos ayude María a vivir así, abandonados confiadamente en Dios, ella, que fue llamada dichosa por su fe (cf. Lc 1,45).

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Sigo con preocupación la trágica situación en Sudán, especialmente en la ciudad de El Obeid. Al expresar mi cercanía espiritual a todos los habitantes de la nación, renuevo mi llamado a las Autoridades para que garanticen corredores humanitarios a la población civil. Al mismo tiempo, insto a la comunidad internacional a apoyar los esfuerzos destinados a lograr un alto el fuego inmediato. Oremos pidiendo al Señor que sostenga a quienes sufren, convierta los corazones de quienes siembran violencia y conceda la paz tan anhelada.

Siguen llegando noticias dolorosas sobre personas inocentes asesinadas y heridas en Ucrania y en Rusia. Los episodios trágicos se suceden, es más, se multiplican, causando cada vez más víctimas civiles, entre ellas también niños. Me solidarizo con las familias de las víctimas, con los heridos y con todos aquellos que sufren a causa del conflicto en curso. Ante tanto dolor, renuevo un vehemente llamamiento para que se respete el derecho humanitario y ambas partes pongan fin a los ataques contra objetivos civiles. La guerra sólo genera más guerra y provoca un enorme sufrimiento. Es hora de detener la espiral de violen-

cia y dar cabida a la diplomacia y al diálogo para allanar el camino hacia la paz.

¡Y ahora doy la bienvenida a todos ustedes, romanos y peregrinos de distintos países!

Saludo en especial a los jóvenes de la Comunidad Santa María Magdalena de la Diócesis de Milán, que recorrieron la Vía Francígena desde Siena hasta Roma; así como a los scouts de Enna, que realizaron su campamento en las Colinas Albanas, en los alrededores de Roma, y a los jóvenes de Pernumia, de la Diócesis de Padua.

La presencia de tantos grupos de jóvenes, que deciden dedicar unos días de sus vacaciones a actividades formativas y de compañerismo, es un signo de esperanza; así como lo fue el encuentro de los jóvenes franciscanos, con quienes tuve la alegría de reunirme el jueves pasado en Asís.

A todos ustedes, chicos y chicas que me escuchan, quisiera recordarles que en estos días el calendario litúrgico nos presenta algunas figuras maravillosas de santos y santas que los invito a conocer mejor: ayer, el gran santo Domingo, fundador de los Frailes Predicadores; hoy, santa Teresa Benedicta de la Cruz, Edith Stein, carmelita asesinada en Auschwitz y copatrona de Europa; mañana, san Lorenzo, diácono de la Iglesia de Roma; pasado mañana, santa Clara de Asís, quien dejó una vida acomodada para seguir a Jesús, pobre y humilde, siguiendo el ejemplo de su conciudadano san Francisco. ¡Queridos jóvenes, déjense inspirar por estos testigos ejemplares del Evangelio!

¡Gracias a todos por su presencia y que tengan un feliz domingo!

TELEGRAMA DEL SANTO PADRE FIRMADO POR EL
CARDENAL SECRETARIO DE ESTADO, PIETRO

PAROLIN

11 de agosto de 2026

Por las víctimas del terremoto en Colombia

S.E. mons. francisco Javier Múnera Correa,
I.C.M.

Arzobispo de Cartagena y
presidente de la Conferencia Episcopal Colombiana

el Santo Padre, vivamente apenado al conocer la dolorosa noticia del terremoto que ha afectado gravemente varias zonas de Colombia, causando víctimas y numerosos heridos, así como graves daños materiales, incluso a muchas iglesias, ofrece sufragios por el eterno descanso de los fallecidos y eleva al señor sus oraciones por la pronta recuperación de los afectados por esta tragedia.

Asimismo, ruega a vuestra excelencia que transmita el sentido pésame de su santidad León XIV a los familiares que, en esta hora de profundo dolor, lloran la pérdida de sus seres queridos. de igual modo, asegura su cercanía espiritual y manifiesta su gratitud a cuantos con generosa entrega, trabajan en las labores de búsqueda, socorro y asistencia a los damnificados. a la vez que, por intercesión de la bienaventurada virgen maría, pide al señor que derrame sobre el querido pueblo colombiano los dones de la fortaleza espiritual y la esperanza cristiana; y les imparte de corazón la bendición apostólica.

Cardenal Pietro Parolin
Secretario de Estado

AUDIENCIA GENERAL

Basílica de San Pedro. 12 de agosto de 2026

El año litúrgico

Queridos hermanos y hermanas,
el quinto capítulo de la Constitución conciliar Sacrosanctum Concilium (SC) está dedicado al año litúrgico, tema sobre el cual hoy queremos deternos, para explicar su importancia en la vida de todo creyente.

En primer lugar, hay que recordar que esta manera de definir el ciclo de las celebraciones cristianas «año litúrgico» se extendió en el lenguaje eclesial gracias a la obra del Siervo de Dios, el abad Prosper Guéranger (1805-1875).

En la encíclica *Mediator Dei*, Papa Pio XII afirma que «no es una representación fría e inerte de

cosas que pertenecen a tiempos pasados, ni un simple [...] recuerdo de una edad pretérita. Más bien, el año litúrgico es Cristo mismo que persevera en su Iglesia y que prosigue aquel camino de inmensa misericordia que inició en esta vida mortal [...] con el bondadosísimo fin de que las almas de los hombres se pongan en contacto con sus misterios y por ellos en cierto modo vivan; misterios que están presentes y obran constantemente» (III *Divinum Officium et Annus Liturgicus*, II *Cyclus Mysteriorum*). Por lo tanto, el año litúrgico debe entenderse como constante actualización de la obra de salvación que Cristo realiza en la historia. A lo largo de este ciclo temporal, la Iglesia permanece en contacto con la acción redentora del Señor, para que puedan los fieles llenarse de la gracia de la salvación (cf. SC, 102c). El encuentro con Jesús, que murió y resucitó por nosotros, es el fin que la Iglesia persigue siempre, situando en el centro de cada momento la celebración del acontecimiento pascual.

Por esta razón, los padres conciliares consideran «fundamento y el núcleo de todo el año litúrgico» precisamente el domingo «el día de la fiesta primordial» (cf. SC, 106). En varios idiomas modernos, su nombre atestigua que es el «dies Domini», «el día del Señor». Incluso en aquellas lenguas en las que ha prevalecido la referencia al «día del sol» (Sunday, Sonntag), se vislumbra el vínculo con Cristo: ¡Cristo es el verdadero «sol de justicia» que ilumina a todo hombre!

San Juan Pablo II, en la Carta apostólica *Dies Domini* (31 de mayo de 1998), enseña que el domingo es el día del Señor, el día de la Iglesia, el día del hombre y, por último, «el día de los días»: «Al ser el domingo la Pascua semanal, en la que se recuerda y se hace presente el día en el cual Cristo resucitó de entre los muertos, es también el día que revela el sentido del tiempo. [...] Brotando de la Resurrección, atraviesa los tiempos del hombre, los meses, los años, los siglos como una flecha recta que los penetra orientándolos hacia la segunda venida de Cristo. El domingo prefigura el día final, el de la Parusía» (n.75), cuando todos resucitaremos.

Para santificar el domingo es fundamental cele-

brar la Eucaristía. La escucha de la Palabra y la participación en el Cuerpo de Cristo implican, según los Padres conciliares, el convenire in unum (cf. SC, 106), es decir, la convocación festiva de los fieles. En dicha asamblea, la comunidad cristiana hace visible su comunión con el Señor y da testimonio de su pertenencia a Cristo y de su fidelidad a la Iglesia. Esta asamblea no puede sustituirse por una presencia meramente virtual, ni se reduce a una reunión meramente pasiva. La asamblea litúrgica se realiza, en efecto, en la participación activa de hermanos y hermanas, convocados juntos para que «den gracias a Dios, que los «hizo renacer a la viva esperanza por la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos (1Pe, 1,3)» (ibid.).

En este sentido, os animo a todos a crear las mejores condiciones posibles para que también puedan participar en la Santa Misa aquellos que los domingos no tienen la posibilidad de ausentarse del trabajo.

Queridos hermanos, el año litúrgico, marcado por los domingos, tiene una historia interesante, en la que se entrelazan la fe y la devoción de la Iglesia. De hecho, ya desde el siglo II d. C., a la celebración de la Pascua semanal se añadió la de la Pascua anual, «la máxima solemnidad» (SC, 102), que se extendía a lo que se denomina el «tiempo de gran alegría» de cincuenta días, que culminaba en Pentecostés y se preparaba mediante el tiempo de Cuaresma con su carácter penitencial (cf. SC, 109). El desarrollo del ciclo natalicio, que tuvo lugar posteriormente siguiendo el modelo del ciclo pascual, ha permitido revivir los misterios de la encarnación del Verbo de Dios, de su nacimiento y de su manifestación al mundo. La Iglesia ha incorporado además en los distintos tiempos la veneración de la Santísima Virgen María, «unida con lazo indisoluble a la obra salvífica del su Hijo» (SC, 103), y «el recuerdo de los mártires y de los demás santos [...] cantan la perfecta alabanza a Dios en el cielo e interceden por nosotros» (SC, 104).

El año litúrgico propone así, de forma sacramental, la pedagogía de la historia de la salvación, guiando a los fieles desde la espera del Mesías

hasta la plenitud del misterio pascual y la anticipación de la gloria futura. En él, la Iglesia celebra la actualidad salvífica del misterio de Cristo, permitiendo a los creyentes participar en él cada vez más profundamente. Por eso, el año litúrgico constituye el principio inspirador y el marco de referencia esencial de toda acción pastoral

Saludos

Deseo expresar mi cercanía a las hermanas y hermanos colombianos que sufrieron los efectos del reciente terremoto que causó numerosas víctimas y heridos, así como grandes daños materiales. Mientras ruego al Señor por el eterno descanso de los fallecidos, aseguro mis plegarias por sus familias y todos los que han sido golpeados por esta tragedia. Manifiesto mi gratitud a cuantos trabajan en las labores de rescate y de asistencia a los damnificados.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidámosle a la Virgen María, quien llevó a Cristo en su seno, que interceda por nosotros para que, también como ella, podamos participar de los misterios de Cristo, especialmente en la celebración dominical de la Eucaristía. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

SANTA MISA EN LA SOLEMNIDAD DE LA ASUNCIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

*Parroquia Pontificia de San Tomás de Villanueva, Castel
Gandolfo. 15 de agosto de 2026*

La belleza de María reside en la caridad que nos acerca a Dios

Queridos hermanos y hermanas:

Con gran alegría celebro también este año con ustedes la Solemnidad de la Asunción.

El Magisterio de la Iglesia nos enseña que «María, cumplido el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria Celeste» (Pío XII, Const. apost. Munificentissimus Deus, 1 noviembre 1950) y nos indica, en este Misterio, el cumplimiento de la plenitud de gracia que Dios

le ha dado en su Concepción Inmaculada (cf. *ibíd.*).

Por eso, muchas obras de arte la representan, al final de su vida terrena, como una joven hermosa que se eleva físicamente desde la tierra hacia el cielo. Se inspiran en la escena descrita en el pasaje del Apocalipsis que hemos escuchado en la primera lectura: «Una Mujer vestida del sol, y la luna bajo sus pies» (Ap 12,1), para significar que en el corazón de María se encuentran el cielo y la tierra, el tiempo y la eternidad.

Esta imagen aparentemente contrasta con la experiencia de lo que produce en nosotros el paso de los años. Con la edad, de hecho, nuestro cuerpo no se hace más ágil, sino más pesado; la piel no se vuelve más fresca, sino que muestra los signos de la vejez; el cabello no toma color ni brillo, sino que se vuelve gris y luego blanco. Entonces, ¿qué tenemos en común con la joven maravillosa que encontramos pintada en nuestros retablos?

Para comprenderlo debemos mantener unidos los dos signos que hemos mencionado: el cuerpo incorrupto de la Madre de Dios y su corazón inmaculado. Es la pureza del alma, en efecto, que en María como en nosotros por gracia de Dios ilumina y transfigura a toda la persona, llevándola a la gloria del Cielo.

La glorificación de María en alma y cuerpo nos enseña que nuestra verdadera belleza no consiste en ocultar los signos del tiempo que pasa, sino en mostrar también en nuestra carne los signos del amor que no tiene fin (cf. 1 Co 13,8).

Nos invita, de este modo, a revisar muchos de los cánones estéticos, predominantemente de tipo hedonista y consumista, que el mundo nos impone, y que corren el riesgo de aprisionarnos en condicionamientos pesados, haciéndonos desperdiciar energías valiosas en lo que no es realmente importante ni dura para siempre. En la experiencia común, se pueden encontrar personas con el rostro marcado por los años y los sufrimientos, pero capaces de irradiar serenidad, benevolencia y paz a su alrededor; como se pueden observar otras, quizás exteriormente atractivas, pero duras y frías en su interior. Y es fácil entender dónde está la verdadera belleza y dónde, en cambio, hay

todavía necesidad de conversión, perdón y curación.

Si de verdad deseamos descubrir y cultivar la belleza divina que nos rodea y para la que hemos sido creados, así como difundirla a nuestro alrededor, debemos aprender a leerla tanto en el rostro tierno de un niño como en las arrugas de un anciano, en la vivacidad de un joven como en la compostura de un adulto, en los adornos de la fiesta como en la vestimenta y en las herramientas de trabajo. Debemos escuchar las historias de amor únicas que cada una de estas realidades nos cuenta, reconociéndolas como pequeños destellos en el cielo.

El amor es el ornamento más hermoso del hombre: el amor que transfigura, transforma, ennoblece y lleva a lo alto; que nos hace ligeros, libres, cercanos a Dios, incluso a través de los altibajos de la vida.

San Pablo VI, al meditar sobre el misterio de la Asunción de la Virgen, decía que para comprender su significado «debemos convertir en superlativos y absolutos los términos que usamos en el lenguaje terrenal [...], para imaginarnos, a pequeña escala, lo eterno» (Homilía, 15 agosto 1969). Y a propósito de este encuentro, en la Madre de Dios, entre lo infinito y lo finito, el Papa Francisco escribía: «María es la que sabe transformar una cueva de animales en la casa de Jesús, con unos pobres pañales y una montaña de ternura» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 286).

El milagro que María, la doncella de Nazaret, vivió en su corazón inocente, y que la llevó a la gloria del Cielo, es el encuentro de extremos, como ella misma da testimonio en las palabras inspiradas del Magnificat, que hemos escuchado en el Evangelio (cf. Lc 1,46-55). En este cántico, a través de las humildes expresiones de su fe, la Madre del cielo nos habla de modo sencillo de grandes misterios: Dios que en ella se hace hombre para salvar a los hombres, el Eterno que en ella se manifiesta en el tiempo para abrirnos también a nosotros el camino de la eternidad, mostrándonos al mismo tiempo, en su condición de «humilde sierva», la «pequeña dimensión» en la que también nosotros podemos encontrar al Se-

ñor, como decía san Pablo VI.

La sublimidad del Misterio que celebramos, entonces, no debemos buscarla lejos. Podemos encontrarla allí donde hay verdadera caridad: en los ojos de un padre y una madre que vuelven a casa después de una jornada de trabajo, cansados pero felices de estar con sus hijos; en los rostros de los abuelos y las abuelas que, a pesar de las dificultades de la edad, se reactivan con energías inesperadas al cuidar a los nietos; o incluso en el compromiso de jóvenes que se esfuerzan por crecer limpios y honestos, listos también para ir contra la corriente respecto a «lo que todos hacen»; finalmente, en la obra de tantos hombres y mujeres que diariamente, con fe y dedicación, contribuyen a llevar un poco de Cielo sobre la tierra y la tierra hacia el Cielo.

Queridos hermanos, el rostro bellissimo de la Asunción es único, supera toda representación posible y, sin embargo, al mismo tiempo nos es conocido: es el de las personas que están a nuestro lado, incluso en este momento, de los hermanos y hermanas con quienes compartimos, en la fe, la ofrenda diaria de nuestra vida. Por eso, en la mujer del Apocalipsis la comunidad de los creyentes se ve a sí misma, y el Concilio Vaticano II describe a María como «imagen y principio de la Iglesia, [...] signo de esperanza cierta y de consuelo» (Const. dogm. *Lumen gentium*, 68). En su humanidad santa, por gracia de Dios, está también la nuestra, estamos llamados a vivir su misma plenitud de vida y a compartir su misma gloria.

San Agustín, hablando de la resurrección de Cristo, invitaba a los cristianos de su tiempo a hacer de ella la brújula y el punto de referencia de su existencia. Decía: «Resucitó Cristo, y ya no morirá [...]. Cambia de parecer, sigue a tu luz; levántate con la que resucitó» (Comentarios a los salmos¹²⁶, 7).

Hagamos nuestra su invitación. Sigamos la luz del Resucitado, cambiando de rumbo si es necesario. Hagámoslo, particularmente hoy, mirando a María, que Dios coronó de gloria en alma y cuerpo, y que nos ha dado como Madre, guía, compañera de viaje y protectora en el camino del

Cielo.

ÁNGELUS

Plaza de la Libertad, Castel Gandolfo. 15 de agosto de 2026

Por las comunidades que necesitan ser consoladas y seguir teniendo esperanza

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy celebramos la Solemnidad de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María. Una fiesta de gran importancia, tanto para la teología católica como para la piedad popular; efectivamente, es una celebración muy apreciada en muchas comunidades, especialmente en donde la catedral o la iglesia parroquial están dedicadas a Nuestra Señora de la Asunción.

Para contemplar este misterio de la fe, podemos recurrir a los dos modelos iconográficos con los que, a lo largo de los siglos, los artistas lo han representado.

El primero, el más antiguo, que fue el único durante casi un milenio, es el de la «dormición» de la Madre de Dios: ella aparece recostada sobre un ataúd, dormida en la muerte; a su alrededor están los apóstoles, quienes la veneran conmovidos en oración; en el centro, de pie, se encuentra Jesús resucitado, quien sostiene en sus brazos el alma de María, como a una niña recién nacida. Ha venido a buscarla para llevarla consigo a la gloria de Dios, «al cielo», como decimos simbólicamente. El Señor ha cumplido en su Madre aquello que prometió a todos sus amigos: «Cuando vaya [al Padre] y les prepare un lugar, volveré y los llevaré conmigo, para que donde estoy yo estén también ustedes» (Jn 14,3).

Este primer modelo pone de relieve la verdad central: es Cristo, muerto y resucitado, quien nos conduce a la meta a la que desde siempre hemos sido destinados, a la vida eterna. Es lo que generaciones y generaciones de fieles han contemplado al orar frente a las imágenes de la Dormición,

y que se puede admirar en Roma, en el gran mosaico del ábside de la Basílica de Santa María la Mayor.

La iconografía más reciente, que se desarrolló posteriormente en Occidente, nos muestra, por el contrario, a la Virgen María de cuerpo entero, en el cielo, rodeada de luz, a menudo con ángeles y santos alrededor. En esta, se encuentra el cuerpo glorificado de la Virgen en el centro, conforme a lo que se lee en el libro del Apocalipsis: «Un gran signo apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, y la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza» (Ap 12,1).

Algunos artistas han juntado ambos esquemas, representando a la Virgen gloriosa en alto y su tumba vacía abajo, frecuentemente llena de flores de diversos colores, y a los apóstoles con la mirada fija hacia ella, en el cielo.

Este segundo modelo pone de relieve la verdad de que María fue asunta en cuerpo y alma, es decir, en la integridad de su persona. Esa mujer que en la tierra dio cuerpo y sangre al Verbo encarnado y lo siguió hasta la unión perfecta en el sacrificio de amor, fue atraída por Él a la gloria para siempre.

De este modo, esta iconografía nos permite también contemplar nuestro destino final. La plenitud de vida, que hoy admiramos con alegría en María, nos espera también a nosotros, al final de los tiempos, cuando, como dice san Pablo, Cristo Resucitado «transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso» (Flp 3,21), vistiendo lo que es corruptible de incorruptibilidad y lo que es mortal de inmortalidad (cf. 1 Co 15,54). Entonces, con nuestra carne transformada por el amor del Redentor, viviremos para siempre, en la fiesta sin fin.

¡Alabemos al Señor, que ha hecho grandes cosas en su Santísima Madre, que es también la nuestra!

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

María Santísima, asunta en la gloria del cielo, es para todo el pueblo de Dios un signo de esperanza y consuelo. Por eso, hoy deseo invocar su in-

tercesión maternal en nombre de aquellas comunidades que necesitan ser consoladas y seguir teniendo esperanza. Pienso en los hermanos y hermanas de Tierra Santa, que es también, por excelencia, la Tierra de María. Pienso en el pueblo ucraniano y en el pueblo ruso, ambos unidos por una devoción filial a la Santa Madre de Dios. Pienso en los cristianos que sufren discriminación o incluso persecución.

Sigo rezando en estos días por la población colombiana que sufre a causa del terremoto.

Me uno a estas comunidades y a todas aquellas que viven en contextos difíciles, y junto con ellas exclamo: «¡Santa María, ruega por nosotros!».

Dirijo mi saludo a todos ustedes, fieles de Castel Gandolfo y peregrinos venidos de Italia y de diversos países. ¡Gracias por su presencia y oración!

Les deseo a todos que puedan disfrutar de un tiempo de descanso, para reponer las fuerzas en el cuerpo y en el alma, también con alguna buena lectura y en contacto con la naturaleza.

¡Feliz fiesta y hasta mañana!

MENSAJE DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS
ORGANIZADORES Y PARTICIPANTES EN LA
JORNADA NACIONAL DE LA JUVENTUD EN
MÉXICO

15 de agosto de 2026

**Solamente unidos a Cristo
podemos hacer que el mundo crea
en Él**

Queridos jóvenes:

Ahora que celebran la Jornada Nacional de la Juventud en esa querida tierra mexicana, reunidos en la Arquidiócesis de Monterrey, deseo hacerme presente entre ustedes con unas breves palabras para hacer juntos este camino de fe. Es una hermosa ocasión de encuentro entre todos ustedes, junto con sus Pastores, que brota de la comunión con Cristo, para manifestar al mundo cuál es nuestro propósito de vida: unirnos a Él y así, par-

ticipando de su vida, alcanzar la santidad a la que somos llamados. El título de este encuentro lo pone de manifiesto, ya que es el mismo Cristo que nos dice: «Ustedes también dan testimonio, porque están conmigo» (cf. Jn 15,27).

Queridos jóvenes, abracen estas palabras con su propia vida, porque solamente unidos a Cristo podemos hacer que el mundo crea en Él, aún en medio de los problemas que ven a su alrededor a causa de la violencia, la indiferencia, la falta de sentido. Sean capaces de detenerse y darse tiempo en el silencio para discernir qué es lo que realmente conviene y edifica (cf. 1 Co 10,23). De este modo, unidos al Maestro, podrán ser sus testigos, signos de esperanza.

Mientras los animo a participar de esta jornada con jovial alegría, los encomiendo bajo el amparo maternal de Santa María de Guadalupe y les imparto de corazón la Bendición Apostólica.

Vaticano, 1 de agosto de 2026

ÁNGELUS

Plaza de la Libertad, Castel Gandolfo. 16 de agosto de 2026

Que cesen los repetidos actos de violencia contra la población civil palestina en Cisjordania

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo! Ayer contemplamos a la Virgen María en su relación indisoluble con su Hijo: ni siquiera la muerte pudo interrumpir esa comunión de alma y cuerpo, que es vida eterna. Cada domingo nos recuerda que esa misma plenitud está reservada a quienes siguen a Jesús: su resurrección no es un acontecimiento del pasado, sino una vida nueva que nos compromete.

Así lo demuestra hoy la mujer cananea protagonista del Evangelio proclamado en la liturgia (cf. Mt 15,21-28). Aunque no pertenece a su pueblo y vive en una región extranjera, intenta con insistencia hablar con Jesús, siguiéndole como una discípula que ya tiene un vínculo con Él. Probablemente

nunca se habían encontrado, pero, misteriosamente, la fe ya había surgido en ella. No desea algo para sí misma, sino la paz para su hija atormentada, y confía en Jesús, a quien reconoce como el Mesías, descendiente de David (cf. v. 22).

El evangelista no oculta los obstáculos a los que se enfrenta esta mujer. Los discípulos la ven como una persona molesta, y el propio Jesús se resiste a sus peticiones. De hecho, el Maestro se había retirado a aquella región (cf. v. 21) y podemos imaginar que, como en otras ocasiones, buscaba un lugar apartado donde orar y formar a los suyos. Sin embargo, en ese momento ocurre algo inesperado. Al meditar sobre ello, podemos comprender la obediencia de Jesús, que cumple su misión dejándose conmover por lo que ve y lo que oye. Al final le dice: «Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que desees» (v. 28).

También hoy la Iglesia puede dejarse sorprender por la obra de Dios y comunicar la paz de Cristo más allá de las fronteras ya trazadas. Su misión es anticipada por la gracia divina, que actúa en lo más recóndito de las conciencias, de modo que en cada encuentro, incluso en aquellos que trastocan nuestros planes, hay que aguzar el oído, abrir los ojos y el corazón a lo que Dios quiere decirnos.

De la mujer cananea aprendemos la humildad y la determinación. Gracias a su fe, aprendemos que la mesa de Dios está preparada para todos y que a nadie le corresponden las migajas (cf. vv. 26-27), porque cada uno tiene su propio lugar junto al Padre. A la luz de esta fe, resultan insostenibles las desigualdades, las discriminaciones y las barreras que pisotean la dignidad de tantos hijos e hijas de Dios.

Queridos hermanos y hermanas: somos la Iglesia de Jesucristo en un mundo atormentado, en un mundo que busca la paz. A María, nuestra Madre, le pedimos que interceda por nosotros. «De sus labios brota el himno más fuerte e innovador que jamás se haya pronunciado, el Magníficat» (Magnífica humanitas, 244): es el canto de quien ya ve la realidad con la mirada de Dios y, por eso, no pierde la esperanza y actúa con caridad.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Reitero mi llamamiento para que cesen los repetidos actos de violencia contra la población civil palestina en Cisjordania y pido con urgencia a la comunidad internacional que vele por el avance de la solución de dos Estados, en pro de una paz justa y duradera.

Esta semana darán comienzo los Juegos del Mediterráneo, que se celebrarán en Taranto. En ellos participarán diversos países de África, Asia y Europa que pertenecen a la cuenca mediterránea. Deseo que este evento deportivo sea un presagio de paz y fraternidad entre los pueblos de esta región y del mundo entero.

Y ahora doy la bienvenida a todos ustedes, que se han reunido aquí, en Castel Gandolfo, para el Ángelus dominical.

Saludo con cariño a los peregrinos procedentes de diversos países. Al saludar a los polacos, extendiendo mi bendición a las numerosas participantes en la tradicional peregrinación al Santuario de Piekary Śląskie, en Alta Silesia.

Les deseo a todos un feliz domingo.

TELEGRAMA DEL SANTO PADRE FIRMADO POR EL
CARDENAL SECRETARIO DE ESTADO, PIETRO

PAROLIN

17 de agosto de 2026

Por las víctimas del terremoto en Indonesia,

Reverendísimo Paulus Budi Kleden, SVD
arzobispo de Ende

El Santo Padre, vivamente apenado al conocer la devastación causada por el terremoto en la región de Nusa Tenggara oriental, ofrece la garantía de su solidaridad espiritual y su cercanía a aquellos que sufren las consecuencias de este desastre, en particular a los numerosos desplazados y heridos. Su Santidad anima a las autoridades eclesíasticas y civiles a que continúen prestando ayuda humanitaria, y reza por el personal de emergencia que participa en las labores de recuperación. Al enco-

mendar a los fallecidos a la misericordiosa bondad de Dios todopoderoso, el Santo Padre invoca las bendiciones divinas de consuelo y fortaleza.

Cardenal Pietro Parolin

Secretario de Estado

TELEGRAMA DEL SANTO PADRE FIRMADO POR EL
CARDENAL SECRETARIO DE ESTADO, PIETRO

PAROLIN

18 de agosto de 2026

Por las víctimas del naufragio en el lago Kariba en Zimbabue

Su Santidad el papa León XIV se ha entristecido profundamente al conocer el trágico accidente de trampa en el lago Kariba. encomendando las almas de los fallecidos a la misericordia amorosa de Dios todopoderoso, envía su más sincero pésame a quienes lloran su pérdida. Su Santidad ofrece asimismo sus oraciones por las autoridades civiles y el personal de emergencias en su continua labor de respuesta a esta tragedia. Invo-co sobre todos los afectados las bendiciones divinas de consolación, sanación y fortaleza.

Cardenal Pietro Parolin

Secretario de Estado

AUDIENCIA GENERAL

Basílica de San Pedro. 19 de agosto de 2026

La música sacra

Queridos hermanos y hermanas:

El sexto capítulo de la Constitución Sacrosanctum Concilium (SC) del Concilio Vaticano II está dedicado a la música sagrada. Este afirma: «La tradición musical de la Iglesia universal constituye un tesoro de valor inestimable, que sobresale entre las demás expresiones artísticas, principalmente porque el canto sagrado, unido a las palabras, constituye una parte necesaria o integral de la Liturgia solemne» (SC, 112) y precisa: «La música sacra, por consiguiente, será tanto

más santa cuanto más íntimamente esté unida a la acción litúrgica, ya sea expresando con mayor delicadeza la oración o fomentando la unanimidad, ya sea enriqueciendo la mayor solemnidad los ritos sagrados» (ibid.).

Aquí encontramos el núcleo de la enseñanza conciliar, que confirma y profundiza en la función ministerial de la música en la liturgia, ya resalta- do por San Pio X en el *Motu Proprio Inter sollicitudines* (22 de noviembre de 1903). De hecho, la música forma parte de la acción litúrgica, y no es un mero adorno de la celebración. En la litur- gia, cantar y tocar significa rezar, sintonizando el propio corazón con el de las hermanas y los her- manos y con Dios, en la participación activa en el misterio celebrado. Precisamente la música ex- presa la dimensión afectiva de la oración, como afirma San Agustín: «Cantare amantis est», es decir «cantar es propio de quien ama» (*Sermo* 336,1). Esto es muy importante, porque ayuda en abrir el corazón a la acción de Dios en la gracia y en dejarse moldear por ella.

El canto, además, favorece la comunión. Por me- dio de la sinfonía de las voces contribuye a unir los ánimos, superando las diferencias entre las personas y reuniendo todos en la alabanza a Dios. Así se convierte en una epifanía de la Igle- sia, manifestación tangible de la comunión que pertenece a su naturaleza.

De la profunda relevancia teológica del canto sa- cro, como parte integrante de la acción litúrgica, derivan algunas exigencias. La primera es que, más allá de las modas o de las sensibilidades par- ticulares de los autores, debe responder en todos los niveles a lo que resulta más adecuado para el momento de la celebración. Además, la forma, especialmente en su aspecto melódico, debe ser a la vez noble y sencilla, de alta calidad musical y fácil de ejecutar, sobretodo cuando está destina- da a ser cantada por toda la asamblea (cf. SC, 121).

Por la misma razón, el Concilio recomienda que los textos también sean adecuados, profun- dos y, al mismo tiempo, simples de comprender, inspirados principalmente en la Sagrada Escritu- ra, en los libros litúrgicos y en la Tradición espi-

ritual de la Iglesia. Sobre esto hay que velar, para que se mantenga viva y para que crezca la diná- mica expresada en el antiguo principio «lex orandi lex credendi», es decir, la ley de la oración es también la ley de la fe.

Sacrosanctum Concilium dedica mucho espacio al tema de la participación activa de los fieles (cf. n. 114). Esta «se ha de comprender [...] partien- do de una mayor toma de conciencia del misterio que se celebra y de su relación con la vida coti- diana» (Benedicto XVI, Exhort. ap. *Sacramen- tum caritatis*, 52) en un «espíritu de conversión continua que ha de caracterizar la vida de cada fiel» (ibid. 55). En cuanto a la manera concreta con la que esta se puede realizar por medio del rol específico de la música sagrada, la Constitu- ción ofrece una respuesta clara: «se fomentarán las aclamaciones del pueblo, las respuestas, la salmodia, las antífonas, los cantos» y «un silen- cio sagrado» (SC, 30), y exhorta a cada uno, mi- nistro o simple fiel, a desempeñar «todo y sólo aquello que le corresponde por la naturaleza de la acción y las normas litúrgicas» (SC, 28) en el equilibrio armonioso entre los distintos ministe- rios, las diversa intervenciones y los momentos de silencio.

El Concilio concede además gran importancia al canto gregoriano, sin excluir de la celebración otros géneros de música sagrada. Se presta tam- bién especial atención al órgano (cfr. SC, 120), mientras que se admite el uso de otros instru- mentos «siempre que sean aptos o puedan adap- tarse al uso sagrado, convengan a la dignidad del templo y contribuyan realmente a la edificación de los fieles» (SC, 120).

Un tema muy importante para la reforma conci- liar es el de la inculturación, también en el ámbi- to de la música sacra. Se subraya, en particular, en relación con las tradiciones musicales de las diferentes culturas, la importancia de tenerlas muy en cuenta, como parte de la vida religiosa y social de las personas. Por ello, se recomienda, por un lado, poner en práctica en todos una ade- cuada «educación del sentido religioso» (SC, 119) y, por el otro, «dentro de lo posible [...] pue- dan promover la música tradicional de su pueblo,

tanto en las escuelas como en las acciones sagradas» (ibid.).

En el contexto litúrgico, se reconoce una función especial a la schola cantorum, instrumento pastoral cuya promoción se recomienda, con la misión de «velar por la ejecución exacta de las partes que le corresponden, según los distintos géneros de canto, y favorecer la participación activa de los fieles en el canto» (S. CONGR. DE LOS RITOS, Instrucción Musicam sacram, 19).

Con este fin, el compositor de música sacra debe conocer y preservar el patrimonio musical de la Iglesia, dejándose inspirar por él para dar vida a nuevas composiciones al servicio de la liturgia, respetando la sensibilidad contemporánea y las diferentes tradiciones culturales, de modo que «purificar el culto de impropiedades de estilo, de formas de expresión descuidadas, de músicas y textos desaliñados, y poco acordes con la grandeza del acto que se celebra, para asegurar dignidad y bondad de formas a la música litúrgica» (S. JUAN PABLO II, Quirógrafo sobre la música sagrada, 22 de noviembre de 2003, 3).

Por todas estas razones, los Padres conciliares recomiendan fomentar la formación y la práctica de la música sacra «en los seminarios, en los noviciados de religiosos de ambos sexos y en las casas de estudios, así como también en los demás institutos y escuelas católicas» (SC, 115) y garantizar a los músicos y cantantes una sólida formación litúrgica (cf. ibid.).

Queridos hermanos y hermanas, los Padres de la Iglesia concedieron gran importancia al canto litúrgico, símbolo de la comunión eclesial. Por eso podemos concluir con estas hermosas palabras de San Ignacio de Antioquía: «Que cada uno de vosotros también se convierta en coro, a fin de que, en la armonía de vuestra concordia, toméis el tono de Dios en la unidad, cantéis a una sola voz por Jesucristo al Padre, a fin de que os escuche y que os reconozca, por vuestras buenas obras, como los miembros de su Hijo» (Carta a los Efesios, 4,2).

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua

española. Los invito a reflexionar sobre el canto litúrgico como símbolo de la comunión eclesial, pidiéndole al Señor que nos ayude a vivir en armonía y concordia, como un único coro, cuyas melodías y buenas obras glorifican y alaban al Padre por medio de Jesucristo. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

VISITA PASTORAL A LA REPÚBLICA DE SAN MARINO, AL ENCUENTRO POR LA AMISTAD ENTRE LOS PUEBLOS Y A LA CIUDAD DE RÍMINI: ENCUENTRO CON PERSONAS ENFERMAS, CON DISCAPACIDAD Y ENTORNOS DESFAVORECIDOS
Catedral de Rímini. 22 de agosto de 2026

Dejarnos sanar por Jesús, dejarnos perdonar, convertirnos, y luego caminar juntos en su Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, agradezco al obispo y a Cáritas de Rímini por haber organizado este encuentro con ustedes, y agradezco a cada uno de ustedes por haber respondido a la invitación.

Esta es la Catedral de Rímini, ¡y aquí ustedes están en casa! Sí, porque el Señor Jesús, cuando se encontraba con personas enfermas, con discapacidad o pobres, las acogía y las ponía en el centro, para sanarlas, para devolverles una vida acorde con su dignidad. Así mostraba a todos los signos del amor de Dios, de su infinita misericordia. Y luego, estas personas, sanadas y levantadas por Jesús, a menudo lo seguían y pasaban a formar parte de la comunidad de los discípulos.

Así debemos hacerlo también nosotros: dejarnos sanar por Jesús, dejarnos perdonar, convertirnos, y luego caminar juntos en su Iglesia, la comunidad que Él formó para llevar a todos el Evangelio de su victoria sobre el pecado y la muerte.

Por eso, queridos hermanos y hermanas, les doy las gracias y los animo a seguir siempre al Señor participando activamente en la vida de la Iglesia, en la parroquia, en las asociaciones, en los lugares de acogida y de servicio, donde se aprende y

se experimenta que nuestro Padre es grande en amor y que nosotros somos sus hijos y hermanos entre nosotros. A Él nos dirigimos ahora con la oración, esa oración que Jesús nos enseñó, y digamos juntos:

[Padre nuestro...]

[Bendición]

AUDIENCIA A LOS MIEMBROS DE LA 'FEDERACIÓN MARSODETO' (TOLEDO, ESPAÑA)

Palacio Apostólico Vaticano. 24 de agosto de 2026

El amor de Cristo nos empuja hacia los hermanos

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Que la paz esté con vosotros.

Muy buenos días y bienvenidos a todos.

Excelencia,

distinguidas autoridades,

queridos hermanos y hermanas:

Es una gran alegría poder recibiros esta mañana, durante la peregrinación que estáis realizando a la sede de Pedro, para dar gracias a Dios por la fecundidad de los cuarenta y cinco años de vuestra institución. Me uno a esta celebración particular y pido al Señor que continúe bendiciendo la labor que realizáis.

Una tarea ardua, indudablemente; con mucho trabajo escondido, que nadie ve y que sólo Dios puede premiar, y donde es muy gratificante descubrir, en el rostro de cada persona, al mismo Jesucristo. Desde vuestro cometido podéis dar fe, de un modo privilegiado, de lo que escuchamos en el Evangelio: «en verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40). Saber reconocer, en las vidas de los más débiles y vulnerables, la mirada de Cristo que nos interpela, es algo que nos hace crecer como sociedad humana y cristiana.

Son muchos los valores que caracterizan vuestro modo de acercaros a esta realidad de las personas con discapacidad intelectual y parálisis cerebral:

la solidaridad, la defensa de la dignidad humana y la plena inclusión. Por todo ello, también habéis conseguido suscitar el apoyo de una nutrida representación institucional, que os acompaña hoy aquí, dando así testimonio de su compromiso con vuestra actividad y con el bien común.

Con una mirada retrospectiva, damos gracias a Dios por la inspiración de Don Marcelino Casas Puente que, hace ya más de cuatro décadas, puso en marcha lo que entonces parecía un sueño y que hoy contemplamos como un hecho: que ninguna familia donde hubiese una persona con discapacidad intelectual quedase desamparada.

Hoy, esta Federación puede sentirse orgullosa de llegar a tantas personas, haciendo realidad lo que tuve ocasión de recordar en mi reciente visita a España: «el amor de Cristo nos empuja hacia los hermanos (cf. 2 Co 5,14) y la caridad y la solicitud con que respondemos a sus impulsos son la prueba de nuestra fe» (Visita a los operadores y asistidos del proyecto social «CEDIA 24 horas», 6 de junio de 2026).

Queridos hermanos y hermanas, os encomiendo a la protección maternal de María Santísima para que os acompañe continuamente en vuestra misión. Que ella os aliente en los momentos de mayor dificultad y os haga dirigir siempre la mirada al Señor, de tal forma que vuestra Federación siga siendo una auténtica obra de referencia eclesial y social.

Que Dios os bendiga.

Muchas gracias.

Entonces vamos a rezar juntos como el Señor nos ha enseñado:

[Padre nuestro...]

[Bendición]

AUDIENCIA A LA DELEGACIÓN DEL ORDINARIATO MILITAR DE PORTUGAL

Palacio Apostólico Vaticano. 24 de agosto de 2026

Como el Buen Samaritano, difundid el Evangelio de la paz

En el nombre del Padre,

del Hijo y del Espíritu Santo.

¡Amén!

¡La paz esté con ustedes!

Excelencia Reverendísima:

Distinguidas Autoridades:

Reverendos Capellanes:

¡Queridos hermanos y hermanas!

Han venido a Roma y, en cierto sentido, con ustedes han venido también los demás elementos de sus unidades. Al darles la bienvenida, extendiendo mi saludo a todos los miembros –cristianos y no cristianos– del Ejército, de la Fuerza Aérea, de la Armada, de la Guardia Nacional Republicana y las Fuerzas de Seguridad Pública de Portugal. De manera especial, a la luz de Cristo resucitado, recuerdo a los dos jóvenes militares del Ejército que, el viernes pasado, perdieron la vida mientras, generosamente, como el buen samaritano, se detuvieron en el camino para prestar ayuda: los encomiendo al Señor, junto a sus familias.

Fue pensando en el bien de todo el cuerpo de las Fuerzas Armadas y de Seguridad, de sus miembros y de sus respectivas familias, que hace sesenta años se instituyó el Vicariato, el cual en 1981 asumió el nombre de Ordinariato Castrense e, incluso hace veinticinco años, tuvo a su primer obispo. Por lo tanto, han querido venir a Roma para conmemorar precisamente este aniversario. Que el Ordinariato, dando su inestimable contribución al bien espiritual y al conocimiento de los valores cristianos, continúe siendo un espacio de colaboración constructiva con las autoridades estatales, gubernamentales y militares.

Para quien cree en Cristo, la peregrinación a esta ciudad representa una ocasión única de renovación personal, reconociendo la centralidad de Dios en la propia vida y fortaleciendo la fe a través de la oración ante la tumba del Apóstol Pedro. Cada día, a cada uno de ustedes se le confía la noble misión de defender la soberanía de la Patria y el Estado de derecho, tutelando la seguridad de sus conciudadanos y protegiéndolos de las injusticias. Quisiera, por tanto, repetirles esta exhortación de san Pablo: «Fortalézcanse en el Señor [...] Permanezcan de pie, ceñidos con el

cinturón de la verdad, y vistiendo la justicia como coraza. Calcen sus pies con el celo para propagar la Buena Noticia de Paz» (Ef 6, 10.14-15). Sean fuertes en el Señor como el centurión que, en Cafarnaúm, se acercó a Jesús. Él conocía bien los valores que guían su vida: la obediencia, la disciplina, la abnegación, la lealtad, el compañerismo, la dedicación, la responsabilidad y el valor. Al mismo tiempo, aquel militar sentía la necesidad de Dios; sabía que el ser humano no se basta a sí mismo, sino que aspira a algo más, a algo que lo trasciende. Al tener un siervo que sufría terriblemente, se acercó a Jesús, quien le aseguró que iría a sanarlo. Por eso le respondió: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solo di una palabra y mi siervo quedará sanado. Porque yo también, que soy un subordinado, tengo soldados a mi cargo y le digo a uno: «Haz esto», y él lo hace» (Mt 8, 8-9). En esta actitud se puede observar cómo el centurión consideraba importante la jerarquía y cómo esta dimensión de su vida cotidiana lo llevó a interpretar la relación con Jesús de Nazaret, a quien profesa como su Señor, como su Dios. Maravillado por tales palabras, Jesús dijo: «En verdad les digo que en nadie en Israel he encontrado una fe tan grande» (v. 10). Si, por un lado, este militar era consciente de su autoridad, por otro, ante el Hijo de Dios demostró la fuerza de la fe y el valor de la humildad. De hecho, el ser humano, por mucha responsabilidad que tenga, por mucho poder que ejerza, por muy irreprochable que sea, siempre tiene hambre de infinito y sed de eternidad. Ahora bien, el infinito y la eternidad están a nuestro alcance en Jesucristo: son un don del Señor.

Excelentísimo Reverendísimo, muy queridos capellanes, la Iglesia les confía el crecimiento espiritual del personal militar y de las fuerzas de seguridad de su nación. Acojan a todos, escúchenlos, ilúminenlos con la sabiduría de la Palabra de Dios, permanezcan a su lado actuando en nombre de Cristo en la celebración de los sacramentos, acompañen a cada uno de ellos sin olvidar a sus familias. De este ministerio específico de ustedes se cosecharán los frutos del crecimen-

to personal en la práctica de la vida cristiana y del fortalecimiento del esprit de corps de las Fuerzas Militares y de Seguridad a las que sirven. Gracias por la cercanía que, como buenos pastores, ofrecen a quienes desempeñan un servicio tan importante, especial y exigente por el bien de Portugal y más allá. Su testimonio de amor por la Iglesia y por el país es un bálsamo que consuela y da esperanza.

Y, por último, deseo expresarles a todos ustedes que han venido hasta aquí mi estima, mi aprecio y mi reconocimiento por la labor que realizan en el Ordinariato. Que Nuestra Señora de Fátima los acompañe en sus diversas misiones, tanto en Portugal como en el extranjero. Que la alegría del Señor sea su fuerza. ¡Que Dios los bendiga! Gracias.

AUDIENCIA A LOS OBISPOS DE LA IGLESIA
LUTERANA DE NORUEGA

Palacio Apostólico Vaticano. 26 de agosto de 2026

Testimonio de la fuerza transformadora de la caridad

Queridos amigos:

Me alegra darles la bienvenida a Roma y aquí al Vaticano esta mañana, y espero que tengan, o hayan tenido, tiempo para visitar los diferentes lugares santos asociados a los primeros cristianos y mártires, cuyo testimonio de fe en nuestro Señor sigue siendo una fuente de inspiración duradera, animándonos también a nosotros a dar nuestra vida para la gloria de Dios y para el bien de nuestros hermanos y hermanas. No cabe duda de que en nuestros días nos enfrentamos a desafíos difíciles, ya que el mundo atraviesa un período especialmente turbulento. Parece haber una creciente animosidad entre los pueblos, evidente no solo en los conflictos y disputas internacionales, como ustedes han observado, sino también dentro de cada país, como lo demuestra la acritud que a menudo caracteriza el debate político y social.

Dada nuestra condición humana caída, es dema-

siado fácil asumir una actitud de hostilidad hacia aquellos con quienes no estamos de acuerdo. Por esta razón, se necesita un esfuerzo concertado para buscar caminos concretos de reconciliación y fraternidad. A este respecto, Jesús nos muestra otra vía, revelando que la bondad y la caridad tienen el poder de desarmar. Por lo tanto, agradezco sinceramente su presencia aquí y su deseo compartido de buscar formas de construir la comunión. De hecho, incluso los pequeños gestos pueden inspirarnos y guiarnos en el camino de la reconciliación.

Como bien sabemos, nuestro Señor rogó al Padre celestial por la unidad de sus discípulos: "para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí." (Jn 17, 23) Sobre la base de nuestro Bautismo común y de nuestra misión compartida en el mundo, rezo para que podamos crecer siempre juntos en nuestro servicio a la promoción de la paz y de la justicia.

Mientras avanzamos en este camino, podemos fijar la mirada en el ejemplo de los primeros mártires y de los santos, como san Olav y santa Sunniva, cuyas vidas, dedicadas a Dios y al prójimo, ayudaron a unir a los pueblos y dan un testimonio duradero de la fuerza transformadora de la caridad.

Por lo tanto, queridos amigos, queridos hermanos y hermanas, les agradezco una vez más por haber venido esta mañana y por su cercanía. Pidamos la bendición de Dios para que, en su infinita bondad y sabiduría, nos ayude a vivir de manera cada vez más auténtica como hermanos y hermanas y, así, dar un testimonio común de nuestro Salvador, nuestro Señor Jesucristo.

Gracias.

AUDIENCIA CON LOS PARTICIPANTES EN EL
ENCUENTRO ORGANIZADO POR LA COMISIÓN
PONTIFICIA PARA AMÉRICA LATINA SOBRE LAS
SITUACIONES DE ADICCIÓN EN AMÉRICA LATINA

Palacio Apostólico Vaticano. 27 de agosto de 2026

Que la Iglesia sea la familia de todas las personas que se quedaron al margen del camino

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

La paz esté con ustedes.

¡Buenos días a todos y bienvenidos!

Saludo con afecto fraterno a cada uno de ustedes. Agradezco de modo particular al Consejo Episcopal Latinoamericano y Caribeño (CELAM) y a la Organización de los Estados Americanos (OEA) por haber propiciado este encuentro, así como a la Pontificia Comisión para América Latina y la Pontificia Academia para la Vida.

Saludo también a los hermanos de los centros de acompañamiento, prevención, recuperación e integración para jóvenes basados en la fe, que llegan desde Asia, África, Europa y América, que con su presencia nos recuerdan que el sufrimiento y la esperanza no tienen fronteras.

El tema que nos convoca es reflexionar desde la fe sobre el problema de las drogas y el impacto en nuestros jóvenes. Las adicciones son un fenómeno complejo que pone de manifiesto el fracaso de un mundo deshumanizado. El sufrimiento de los jóvenes nos reclama respuestas integrales: prevención comunitaria, atención científica, justicia con rostro humano y acompañamiento pastoral cercano. Nuestra contribución tiene que ir dirigida al cuidado, la presencia y la reconstrucción del tejido comunitario.

Me complace constatar cómo, en este encuentro, convergen cuatro puentes que representan otras tantas vías de colaboración en este ámbito.

El primer puente es entre la Iglesia y los organismos internacionales, ya que nadie puede enfrentar solo el problema de las drogas. Por ello, merece una mención particular la colaboración en acto entre la Organización de los Estados Americanos y el Consejo Episcopal Latinoamericano y Caribeño que coordinan capacitaciones para organizaciones comunitarias basadas en la fe, tejen redes de acompañamiento y que incluso ha

permitido al CELAM la presentación del Manual de la Pastoral Latinoamericana de Acompañamiento y Prevención de las Adicciones.

El segundo puente es entre la ciencia y la fe. La Iglesia no interviene en la problemática de las drogas con la pretensión de competir u ocupar el lugar de las neurociencias, la psiquiatría o la salud pública; sino que procura iluminarla desde el Evangelio con una comprensión integral de la persona humana.

El tercer puente es dentro de la Iglesia que peregrina en los distintos continentes. En estos días han llegado hasta aquí personas provenientes de América, Asia, África y Europa para compartir sus dolores, esperanzas y entusiasmos pastorales.

El cuarto puente es ecuménico. La Iglesia católica y las otras comunidades eclesiales, en la práctica del amor concreto por los que sufren, encuentran un lenguaje común muy elocuente desde la fe para acompañar e integrar a los jóvenes en sus necesidades y sueños.

Pero permítanme detenerme un instante en una institución que recorre nuestro trabajo de manera transversal: la familia. La familia, que el Concilio Vaticano II la llamó justamente «iglesia doméstica» (cf. *Lumen gentium*, 11), es el lugar donde se cultiva la vida, donde se la cuida y proyecta. No hay mejor prevención contra las drogas que una buena familia.

Actualmente, somos testigos del dolor de muchas familias rotas, ya sea por el consumo de drogas, la violencia, el reclutamiento criminal de un hijo, la pobreza o la falta de oportunidades que empujan al costado del camino. San Juan Pablo II nos pidió hacer de la Iglesia «la casa y la escuela de la comunión» (Carta ap. *Novo millennio incun- te*, 43). Y el Papa Francisco nos recordó que Jesús quiere que «toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 270). Aquí queda expresado el núcleo de la misión que ustedes llevan adelante: que la Iglesia sea una familia, incluyendo especialmente a las personas que sufren.

Finalmente, quisiera expresarles un deseo: que la

Iglesia sea la familia de todas las personas que se quedaron al margen del camino. Como el samaritano, que se hizo prójimo del hombre caído, no pasemos de largo; construyamos una Iglesia que se detiene, se acerca, se conmueve, unge las heridas, alimenta y se convierte en hogar.

Gracias por su trabajo. Que Dios los bendiga. Les imparto la bendición del Señor. La gracia de Dios los acompañe siempre a todos ustedes, a sus familias y sus labores. Es un trabajo muy importante el que realizan en distintas partes del mundo.

[Bendición]

AUDIENCIA Á LA DELEGACIÓN DE LA SOCIEDAD
DE SAN VICENTE DE PAÚL DE LOS ESTADOS
UNIDOS DE AMÉRICA

Palacio Apostólico Vaticano. 28 de agosto de 2026

El vínculo inseparable entre la oración y la justicia social

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¡La paz esté con ustedes!

Buenos días a todos. Bienvenidos. Gracias por su paciencia.

Excelencias, queridos amigos:

con gran alegría les saludo cordialmente a todos ustedes, y espero que su estancia en Roma, en la Ciudad Eterna, fortalezca su fe y profundice su deseo de servir al Señor y a su Iglesia. Les agradezco especialmente su devoto servicio a la Sociedad de San Vicente de Paúl y, a través de ella, a sus hermanos y hermanas en todos los Estados Unidos de América. De hecho, al ofrecer libremente sus dones y talentos otorgados por Dios, dan un testimonio elocuente de su fe al servicio de la edificación del Reino de Dios.

Al mismo tiempo, los aliento a profundizar su relación con nuestro Señor, para que su gracia pueda seguir guiando y fortaleciendo su servicio. San Vicente de Paúl demostró que la oración y la justicia social no solo son complementarias, sino que, de hecho, son inseparables. Por lo tanto, es-

pero que continúen recurriendo a su patrón celestial con el fin de seguir su ejemplo y pedir su intercesión. Además, como lo recordé en Dilexite, san Agustín enseñaba la naturaleza cristocéntrica del cuidado de los pobres y sostenía que Dios no se deja superar en generosidad hacia quienes los sirven. Por lo tanto, creemos que el cuidado de los demás, cuando nace del amor, no solo ayuda a quienes están en necesidad, sino que también abre el corazón de quien da a la gracia de Dios (cf. n. 46). Queridos amigos, los exhorto, pues, a que siempre se entreguen a sí mismos. De esta manera, la gracia del Señor purificará constantemente sus corazones y sus mentes, y reconocerán más fácilmente a Cristo en su prójimo, tanto en las personas a quienes atienden como en aquellas con quienes trabajan.

Por último, cuando regresen a sus hogares, sepan que lo hacen acompañados por mis oraciones. En especial, les pido que transmitan mis cordiales saludos a sus colegas y a las personas que cuidan y sirven. Con estas reflexiones, encomiendo a cada uno de ustedes a la intercesión de María, Madre de la Iglesia. Y tal vez, hoy, de manera especial, también a san Agustín, en el día de su memoria. Gracias.

Por eso, por favor, pónganse de pie y oremos juntos como nos enseñó el Señor.

[Padre nuestro...]

Y que la bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca siempre con ustedes. Amén.

AUDIENCIA A LOS MIEMBROS DEL 'INSTITUT
INTERNATIONAL DES SCIENCES
ADMINISTRATIVES'

Palacio Apostólico Vaticano. 28 de agosto de 2026

Un cuidado responsable hacia la familia humana

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¡La paz esté con ustedes!

Señoras y señores:

Buenos días y bienvenidos, ¡y gracias por su paciencia también esta mañana!

Me complace mucho encontrarme con ustedes, al término de su conferencia anual aquí en Roma: ustedes, miembros del Instituto Internacional de Ciencias Administrativas, venidos de todo el mundo, del cual también forma parte la Santa Sede.

Su Instituto, que vio la luz en 1930, al día siguiente de la gran crisis económica que azotó al mundo, tiene la vocación de ser «un llamado incesante a la conciencia de las autoridades políticas para que adapten la vida social a las condiciones en constante cambio de los tiempos, de modo que pueda hacer realidad las intenciones y los designios de la Sabiduría del Creador». (véase Pío XII, Discurso a los participantes en el VIII Congreso Internacional de Ciencias Administrativas, 5 de agosto de 1950).

El tema de su Conferencia, que acaba de concluir en estos días, lanza hoy un vibrante llamado a nuestro mundo, en la era digital, para que se pueda mantener el equilibrio en el uso de las tecnologías digitales. Un llamado que se suma al que lancé en mi reciente encíclica sobre la custodia de la persona humana en la era de la inteligencia artificial. Hoy no podemos dejar de mirar de frente esta realidad que afecta de cerca nuestra forma de vida y que impregna todos los niveles de la vida social. La velocidad con la que se desarrollan las innovaciones relacionadas con la Inteligencia Artificial nos lleva a preguntarnos si en el futuro será posible controlar estas máquinas, si el hombre no corre el riesgo de convertirse en víctima de sus propios inventos. Uno de los graves problemas actuales es constatar que las decisiones relativas a la vida humana se confían a máquinas.

Ante esta preocupante situación, aplaudo su encuentro, que tiene como objetivo reafirmar el carácter insustituible de la inteligencia humana frente a estas herramientas tecnológicas. Sus reflexiones y sus trabajos podrán ayudar a las autoridades a tomar decisiones en este ámbito por el bien de la humanidad. «Pedir prudencia, controles rigurosos y, en ocasiones, también una ra-

lentización en la adopción de la IA no significa estar en contra del progreso, sino ejercitar un cuidado responsable hacia la familia humana» (Magnifica humanitas, n.º 106).

Por lo tanto, es importante definir una ética que acompañe el uso de estas importantes herramientas, las cuales, lamentablemente, se concentran en manos de los grandes actores económicos y tecnológicos, y que el Estado encuentra difícil controlar. Es necesario velar por que el bien de la familia humana no se sacrifique en aras de intereses privados.

Los animo a continuar con sus investigaciones para encontrar formas y medios que aporten su contribución a la administración pública en pro de la humanización de las tecnologías digitales, de modo que estén al servicio de la vida y de la paz. Es precisamente a esto a lo que nos invitó el Papa Francisco cuando dio la voz de alarma sobre el uso responsable de estas tecnologías, al decir: «Tenemos [...] el deber de de ensanchar la mirada y de orientar la búsqueda técnico-científica hacia la consecución de la paz y del bien común, al servicio del desarrollo integral del hombre y de la comunidad» (Mensaje para la LVII Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero de 2024).

Queridos miembros del Instituto Internacional de Ciencias Administrativas, sé que su misión no es fácil y que, a veces, el desánimo puede abrumarlos. Ruego al Todopoderoso que los sostenga, para que puedan continuar con determinación esta noble tarea. Invoco sobre todos ustedes las abundantes bendiciones de Dios. ¡Gracias!

SANTA MISA Y PROCESIÓN DE LA 'MADONNA DEL LAGO'

Castel Gandolfo. 29 de agosto de 2026

Sigamos amando, dando, perdonando, ofreciéndonos

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra celebrar con ustedes la Fiesta de la "Madonna del Lago", como ya lo hicieron en el

pasado algunos de mis Predecesores: San Pablo VI, quien promovió y apoyó la construcción de esta iglesia dedicada a María y la consagró, y San Juan Pablo II, quien aquí quiso hacer memoria de ella y renovar su mensaje.

La Liturgia de la Palabra nos ofrece textos que armonizan muy bien con esta tradicional celebración.

En la primera Lectura, el profeta Jeremías nos habla de su irresistible necesidad de corresponder a la llamada que ha recibido: «Me sedujiste, Señor —dice—, y me dejé seducir [...]. Había en mis entrañas como fuego ardiente [...]; yo intentaba sofocarlo, pero no podía» (Jr 20,7-9). Dios le había revelado que lo había conocido y elegido desde el seno materno (cf. ibíd. 1,5), y que amaba a su pueblo con amor eterno (cf. ibíd. 31,3); le había hablado de su plan de salvación, y él ya no puede callar. Siente un impulso incontenible de llevar a todos su mensaje, aun sabiendo que esto implicará tener que decir y hacer cosas que a muchos no les agradarán, afrontar sufrimientos e incomprendiones, hasta convertirse en «objeto de burla todo el día» (v. 7). Pero el amor lo impulsa a actuar por el bien de su pueblo, sin componendas, hasta el final.

Es lo que también nos enseña Jesús en el Evangelio. Poco antes ha alimentado a cinco mil hombres con cinco panes y dos peces (cf. Mt 14,15-21), y después a otros cuatro mil, con siete panes y unos pocos pececillos (cf. Mt 15,32-38). Ahora, más allá del éxito suscitado por aquellos gestos, explica a los discípulos el sentido mesiánico de lo que ha realizado: les revela que deberá «ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día» (Mt 16,21).

Jesús explica cómo, después de tantos milagros realizados, manifestará definitivamente su gloria: sacrificando libremente su vida (cf. Jn 10,17-18) y ofreciéndose a sí mismo en la cruz como pan partido. Y precisa que lo mismo deberá hacer todo aquel que quiera continuar su misión: «Si alguno quiere venir en pos de mí —nos dice—, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga» (v. 24).

Jesús revela así que solo el amor salva. El amor que Dios nos ha mostrado haciéndose hombre, muriendo y resucitando por nosotros y, como respuesta, aquel con el que también nosotros nos ofrecemos humildemente a Él y a nuestros hermanos: en la constancia fiel de la caridad de cada día, como también en los gestos más extraordinarios, hasta el martirio, algunas veces, como lamentablemente sucede también hoy a muchos cristianos en diversas partes del mundo.

San Agustín decía que «la alegría del segador [...] demuestra la intención del sembrador» (Sermón 330, 2), y nosotros queremos hacer nuestros sus sentimientos: con la ayuda de Dios, queremos esparcir por todas partes, en el mundo, las semillas de su caridad infinita, sin cansarnos, sin medida, para que hoy y siempre alguien pueda alegrarse al recoger sus frutos.

Lamentablemente, no todos comprenden la belleza, la bondad y la concreción de este sueño del Creador; es más, muchos piensan que es una utopía. Poner la otra mejilla (cf. Mt 5,39) —dicen— es propio de perdedores; dar ante el rechazo es de ingenuos; perdonar sin límites (cf. Mt 18,21-22) es de débiles. No es de extrañarse. Incluso para Pedro fue difícil aceptar esta manera nueva y diferente de razonar (cf. Mt 16,22). Pero Jesús permanece categórico: solo el camino del amor es el camino de la vida.

No nos engañemos. El odio y la violencia no conducen a nada bueno, sino únicamente a la destrucción y a la muerte, siempre, incluso cuando son una respuesta a las injusticias sufridas. Lo vemos cada día, desde lo pequeño de nuestra experiencia cotidiana en el hogar hasta el gran escenario del mundo. Todo confirma lo que Jesús nos enseñó: «...quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará» (Mt 16,25).

Queridos hermanos y hermanas, tenemos una gran necesidad de vida, de esperanza, de serenidad, de paz: en nosotros mismos, en nuestras ciudades, entre los pueblos y las naciones. Por eso, cualquiera que sea la herida, cualquiera que sea la ofensa, ¡no permitamos que el mal deforme nuestra humanidad y corrompa nuestro corazón!

No nos amoldemos a la mentalidad del mundo (cf. Rm 12,2). Sigamos amando, dando, perdonando, ofreciéndonos «como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios» (v. 1), para preservar y hacer crecer, en nosotros y en los demás, la dignidad infinita de la imagen divina que llevamos en el alma. Y no nos desanimemos si es difícil: nuestra fuerza está en el Señor, y con su ayuda todo es posible (cf. Flp 4,13).

También nos lo recuerda el rito de la procesión por el lago, que realizaremos dentro de poco. Este rito evoca otro milagro de Jesús, ocurrido poco antes de los acontecimientos que hemos escuchado, cuando el Maestro, en el lago de Tiberíades, alcanzó a los discípulos atemorizados caminando sobre las aguas y los condujo hasta la orilla, calmando la tempestad (cf. Mt 8,23-27). Precisamente cuando estaban más asustados, a merced de los vientos contrarios, los exhortó a tener fe, a orar, para recuperar la paz y, junto con Él, continuar navegando hacia la meta deseada.

Con esta fe, esta noche, participamos en la Eucaristía. Sobre el Altar nos ofrecemos a nosotros mismos, junto con el pan y el vino. Y el Señor une nuestras ofrendas a la suya, las consagra y nos las devuelve, transformadas en su Cuerpo y en su Sangre, para que las compartamos como alimento para el camino. Después, como los discípulos, dejaremos juntos la orilla, llevando con nosotros la imagen de María, nuestro modelo y guía, para llevar por las orillas del lago la bendición que hemos recibido.

Son gestos sencillos, con los que renovamos nuestra confianza en Dios y nuestra devoción filial a su Santísima Madre. Y son tanto más evocadores cuanto que son posibles —como gustaba recordar san Pablo VI— gracias al cuidado con que la pequeña comunidad que vive aquí custodia durante todo el año este lugar de paz, para que, en los momentos solemnes, todo el pueblo de Dios pueda reunirse aquí, precisamente como María, que acogió en su seno y en la casa de Nazaret al Hijo de Dios hecho hombre, para que su salvación pudiera llegar a todos.

Así, este lugar de devoción mariana se convierte también en un signo de cómo la Iglesia se esfuer-

za, día tras día, por hacer de todos nosotros un solo cuerpo, en la oración, en los sentimientos, en los propósitos, en el desarrollo ordenado y unánime de nuestro estar juntos; y en un símbolo del amor con el que el Señor, por medio de su Santísima Madre, quiso acercarse a nosotros como uno de nosotros, hasta confundirse con la gran multitud de nuestra humanidad (cf. Homilía en la Solemnidad de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María, 15 de agosto de 1977).

Unámonos, pues, esta noche, a Jesús y a María, al Hijo y a la Madre, para ser, unidos no solo en el lago, sino en todas las noches del mundo, un reflejo sereno de la presencia de Dios y un eco irresistible de su amor que invita a amar.

ÁNGELUS

Plaza de la Libertad (Castel Gandolfo). 30 de agosto de 2026

Sigamos rezando por la paz

Queridos hermanos y hermanas, ¡buen día y feliz domingo!

Hoy el Evangelio nos habla de Jesús, que revela a sus discípulos el Misterio de su pascua inminente: el Mesías —dice— «tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día» (Mt 16,21).

Esta afirmación está muy lejos de lo que esperaban de un Mesías triunfante y poderoso, con cuya ayuda derrotarían y humillarían a sus enemigos (cf. Sal 108,14). Ya habían tenido el modo, en el tiempo transcurrido con Él, de maravillarse de muchos de sus gestos y palabras. Pero este último mensaje, fue más allá de toda perspectiva. Pedro, particularmente, manifiesta su desacuerdo y comienza a reprender a Jesús diciéndole: ««¡Lejos de ti tal cosa, Señor! Eso no puede pasarte»» (v. 22).

Apenas hacía un instante que había reconocido en Él al «Mesías, el Hijo del Dios vivo» (v. 16). Ahora en cambio, sorprendido y quizá decepcionado de lo que había escuchado, en contraste

con la hermosa profesión de fe que acababa de pronunciar, lo reprende. Parecería que le dice: «sí, creo que tú eres el Mesías, pero ese no es el modo de salvar al mundo». Es un impulso de fervor, sin duda motivado por un amor sincero que, sin embargo, nos hace reflexionar.

Tampoco para nosotros, es siempre fácil entender y aceptar los caminos de Dios, especialmente cuando están muy alejados de los nuestros. Entonces las tentaciones son, contra toda lógica de fe, pensar que sea el Señor el que se equivoca o, peor aún, el que no nos escucha o no se interesa por nosotros. Frente a esta incertidumbre Pedro, aun dentro de su impulsividad, nos enseña dos cosas importantes.

La primera es la de no interrumpir nunca, ni siquiera en estos momentos, el diálogo con el Señor; más bien, manifestarle con confianza nuestra dificultad para comprender lo que nos pide. La segunda es la de no juzgar nunca el obrar de Dios, sino más bien, ponernos a la escucha, con humildad, en la oración, de lo que nos está revelando a través de su accionar, aun cuando no corresponde a nuestras expectativas.

Y la grandeza del primero de los apóstoles se manifiesta también en esto.

Jesús le responde: «¡Ponte detrás de mí, Satanás!» (v. 23), y les explica, a él y a los otros discípulos que, para seguir sus huellas, deberán negarse a sí mismos, tomar su cruz y seguirlo (cf. v. 24). Pedro lo hará después de haberlo escuchado, asumirá el desafío y permanecerá fiel a las palabras del Cristo, al que ha reconocido como su redentor, por toda la existencia, hasta el martirio. Pidamos entonces al Señor que también nosotros tengamos en nuestra vida de fe y en nuestra oración, la misma sinceridad de Pedro, diciéndole con humildad lo que sentimos realmente, aun cuando el corazón está confuso; y, al mismo tiempo, que sepamos cultivar su docilidad, aceptando aquello que nos pide más allá de nuestras expectativas.

Que nos ayude María, que fue obediente a los designios de Dios permaneciendo de pie junto a la cruz de su hijo Jesús.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Nos llegan desde Haití noticias dramáticas sobre la grave masacre perpetrada en Kenscoff, en la que han perdido la vida numerosas personas, mientras que otras han sido secuestradas. Expreso mi solidaridad y la oración con las víctimas y sus familiares, y pido que se libere sin demora a todos los rehenes. Dirijo un sincero llamamiento a todos los responsables para que se comprometan de forma concreta a garantizar la seguridad de la población y a poner fin a toda forma de violencia.

Aseguro mis oraciones a los afectados por la terrible inundación que se ha producido en Nepal y el Tíbet. Recemos por quienes han perdido la vida, por los heridos y los desaparecidos, por las familias y por los equipos de rescate. Que los gestos de solidaridad contribuyan a aliviar el sufrimiento y a llevar la ayuda necesaria a la población.

Sigamos rezando por la paz. San Agustín, cuya memoria hemos celebrado estos días, decía que «la paz es semejante a aquel pan que se multiplicaba en las manos de los discípulos del Señor cuando ellos lo partían y repartían» (Sermón 357, 2). Que aumenten en el mundo aquellos que, con valentía, parten y reparten el pan de la paz, superando las divisiones, promoviendo la justicia y practicando el perdón, por el bien de todos.

El martes celebraremos el Día Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación. Este día marca el inicio del Tiempo de la Creación – que celebran los cristianos de diversas confesiones– y cuyo tema este año es «Agua Viva». Como recordé en el mensaje para este día, cuidar de nuestra casa común exige una conversión del corazón, para que aquello que se ha utilizado para causar destrucción pueda, en cambio, orientarse hacia la vida. Invito a todos a unirse en la oración y en la acción, para que podamos convertirnos en canales del agua viva de la paz de Dios, que refresca nuestro mundo herido.

¡Saludo a todos ustedes, fieles de Castel Gandolfo y peregrinos de diversos países! Doy la bienvenida, en particular, a los participantes en la ca-

rrera benéfica «Run to Rome», a los jóvenes que han recorrido la Vía Lucis itinerante, al grupo de devotos de la Virgen de los Milagros de Corbetta y a los motociclistas presentes con motivo de su tradicional encuentro anual.

Doy las gracias a las fuerzas del orden y a todos aquellos que han contribuido a mi estancia veraniega aquí, en Castel Gandolfo, así como al servicio de seguridad que ha colaborado durante los encuentros con los peregrinos. Muchas gracias.

Envío mi cordial saludo a los fieles que siguen el Ángelus desde la Plaza de San Pedro.

¡Les deseo a todos un feliz domingo!

AUDIENCIA GENERAL

Basílica de San Pedro. 26 de agosto de 2026

Las motivaciones de la reforma litúrgica

Queridos hermanos y hermanas:

En esta última catequesis sobre la Constitución Sacrosanctum Concilium, deseo reflexionar hoy sobre las razones por las cuales los Padres conciliares quisieron promover una reforma de la liturgia. Es iluminadora, en este sentido, la tercera carta desde el Concilio que el cardenal Giovanni Battista Montini, entonces arzobispo de Milán, envió el 28 de octubre de 1962 a los fieles de su propia diócesis. La liturgia —escribía— «es expresión sincera tanto de lo divino como de lo humano. Es lenguaje. Es vehículo de enseñanza divina, por un lado, es voz de coloquio con Dios. Está claro que ella no puede renunciar a su función didáctica, y no puede no ofrecer a la fe y a la piedad la posibilidad de expresarse con espontánea inteligibilidad». [1] Motivado por estas convicciones, el futuro papa san Pablo VI afirmaba que los fieles «no pueden ni deben permanecer mudos y pasivos. Su presencia material no puede conciliarse con su ausencia espiritual». [2]

Es evidente la consonancia de estas declaraciones con aquellas que aparecerán en el n. 48 de la Constitución conciliar: «la Iglesia, con solícito cuidado, procura que los cristianos no asistan a

este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen conscientes, piadosa y activamente en la acción sagrada, sean instruidos con la palabra de Dios, se fortalezcan en la mesa del Cuerpo del Señor, den gracias a Dios, aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la hostia inmaculada no sólo por manos del sacerdote, sino juntamente con él, se perfeccionen día a día por Cristo mediador en la unión con Dios y entre sí». Se percibe en estas palabras una renovada conciencia del valor de la liturgia. A través de las acciones rituales de la Iglesia, mientras se realiza el memorial de la obra de la salvación, se da la posibilidad de vivir la verdadera relación con Dios, entrando en contacto con el evento salvífico. Puesto que los gestos, las palabras de la sagrada liturgia son decisivos para realizar esta experiencia, la participación de los fieles no puede ser pasiva.

La reforma conciliar, al poner en el centro lo que constituye el corazón de la experiencia eclesial, quiso hacer resplandecer la liturgia como «la primera fuente de la vida divina que se nos comunica» [3]. De tal convicción nació la exigencia de hacer más accesible a todos los fieles la riqueza de los textos bíblicos y de las oraciones, y de hacer más lineal el ordenamiento celebrativo respecto al previsto en los libros litúrgicos entonces vigentes.

La liturgia, en efecto, al ser una realidad viva, siempre ha estado sujeta a lo largo de los siglos a desarrollos y cambios. El magisterio ha adaptado sus formas a las exigencias de las diversas épocas. No sorprende entonces que también el Concilio Vaticano II, con el máximo respeto por el patrimonio de la tradición, y precisamente con el fin de hacerlo más accesible, haya considerado necesaria una revisión de los libros litúrgicos.

El objetivo que los padres tenían en el corazón se explicita en el n.21 de la Constitución Sacrosanctum Concilium: «Para que en la sagrada Liturgia el pueblo cristiano obtenga con mayor seguridad gracias abundantes, la santa madre Iglesia desea realizar una esmerada reforma general de la misma Liturgia. Porque la Liturgia consta de

una parte que es inmutable por ser la institución divina, y de otras partes sujetas a cambio, que en el decurso del tiempo pueden o incluso deben variar, si en ellas se han introducido elementos que no responden bien a la naturaleza íntima de la misma Liturgia o han llegado a ser menos apropiados. En esta reforma, los textos y los ritos se han de ordenar de manera que expresen con mayor claridad las cosas santas que significan y, en lo posible, el pueblo cristiano pueda comprenderlas fácilmente y participar en ellas por medio de una celebración plena, activa y comunitaria». Se remonta a la Encíclica *Mediator Dei* del papa Pío XII la distinción, en la liturgia, entre elementos divinos, inmutables, y elementos humanos, que en cambio «pueden sufrir diversas modificaciones, aprobadas por la sagrada Jerarquía asistida por el Espíritu Santo, de acuerdo con las necesidades de los tiempos, de las cosas y de las almas» (*Acta Apostolicae Sedis* 39, 1947, 541-542).

Por lo demás, el deseo de una «reforma general» no nació de improviso, sino que se había manifestado en la acción de los papas que se sucedieron desde el inicio del siglo XX, en sintonía con las demandas del Movimiento litúrgico. La afirmación de la necesidad de que los fieles no asistieran a las celebraciones «como extraños o mudos espectadores» ya había sido retomada por la Constitución apostólica *Divini Cultus* de papa Pío XI. Además, se pueden recordar las intervenciones de Pío XII sobre el ordenamiento de los ritos de la Semana Santa, los cuales reubicó en las horas correspondientes a los acontecimientos pascuales, después de que durante siglos se hubieran anticipado a las horas de la mañana. Tampoco se debe olvidar que san Juan XXIII consideró necesaria una simplificación de las rúbricas del Breviario y del Misal, aprobándola con el *Motu proprio Rubricarum instructum*, del 25 julio de 1960, en el cual remitía al anunciado Concilio Ecuménico la propuesta de los principios fundamentales para una reforma de la liturgia. La reforma litúrgica promovida por el Concilio Vaticano II se sitúa, por lo tanto, en la línea de la tradición viva de la Iglesia. Su correcta compren-

sión permite también rechazar los abusos que se han verificado en algunos sectores de la Iglesia en la etapa postconciliar, y que lamentablemente a veces todavía hoy se verifican, absolutizando o comprendiendo mal algunos de los principios que estaban en la base de la misma reforma.

A este respecto, vale la pena recordar cómo la Constitución conciliar afirma que «Las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia, que es "sacramento de unidad", es decir, pueblo santo congregado y ordenado bajo la dirección de los Obispos.

Por eso pertenecen a todo el cuerpo de la Iglesia, influyen en él y lo manifiestan» (*Sacrosanctum Concilium* n. 26).

Es, por lo tanto, responsabilidad primordial de los pastores, de los obispos, pero también de cada sacerdote de manera individual, custodiar y promover una liturgia que, en el respeto de las normas litúrgicas, resplandezca por su noble sencillez (cfr. n. 34) y manifieste así a la Iglesia una, santa, católica y apostólica.

Una liturgia de este tipo será también un vehículo fundamental de evangelización, el instrumento de gracia a través del cual, como enseña el Concilio, podremos aprender a ofrecernos a nosotros mismos y, por la mediación de Cristo, seremos perfeccionados en la unidad con Dios y entre nosotros (cfr. n. 48).

[1] G. B. Montini, «Terza lettera dal Concilio», *Rivista Diocesana Milanese* 51 (1962) 921-923: 922.

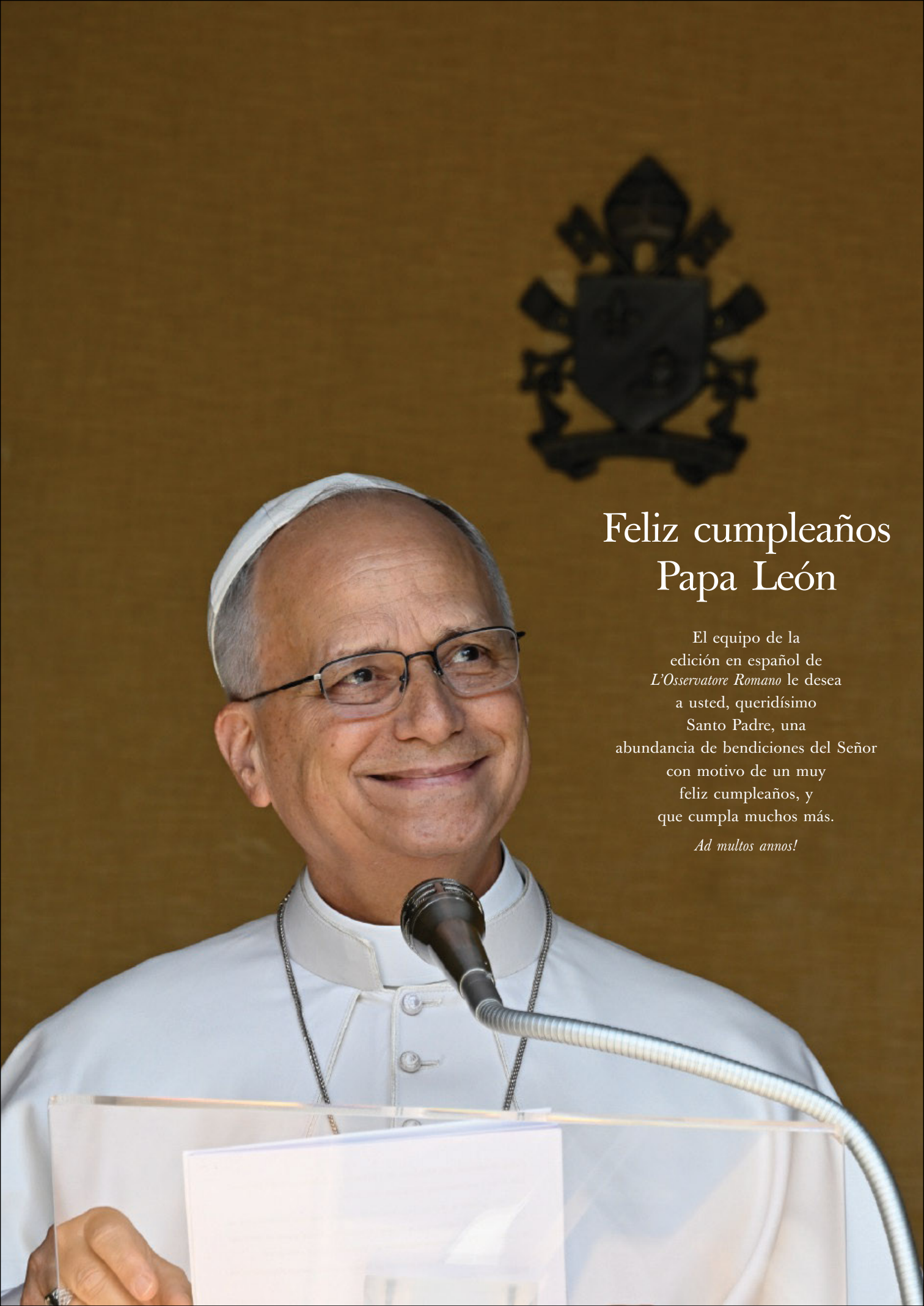
[2] *Ibid.*

[3] Solemne Clausura de la II Sesión del Concilio, Alocución del Santo Padre Pablo VI (4 de diciembre de 1963).

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Hoy celebramos la memoria de santa Teresa de Jesús Jornet e Ibars, religiosa española, patrona de la ancianidad. Por su intercesión, pidamos al Señor que bendiga a todos los ancianos, así como a las personas que los cuidan y acompañan.

Que Dios los bendiga. Muchas gracias.



Feliz cumpleaños Papa León

El equipo de la
edición en español de
L'Osservatore Romano le desea
a usted, queridísimo
Santo Padre, una
abundancia de bendiciones del Señor
con motivo de un muy
feliz cumpleaños, y
que cumpla muchos más.

Ad multos annos!